

Una vez más estamos de camino.
Esa luz, por allí, va recordando
quizá bellas palabras, quizá nada.
Se hizo lo que se pudo, como tantas
veces en que se vieron idénticos crepúsculos.
No es posible que invada la desgana
cuando el amor está desperezándose;
cuando estamos aún, brazos cruzados,
esperando el maná que nos merezca.
Habría que talar la enredadera
que nos cerca las almas; no seremos
capaces de vivir enteramente
si no invertimos sueños en la gesta.
¿Qué decir cuando están los corazones
pendientes de algún último milagro;
qué diana elegir cuando los fillos
de las hondas palabras se sonrojan
y no nos queda más que la esperanza?
Yo te quise, esperanza, a cada hora,
a cada brote o albor de tu presencia,
y mimándote he estado y continúo
a pesar del amor y de sus guerras,
a pesar de los nombres y las cosas.
Queda detrás de mí la galería
de los cuadros ocultos por el tiempo,
de un vaho rondador en sobresaltos,
en mínima eclosión de un estallido.
Estallidos del ser: Así lo veo
disfrazándose eterno de colores,
de paloma torcaz; las estaciones
son palabras con dueño, desdobladas
entre el haz y el envés de algún milagro.
Es todo lo que el alma va tirando

en concepto de exceso de equipaje;
la innúmera osadía de soñarte
sin ignorar del todo la catástrofe.
Yo me voy desde siempre. Tú te ahíncas
por penúltima vez, siempre penúltima,
a ras de las palabras olvidadas.
Estás, amada mía, ya no importa
quién puedas ser, salvada por eterna;
por soportar el vuelo de los años
y no querer marcharte con lo último.
Algún día habrá que hacer recuento
de las formas que entraron
a saco en mi memoria, y ordenarlas
me ha de llevar la vida por lo menos;
por lo más, el desvelo perdurable
al hacer de mi tiempo una gran noche.
Por encima de todo está el recuerdo
amarrado de cerca a la palabra,
desangrándose en mil heridas puras;
y va siendo la hora de una oferta
total, a cara o cruz, a eternidades
levantadas en vilo en una vida.
Amigos, os confío para siempre
esa gran colección que nunca acaba
de fervor y de voz comprometidos
en la sola verdad de cualquier cosa.
¿De dónde vienes tú, melancolía,
con un velo de almendro, oliendo a alma;
que tan sólo te siento cuando el aire
se ha cargado de signos sin remedio?
Yo podría seguir adelgazando
este rezo que intuyo y que persigo,
adivinado en tí como una pena.
Yo podría quedarme en la ventana

desde donde el adiós se minimiza
a unos brotes de puntas de pañuelo.
En vez de todo ello me ha tocado
salirme aquí a la puerta a cuerpo libre
y dejar que el pasar de la caricia
del ámbito se haga eco en mi herida,
amor inevitable de una esencia
que lleva trenzas y se llama algo
apasionadamente tuyo y mío.
Esto ya queda en orden. Acaso esta partida
no es igual que ninguna. Latitudes
vendrán que me recuerden las alturas
y los más bajos tonos del olvido.
Por ahora renuncio a lo absoluto
y también a las cortas dimensiones
de quedarme en un sitio para siempre.
Renuncio a las secretas plenitudes
que ondean en la cima de las cosas
si con ellas se roba la aventura
de espíritu que tanto nos asedia.
Paseo unas pacientes gravideces
por los pasillos de los aeropuertos,
esperando la próxima salida
de un avión con alas de poemas,
libertad deseada en el don último.
El sin par absoluto está en todos los sitios
donde un temblor de fe se ha recortado.
De esas hebras innúmeras y eternas
tendremos que elegir las más cercanas
a fuerza de sobornos al poema.
El que quede tocado por la gracia
de poner en palabras la tristeza
no necesitará de redenciones,
vivirá traduciéndose a sí mismo,

envidiado, envidioso de ese lance;
al llegar de verdad a aquel destino
ya todo será inútil; las acciones
tendrán la dimensión de lo perenne.
No me importa perder las calideces
que atraen a la palabra, enamorándola;
continúe la doma a todo trance,
que siga la avanzada de belleza
que no conduce a nada y que desata
los diques contenidos de la forma;
con tal que alcance el poema a donde el ojo
adivina el perfil de la diana.
Eres tú, por lo mismo que pudiera
sentir al lado el peso de las horas
en vez de levantarlas a lo eterno:
Igual que el corazón: Su historia, dicen,
se inventó cualquier día en que los cielos
lloraban plenitud de hondos aromas
y el hombre se esforzaba por contarlos,
ora hablando en voz baja, ora dolido
por el mudo prodigio avecinándose.
La infinita ternura de la vida
nos lleva ante una muerte inigualable;
cuántas cosas, pensé, ya tienen alma;
y espero sosegado a que las otras
me comprendan en pago a que soy hombre.
Con este ruido de hélices no se oye
la mejor sinfonía que ahora irrumpe:
Ya llega, descubramos nuestro pecho;
que la nota sea cuerda y cosa el pensamiento;
aquí cerca del tiempo hace la guardia
la matriz que dará molde a la idea.
Pues bien, salgamos ahora al aire libre,
ya está todo dispuesto para el voto;

entre el sí y la esperanza hay un abismo
que se habrá de salvar a viva fuerza,
es decir, por razón del ser completo.
Mira, amiga, perdono tu violenta
ternura, las traiciones hermosísimas
que le has hecho a la vida desde antiguo;
sin tu encuentro la flor fuera una página
con olor olvidado. ¿Y qué pensabas,
amor, qué pretendías con volverle
la espalda al horizonte?
Apariencias al ras. Venga, marchaos
los que no recreéis vuestra existencia
con el don absoluto convenido;
que me encuentren con versos cuando salga,
salvado estoy así. Pero no basta,
no basta con que tú me des la forma,
con que tú llegues siempre y luego..., ¡nada!
Ven conmigo a mi reino; anda, ven pronto;
de la mano
seré tu lazarillo; el juego es doble;
no quedará un rincón que nos obstruya
nuestro único deseo unimismado.
Todo está preparado: Eternidades:
Me apunto con vosotras, definitivamente;
cuando paséis la lista levantaré una mano
taladrada por cinco rosas vírgenes;
y mi barca anclará en el solo puerto
que me enseñe el envés de la consigna.
Mujeres de belleza innecesaria
terminarán tarde o temprano
por hacernos mirar al amor con tristeza.
También la aurora lleva en sí una pena
y deja que nos roce el arrepentimiento,
la más dura caída en el vacío;

inolvidable amor, tan de repente siempre,
más hondo que el pasado y cediendo al futuro.
Aquí hay una lazada y es la tuya.
Volveré por mi pie sin que me rinda
al peso abominable de las pruebas;
volveré con el único equipaje
de la flecha de amor que apunta a lo alto.
Y si no, ¿para qué? Encuentro el clima
de los pueblos idéntico; son voces
las que llegan a mí y no palabras,
y en tanto que esto dure la esperanza
no puede estar así, cruzándose de brazos.
Todo empieza lo mismo, biografía
en ausencia, rumor de siempre vivas
y esta lucha que parte de la nada
con dolor de mortaja incomprensiva.
Venga, venga, salid: Hoy es distinto;
bien sabe el corazón cuando le engañan
y cuando no hay fervor en las alturas.
Veo ríos por cierto (veo, veo),
cuanto puede trocarse en arco-iris;
una masa de ser ennoblecida
por mirar hacia abajo simplemente,
capaz de unir los mil hilos dispersos.
Libertad en el mundo. No comprendo
la raíz de este árbol que es yo mismo;
esta planta de ser transubstanciada.
Ni comprendo la unción de tanto absurdo.
Ya pasó la tormenta; no prefiero
que me lleven las nubes sino yo a ellas;
que yo sienta el golpazo de lo inútil
para no salir más de la honda herida.
¡Ay, soledad, qué cara compañía,
cuando estás libertada, eres conmigo!

Has hecho lo que nadie, enamorarme
por penúltima vez, por la primera
vez siempre para mí, que así lo quiero.
Tus manos, las recuerdo inútilmente
asomando los pétalos de cinco
en cinco: Eternas, tuyas, se acercaron
a mi templo y fui yo el que quedó ungido.

Brenda Maki era una finlandesa de familia emigrada a Canadá. Encontró en mí a un excelente y entusiasta profesor [yo me llamo *estudioso*]; y por haber estado para entonces ya en Finlandia varias veces y chapurrear cuatro nimiedades en su lengua, Brenda me concedía un crédito añadido. A pocas mujeres recuerdo con mayor nitidez que a ella, al cabo justamente de treinta años. Brenda no era bonita en esa acepción del término que no permite la entrada de otros factores alternativos. Era de color castaño clarito, rellenita sin llegar a la obesidad... y una alumna de sobresaliente. Ella se encargó de traducirme un par de cartas que Tuula, la finlandesa de Finlandia, me escribió durante aquel tiempo. Claro que todo era parte de la ceremonia de mantener vivo el rescoldo de nuestra incumbencia, de nuestro estar comprometidos a entendernos, ella como alumna de mis clases, y yo como servidor de la institución universitaria. Brenda estaba enamorada de mí. Sigo viendo su gesto inteligente, femenino y callado; su rostro redondito; sus pómulos florecidos; sus manos... un poquito, sólo un poquito gordezuelas... y sus labios carnosos y discretos. Una chica encantadora que –estoy convencido, intuitivamente perforado de certeza– se hubiese comportado como la mejor de las esposas, y acaso también, ¿quién sabe?, como la más propicia de las amantes... Brenda era amiga inseparable de Susan [otra Susan más, apellido volatilizado], también alumna de las mismas clases, y cuyos rasgos, asimismo, recuerdo a la perfección: Delgada, esbelta, tal vez algo insípida de expresión. Le costaba sonreír, su gesto parecía estar siempre limitado por la levedad, por la continencia... Y sin embargo era bonita, y a mí me gustaba. Susan era consciente de lo

que Brenda sentía hacia mí, y esa realidad era un factor de contención añadido a su ya natural inexpresividad. Respecto de mí, y aunque era evidente que yo le gustaba, parecía encontrarse en la más segura de las abstenciones... como pensando... “Bueno... si Brenda no existiera y si Tomás se me insinuara, entonces... a lo mejor”.

Un día las invité a las dos a cenar, en plan rumboso, como a mí me gustaba. La verdad es que con las dos yo me sentía realizado: Con una que me amaba, y con otra en quien yo encontraba el justo contrapunto, la exacta apoyatura para el triángulo... Al término de la velada, la situación de sus respectivos domicilios hizo esperable y lógico dejar primero a Susan... Al llegar, mientras Brenda esperaba en el coche, me bajé con Susan, la acompañé hasta un patio trasero, y antes de que franqueara la entrada nos besamos intensa y conscientemente... Ella no dijo una palabra, ni una palabra... bueno, si acaso, el inevitable ‘good night’. Cuando dejé a Brenda en su domicilio, no nos besamos. Sólo nos despedimos. Brenda y yo no nos llegamos jamás ni a besar... tan siquiera.

También recuerdo a Rosemary, una chica alta, ni guapa ni fea, con el componente atractivo de los veinte años. Pareció desplegar hacia mí unas como acendradísimas intenciones que se vinieron abajo en cuanto los dos nos vimos concitados por algo distinto de las puras instancias gaseosas de la mente. Estábamos viendo en clase *El Lazarillo*, y un día se presenta Rosemary en mi despacho y me dice que si le puedo dejar mi edición de Austral. Bueno. La hice ver que había ediciones más académicas y rigurosas, la misma y conocidísima de Clásicos Castellanos, sin ir más lejos, y que yo disponía de aquel ejemplar de Austral sólo para lectura, sin ninguna pretensión, excepto por el interesante prólogo de Gregorio Marañón, padre, que acompañaba a la obra... Pues, bueno, también. Otro día, apremiado yo por las mostraciones de interés que parecía dedicarme, la invité a mi piso. A las primeras escaramuzas de tanteo, me sale muy seriecita la muy jilipollas... “Am I to be like the rest, like the others?”. ¿Y tú qué... hostias sabes cómo son o dejan de ser *las otras*, como tú dices, so... estúpida? – le contesté. Una mujer que por dárselas de estrecha

prejuza injusta y neciamente a las demás, de verdad que me jode en lo más íntimo... Así acabó aquella fiesta. Y como a Rosemary le debió parecer que tal memez de comportamiento no era suficiente, otro día se dejó caer en mi despacho y... [la estoy viendo, con su carita buena de mema, de ingenua tontorrón y perversa...] pues, nada, que se le había perdido *El Lazarillo* que yo le había prestado un par de semanas antes...

- ¿?

- "It's gone; lost..." –dijo la payasa por toda explicación–. Además de calientapollas, necia. ¡Qué le vamos a hacer! Es hoy, ahora, y cuando miro la hendidura, hueco, rendija, mella o resquicio atípico que en mi ringlera de 'australes' forma el desaparecido volumen 156 de *El Lazarillo* todavía me acuerdo de aquella calamidad de criatura.

Eileen Elizabeth Medd... me sale así, de carrerilla, con toda la elegancia protocolaria de tan bonito y sonoro nombre. Su portadora era una chica ciertamente interesante. Se entabló entre nosotros una especie como de respeto y afecto intelectual. No era guapa, en el sentido de... *preciosa*, pero era definitivamente sugestiva y, por supuesto, con un chasis correcto y agraciado. Casi con toda seguridad ella esperaba alguna propuesta mía por el lado de lo institucional, y de cariz comprometido respecto de esas nociones de patria, familia, religión... y que si alguna vez pudieran habérsenos presentado menos claras y más inútiles, muy probablemente pudo ser entonces, enfrascado como estaba yo en sobrevivir y en echar los primeros cimientos de esa personal infraestructura que todo ciudadano suele acometer por primera y única vez en su vida... En mi caso, el asunto que me tenía ocupado y concernido en extremo era el de pagar los primeros plazos o "entrada" de lo que sería desde entonces la vivienda y el local comercial constitutivos básicamente de mi propiedad inmobiliaria. Cuando se mira con la perspectiva de treinta años hacia atrás las cosas hechas con arreglo a razón ponderada están ahí, mostrando su impasible efecto y ejemplo de validez. Así conmigo: Todo mi soporte vital, es decir, el piso donde vivo, los coches con los

que he recorrido buena parte de Europa, y los garajes donde los he encerrado y encierro... , todo ello lo adquirí en España durante mis años de trabajo y rendimiento en América del Norte. El sueldito de mierda que me viene dando la Universidad Española desde el año 1972 en que comencé a profesar en Granada no corresponde, aproximadamente, ni siquiera a la mitad de los recursos que me permiten vivir de la forma en que lo hago. Mi sueldo tan sólo hace frente a los gastos fijos de mantenimiento, amortización y obsolescencia de la pequeña propiedad que obra conmigo desde mi época norteamericana. El sistema de fifty/fifty aquí se produce casi con absoluta precisión. Suponiendo que hubiera dispuesto de treinta y cinco años para pagar las dichas cuatro cosillas de mi propiedad, mi sueldo íntegro [que no excede ni en cinco mil duros al de un maestroescuela] se iría íntegro en cubrir hipotecas, intereses, plazos y recargos sobre los precios del dinero por el periodo fijado. Ésa justamente fue la aportación de mis diez años en América.. sin olvidar el impacto, difícilmente perdonable, que [por pacífico, por el más decidido defensor de la doctrina del ‘vivir y dejar vivir’] alguien como yo suscitaba en los demás españolitos... a la vez contemporáneos y coetáneos míos.. Cuando aquí el que más y el que menos hacía deporte con zapatillas playeras, yo había descubierto las Adidas; cuando con la adquisición de un ‘seiscientos’ la gente veía satisfecho el colmo de su vanidad, yo estaba harto ya de pasear mis cojones en “Mercedes”.. Cuando el racial reprimido miraba a..., digamos, Benidorm como la meca de los desmarques exóticos..., yo andaba ya cansado de machacarme, por ejemplo, la parte más mítica de Europa, Escandinavia, amén de otros sitios. Eso, sencillamente eso, no me lo han perdonado nunca, nunca jamás.

Bien, decíamos que Eileen Elizabeth era una chica competente [hablaba con cierta soltura Francés, Alemán y Español, además de su propio idioma, el Inglés, claro] y que disfrutaba de una cosmovisión bastante madurada, siempre en valoraciones comparativas respecto de ambiente tan comedidamente provinciano como el Canadá de Ontario. Lo malo, ya dije, es que Eileen tenía muy clara su preeminencia en

algunos campos respecto de los de su condición; pero que dicha preeminencia a mí me decía bien poco. Eileen aceptó ir a mi piso, en términos de urbanidad áulica. No se me pasó por la cabeza ningún otro tipo de abordaje. Otro día ella me invitó a visitarla en su casa: La llevé una rosa roja, una sola rosa, roja y regia, enfundada en una corola de papel especial a modo de acicalado cucurucho. El empaque de regalos así sobrepujaba al de una gema cuya mostración acarrease el desabrochado múltiple de algún rico estuche. Eileen se sintió sorprendida y halagada. En vena de confesiones me hizo saber, con esa seguridad tan de buen cuño que se asienta en estas mentes, que “tenía a un hombre”, creo que en Alemania, esperándola todo el tiempo que hiciera falta, dispuesto a casarse con ella... [¿Cómo puede haber tan afortunados mortales en el mundo? –pensaba yo–]. Sí, Eileen se sabía tirando a europea, “distinta” del provincianismo de Ontario, y quería que yo comprobara dicha distinción. Lo único que ocurría es que yo miraba horrorizado la virtualidad de institucionalizar y/o empapelar mis capacidades vivenciales, sobre todo en tierra de herejes, por muy Eileen que la hereje pudiera ser...

A todo esto Lorenzo no dejaba de enredar y un buen día se me presenta en mi despacho acompañado de una rubia, estatura media, mirada entre inquisitiva, provocadora y como reticentemente interesada, francamente bonita, vestida con gusto, combinando lo ‘casual’ del atuendo universitario con cierto refinamiento femenino que, por regla general, solía radicar, sobre todo, en si la chica llevaba medias o calcetines [ésta llevaba medias], y si calzaba zapatos o alguna versión, entre las muchas, de zapatillas deportivas... [y ésta llevaba zapatos]...

– “Andita, éste es Tomás. Tomás, ésta es Andita...”. Su nombre verdadero era Anda Grikis, con origen en uno de los tres países bálticos, creo que Lituania, y que por haber vivido en Argentina, hablaba español. Anda ilustraba a la perfección esas personalidades compuestas, esos avatares de experiencia en niveles antropológicos, en retazos de conformación cambiante de la vida..., producido todo por las migraciones de los varios millones de gentes desde los

territorios engullidos por el expansionismo de Stalin, al que los tratados de Yalta de 1945 se encargaron de santificar... Canadá era el mejor refugio para estos ciudadanos, sometidos a los pendulazos de las guerras. El tremendo empujón que desde el Este la URSS pegó a toda Europa fue la razón de que oleadas y oleadas de desdichados de la parte más oriental de Europa, ante el zarpazo marxista que se les venía encima, optaran por la emigración. Seguro que sobre esto se habrán escrito ya metros cúbicos de papel impreso, pero por pertenecer al ámbito de lo vivencial, más seguro estoy aún de que cada cual podría encontrar la más genuina y poderosa originalidad en el relato de su propia cosecha. Anda Grikis provenía de una de esas extracciones asendereadas, amenazadas, desplazadas y, por fin, asentadas en una de las democracias con mejor prensa del mundo: ¡Canadá!

No puedo recordar si en algún momento le pedí a Anda [Andita, también la llamaba yo, por variar y por pulsar las claves de las variables afectivas], no puedo recordar, digo, si le pedí que me contara algo de su pasado; de... lo anterior. Creo que no. Además, hubiera perdido el tiempo. La vida nueva en estas democracias para ciertos colectivos humanos acarrea un... como compromiso de romper con ese... absoluto anterior, y unirse incondicionalmente a la gran causa del país anfitrión. Con Anda Grikis [y considerando que mis posibilidades *reales* de formar pareja con alguno de estos especímenes “democráticos” autóctonos eran, más que escasas, escasísimas], con Anda Grikis, digo, me enredé más de la cuenta. Y el caso es que el tufillo a oportunista que esta chica daba se podía percibir a gran distancia. Pero, ¿a quién no le ha seducido algún tipo de peligro? ¿Quién no ha hecho alguna vez en su vida de mariposa que evoluciona alocadamente alrededor de la llama con peligro de sucumbir en su ignición? Anda me gustaba; alimentaba mi ego el hecho de verme acompañado por ella. Había apostado yo (más por cabezonería que por otra cosa) por el componente original y oriundo de la primera infancia y nubilidad de Anda, como esperanzado yo a través de ella de conectar con alguna dimensión exótica de “mi” Europa. Pero ya hemos dejado

dicho que las democracias éstas operan como rodillos inmisericordes, y lo poco o mucho que dan en el aspecto de cobertura fáctica, se lo cobran con creces mediante la incorporación íntegra del sistema de voluntades del nuevo acólito por el lavado de cerebro concienzudo a que me lo someten. Anda era canadiense ya de hecho y de derecho y lo único que de su pasado no-canadiense recordaba, no llegaba a constituir la entidad ni de un chispacito...

Yo, a pesar de todo, comencé a jugar con fuego. Algunas mañanas pasaba con mi coche a recogerla para llevarla conmigo al Campus de la Universidad. Nunca estuve dentro de su vivienda propiamente dicha, pero eso de que dos prójimos de distinto sexo llegasen juntos por la mañana al lugar de trabajo de uno y otro era un signo de muy escandalosa valencia para aquella sociedad estratificada y puritana. Anda, percatada de mi condición permisivamente expansiva y confiadamente optimista, comenzó a jugar sus cartas. Sabedora de mis gustos, se vestía, digamos, de manera ‘no americana’. A mi invitación de que viniese a España a estar conmigo... pongamos por caso, toda la temporada de verano... no dijo nada la primera vez, coligiendo yo que lo pensaría y que lo sopesaría con otras contingencias de estudio, economía, familia, etc. Un día me reveló que tenía deudas..., sí, deudas de dinero... ¡Ah ya, claro! –hice yo como que entendía–. Todo el mundo las tiene aquí. Aquí todo el mundo pasa la mitad de su vida... estudiando a crédito, comprando a crédito, viajando a crédito [es un decir lo del viajar], pensando a crédito, y la otra mitad la terminan de pasar devolviendo los créditos con el poco dinero que les ha permitido ganar el “sistema” tan avanzado y tan generoso del país que les ha recibido... Ya, bueno. Ahora fui yo el que no dijo nada en concreto y me concedí algunos días para pensarlo. De todas formas yo me daba maña para pagarle a Andita muchos de sus gastos: Si comíamos juntos, y luego quería ir de compras antes de marcharse a casa... yo corría con todo. Si nos encontrábamos en las librerías para obtención de los libros de texto... yo me adelantaba en caja, y cosas así. Pero todo aquel palio de proposiciones sugeridas, todo aquel vaho difuso, y no por ello menos

cierto, de prestaciones y contraprestaciones, tenían necesariamente que encontrarse y materializarse de manera definitiva; o volatilizarse de manera irrecuperable. Con estos augurios, con estas mutuas expectativas de lo que cada uno estuviese dispuesto a hacer, o dar, o no hacer por el otro [que ése es el contenido y recorrido de toda obligación], Anda se decidió a dar el paso que yo, a falta de más elocuentes revelaciones, entendí como definitivo dentro de la asignatura de intimidad que estuviera dispuesta a cursar conmigo. Accedió a venir a mi piso, a... pasar juntos una velada: Cenaríamos allí.. y dedicaríamos el tiempo que fuera a charlar de los temas de interés con la calma procedente. Ya en mi piso, me puntualizó aún más el carácter más bien abultado de sus “debts” (deudas). Por lo visto debía todo: Estudios, vivienda, radicación, derecho a ser y a existir, en una palabra; y sin solución de continuidad me dijo que había pensado positiva, afirmativamente, sobre mi invitación a venirse conmigo a España..., siempre que mediara la... cómo decirlo, la condición, o requisito, o particularidad... ¡de que me casara con ella! La había pasado yo al dormitorio, y con cierta sospecha que nublaban las esperanzas más naturales de lo que pudiera considerarse como fin inmediato para la conciencia mía..., nos habíamos desvestido los dos en parte... Anda estaba preciosa: Se había puesto un sujetador negro, caladito, como de media bandeja, y unas braguitas del mismo color. Sus senos no pasaban de correctos, si bien muy tentadores. Me percaté de una vez por todas de que Anda atesoraba sus mejores bazas respecto de mí en el efecto que su “historia” personal..., quiero decir, en la mella que la historia de su personalidad pudiese hacer en el espíritu mío, y en la contraprestación que dicha realidad particularísima pudiese producir... Recuerdo que nos tumbamos..., como para que nuestra conversación discurriera por planos más descansados y transitables... Algo tuve que decirle..., sí, algo o mucho de carga negativa, reprochable, hubieron de tener mis explicaciones sobre sus propuestas de matrimonio, y algo muy poco prometedor debió de auscultar Anda en mi reacción ante el asunto sobreentendido de que..., una vez casados..., bueno, ya se sabe, sus deudas pasarían a

ser deudas mías... ¡y fin del problema! ¡Yo qué sé! Anda era una encantadora máquina de calcular que, sin embargo, no había contado con la resistencia de los débiles, de los ultradébiles como yo; de los que prefieren dejarse cazar, como yo, a que les persigan sin piedad; y que una vez cazados [¡no vale aquí el seseo!] decimos: “Bueno, rica, ya te has salido con la tuya; ya me tienes cazado. Y ahora, ¿qué?”. Bien que yo así me expresara; bien que yo no me expresara de ninguna manera, pero que Anda me leyera el pensamiento por detrás de la frente, hacia adentro... El caso es que todo ello coincidía con el sistema de maniobras y manipulaciones cada vez más incisivas y más inequívocas con que, primero, mis manos desabrocharon la grapa del sujetador de Anda, y a continuación se aplicaron a deslizarle las bragas desde los salientillos de las caderas...

Por mucho que viva, no podré olvidarlo. Como si toda la evidencia sobre algo odioso y odiado por Anda se hubiese puesto en perfecta formación ante su conciencia..., como si todas las instancias decisorias hubiesen disparado al unísono sus resortes, así, Anda, Andita, dio un respingo, se recompuso el sujetador mediante el cierre de la grapa, se ajustó las bragas, luego se incorporó, a continuación se irguió, siguió vistiéndose, al tiempo que decía, no sé si a ella, si a mí, si a los dos, o si al mundo: “¡Enough with this farce!” [¡Basta ya de farsa!] ¿Y qué culpa tendría yo de que las expectativas institucionales de esta chica no tuvieran el mismo eco en la escala de valores mía? ¿Eh? Pues ninguna, ninguna culpa. Estos países superdesarrollados se podían permitir el lujo de disponer de cauces legales para hacer y deshacer cualquier tipo de cosa; para organizar objetivamente cualquier situación social por donde el individuo pudiera transitar libremente. Pero los hispánicos hemos mirado con enorme recelo siempre todo lo que huele a formalidades, porque éstas, en nuestra memoria histórica, han resultado ser elementos de dominación a favor del que las esgrime, y motivos de frustración, y esclavitud, y jodimiento, y empobrecimiento para el que las sufre. Si Anda salió de mi piso inmediatamente, a continuación de aquella eclosión de certeza... no lo recuerdo. Creo que no la volví a ver más. Desapareció

como de la superficie telúrica, de eso que los demás llaman “faz de la tierra”. Con todo, las tarascadas de intimidad, los atisbos emocionales que Anda le propició a mi espíritu, quedaron acoplados y preservados en el dolor de la creación poética. La “Carta” que sacó a la luz el número 7 de *Aldonza* (mayo 1965) pasa por ser uno de mis más cuajados poemas en lo atinente a tersura formal y a versatilidad de contenido. Lo podéis leer a continuación:

Carta

Para Anda Grikis

Déjame que me beba tus amores
a ver si así, al posarse por mi pecho,
me nace una legión de surtidores.

Con la flor de tu aire me haré un lecho
para mullirme en él cuando en tí piense
y dejar de llorar por lo que no he hecho.

Decido de una vez que canadiense
o blanco, así sin más, o Juana o Pedro
son como arco sin brazo que lo tense,

o quizás como mi alma o como un cedro.
No, no hay resurrección para las cosas
y porque cante el ave yo no medro.

¿Adónde llegaré sembrando rosas
si en la zarza del tiempo me lastimo;
si tú, abeja de amor, no te me posas?

A tu sombra de chopo yo me arrimo
y espero ver pasar la primavera

traiga lo que me traiga, golpe o mimo.

Ando de frase en frase lisonjera
y en los lados umbrosos de las lomas
me pongo a contemplar una quimera.

Si pudiera decir que cuando asomas
a mi mundo te ausculto, te presiento
como una procesión de mil aromas.

Si supieras, amor, que en cualquier viento
respiro tu presencia imaginada;
que te doy lo mejor del pensamiento.

He llegado al final de la escalada,
del abundoso lecho de los ríos
y con tanto negocio... ya ves, ¡nada!

Aún quiero ofrecerte mis desvíos:
no te olvides dejar la puerta abierta
por si intentas oír los ruidos míos.

Aquí acaba esta carta tuya y cierta.
He probado a llamarte joven rosa
recordándote algo de una puerta.
Adivina que te amo. Y a otra cosa.

London, Ontario, Canadá, marzo 1965

Y ya en línea de consecuencia, el número 8 de la misma *Aldonza*, junio 1965, dio a la estampa dos sonetos ayuntados bajo el mismo título:

Encuentro

Para Anda Grikis

I

Al verte esta mañana en la escalera
me creció por el alma, dolorido,
como un místico afán de dar sentido
a tu encuentro de gracia mensajera.

Por esa fugaz nota tempranera
tu nombre a mi poema quedó uncido
y llamó a la memoria el solo ruido
que anuncia ya una exacta primavera.

¡Es tan breve el anclaje... ¡ Hasta la rosa
después de haber surgido milagrosa
en pétalos de ausencia se deshace.

Lo contrario a tu voz enamorada
que al quedarse en mis labios transplantada
me parece tu nombre que renace.

II

Cuando tira tu boca la lanzada
de una bella palabra se desvela
mi sangre y como atento centinela
despierto está el amor a tu llamada.

Y la honda verdad de tu mirada,
¿dónde se ha de posar que no me duela;
que el perfil incendiario de su estela

no me inunde de vida recordada?

De vida recordada he dicho, o de algo
como es cruzar absorto por el día
con rumbo hacia el azul de una quimera.

Chorreante de amor voy, vengo y salgo
por la puerta de atrás de la alegría
y no encuentro tu esencia verdadera.

London, Ontario, Canadá, abril 1965

Había, hubo, claro, otras mujeres que contribuyeron a mi adentrarme en el mundo de procelosidades del eterno femenino, y que, al menos, al través suyo, colaboraron en que mi personal heurística de casos, situaciones y módulos quedaran referidos a mi vivir en sociedad. La captación de esta atmósfera de convivencia y trabajo que encontré en Canadá se me hizo más asimilable conforme se me iban evidenciando..., quiero decir, conforme iba yo asumiendo algunos de los condicionamientos y ciertas particularidades privativas de la forma que tenían estos canadienses de ensayar su existencia en común. Si para alguien como yo Canadá, por un lado, ofrecía un notable desarrollo en eso que de manera expansivamente vaga pudiéramos entender como progreso técnico, medido en valores calvinistas telúricos, por otro lado, también para alguien como yo, provisto de un grado aceptable de concienciación clásica, a la europea, Canadá encarnaba uno de los ejemplos más patentes de modalidad de vida provinciana y colonial. Sobre todo en aquellos años muchas fuentes oficiales, o por lo menos oficiosas, se referían al Canadá como al “bread and butter country”, abierto a un montón de ciudadanos provenientes de cualquier parte del mundo: El más modesto e ignaro de estos mismos prójimos [¡no digamos yo!] prestaba la pequeña magia espontánea de su distinción a la nación anfitriona. Conmigo no podía ser de otra manera, y teniendo en cuenta, además, que, excepto Luis Lozano, yo era el único español, “Castilian” de pura cepa para

más señas, allí asentado, no debe extrañar que dentro de la escueta referencia del mundo universitario de la Western, de su específico biótopo, mi persona no pasara desapercibida...

El viernes 1 de noviembre 1963, o sea, escasamente poco más de un mes después de mi llegada definitiva a London, la *University of Western Ontario Gazette* en su página 8 publica el artículo-entrevista “Study of Women Social Obligation to Western's Curious Spaniard” [El estudio de las mujeres como obligación social de un español curioso de la Universidad de Ontario occidental]. La autora de la entrevista, una tal Beverley Brophy, quiero recordar que fue, asimismo, quien me sacó la foto que luce y ocupa la mitad del espacio tipográfico del reportaje, inclinado sobre mi mesa de despacho, escribiendo con estilográfica, y con este pie por título: “Dr. Ramos studies problem”. No me resisto a transcribirlo en traducción sin pretensiones:

–“No tengo más remedio que ser curioso”– dice el nuevo profesor de Español de Western sobre el tema de las mujeres. “Dondequiera que vaya, la gente me pide que compare sus mujeres con las de los demás sitios que conozco”. Señala que cada país tiene un mito respecto de sus mujeres, pero que ha descubierto que es altamente exagerado en la mayoría de los casos. Por ejemplo, mientras estuvo en Suecia este pasado verano, encontró que la creencia común de que las chicas suecas son ligeras y licenciosas es absolutamente falso. “No se pueden aplicar los adjetivos *bueno* o *malo* a sus características. Lo único que se puede decir es que son todas diferentes”, es su conclusión sobre las mujeres. Otro de sus intereses, de más voluntaria naturaleza, es el de escribir poesía. Sus primeros intentos poéticos los realizó a los diez años. Los resultados ulteriores de estos ensayos primerizos pueden encontrarse en sus dos libros de poesía *Coágulo* y *La fuente o ella*. Cuando le preguntamos por qué se decidió por profesar en Western, el Dr. Ramos contestó que puesto que su campo era la Filología Inglesa, se interesó primordialmente por un país anglo-parlante. Su cometido lo cifra en obtener la mayor experiencia posible dentro de la cultura inglesa; lo cual le permitirá

contribuir más a dicho campo cuando regrese a su país de origen. El Dr. Ramos también ha profesado en Inglaterra, pero le convencen más tanto el estudiante como el sistema de educación canadienses. [Los chicos de aquí] “No están tan mimados y sí mucho más deseosos de aprender”. Continuó comparando al estudiante U.S.A con el canadiense. De su experiencia docente aquí y en la Universidad del Estado de Michigan saca la conclusión de que no hay diferencias en lo tocante a conocimiento y cultura. En el campo concreto del Español hay algo menos de interés aquí que en dicha Universidad del Estado de Michigan. El Dr. Ramos cree que ello puede atribuirse al influjo de la ascendencia francesa en [el] Canadá. Por su entusiasmo y sinceridad, es evidente que el Dr. Ramos está disfrutando al máximo meterse en el ambiente de aquí, de Western. “La cultura de una nación no se asimila sólo mediante la lectura o el hacerse socio de un club [para practicar la lengua]. Es algo que hay que vivir y eso es precisamente lo que yo estoy haciendo”...

¡Pppuuufffhhhh...! La verdad es que uno, sin grandes violencias de principio, puede quedarse apabullado de las simplezas tautológicas y de las obviedades tan de andar por casa que se contienen en dicha entrevista. Lo de menos es pretender ahora [*ahora*, cuando esto escribo, es ni más ni menos que el dos de febrero de 1995... pasados más de treinta y un años de los hechos que se relatan]..., lo de menos, digo, es precisar si mis respuestas se plegaban a las preguntas de la autora del reportaje; o era éste, el reportaje, el que conformaba a mis aptitudes y personalidad [probablemente conocidas de antemano] los puntos de supuesto interés periodístico. Sea lo que fuere, lo que puedo decir ahora sobre los juicios de valor tan voladeros vertidos en esa crónica, es equivalente a las apreciaciones de provincianismo y rusticidad aplicables a buena parte del conjunto de la idiosincrasia canadiense... Y en realidad, ¿qué podría haber dicho yo? Decir que uno es “curioso” en ciertas circunstancias es un mesurado y descafeinado eufemismo que deja percibir un nudo de intenciones y de disponibilidades que en mi caso [supongo que huelga decirlo] tienen fijado su norte en *conocer* en

sentido bíblico a las portadoras de “eso” que generase y suscitase mi curiosidad. Con todo, el interés de la entrevista radica en que yo debí de exteriorizar, o sugerir, mi personal planteamiento de mi trabajo, de mi futuro, y de mi asentamiento definitivo... Si dije lo que recoge la entrevistadora... “this will enable him to contribute more to the educational field in his home land when he returns” [referido a mi especialidad de Filología Inglesa], me parece un plenísimo acierto, sobre todo porque en aquel momento me quedaban ocho enteros años académicos de permanencia en Canadá y mediando un periodo tan largo de tiempo considero doblemente acertados mi vaticinio y mi declaración de intenciones. Lo de “escoger profesar en Western” era otra piadosa sandez, ya que, una vez fuera de U.S.A y en el tiempo de que dispuse para prepararme el programa canadiense, me tuve sencillamente que decidir, o por Waterloo, o por London, y parece ser que *entonces*, “I made my choice”; o sea, que elegí lo correcto. En resumen, lo que estoy tratando de expresar es que, en un lugar como la University of Western Ontario, de London, alguien como yo, recién cumplidos sus 27 años, constituía “noticia”; significaba “gente”; llevaba consigo “exotismo”; propiciaba “novedad”, etc. Y probablemente esta simple y tan humanísima estela de obviedades que me precedía, jugaba unas veces a favor, y otras en mi contra...

Recuerdo a una amiga, de nombre imposible de rescatar, que – ahora que lo preciso– supongo que se había echado sobre su conciencia la tarea gratuita de darme algo así como una lección, vapuleo o varapalo..., lección que nadie le había pedido. Era un poco mayor que la media de las chicas universitarias, y ya no puedo saber si era todavía ella universitaria, o habiéndolo sido, había dejado de serlo. Algo corpulenta pero equilibrada de chasis, bonita de cara, tirando a pelirroja, con cierta reticencia y premiosidad en el decir. La traigo a mis páginas porque a través de ella conocí a una pareja de amigos suyos: El, industrial del ramo de la confección de ropa, y dueño de una empresa de lo mismo; y su compañera, una rubia con un aire a lo Kim Novak. Vivían en una casa de campo, en el camino de Woodstock, casa cuya construcción la habían encargado a un equipo

de finlandeses, creo, para lograr una réplica lo más fiel y emuladora posible de esa preciosidad de residencias de bosque, combinados de praxis y comodidad de último grito que concurren en ciertas construcciones nórdicas... y a las que tan acostumbrado estaba yo por mis ya repetidos viajes a Finlandia. Mi amiga [voy a llamarla de una vez Brenda para ahorrarme circunloquios] me llevó a visitar a sus amigos, como si se tratase de un famoso domador que presenta al mundo del espectáculo su último ejemplar de oso domesticado; o tal vez de lo contrario, de un incomparable ‘maverick’, o de cualquier otro animalito sobresaliente... Nada que objetar en cuanto a tan normal ejercicio de urbanidad... si no fuera porque a mí, procedente de la vieja Europa, me pareció que el azar me regalaba una estupenda ocasión para ilustrar mi heurística de antropología canadiense. El varón de nuestro cuento, llamémosle John, usaba ese tipo de posturas, mejor, poses cuidadas y desinhibidas para sentarse... sin soltar nunca, nunca de una de las manos una lata de cerveza... mientras su compañera, llamémosla Rose, se acomodaba junto a él, como estudiado contrapunto. Rose, en efecto, era atractiva, con un jersey de esos que si laxamente, calculadamente llevados, pueden camuflar con pudor dentro de sus oquedades internas las esfericidades de los senos; o bien pueden prestarles a éstos una explicitación túrgida y ostentosa. John tenía allí estacionado un ‘Thunderbird’ descapotable y llamativo, y se autocomplacía relatando que en tal y cual viaje..., no, viaje no, sólo desplazamiento... la consigna identificativa a la que Rose y él se habían hecho acreedores era la de... “here come the blonde and the drunkard”. A todo esto, Rose le miraba halagada, transida por la fehacencia arrogante de sentirse deseada, haciendo de su gesto, de su sentarse felino junto a su “drunkard” y del repertorio de los demás ademanes suyos..., un conglomerado provinciano, prepotente y hortera..., absolutamente paleta. Y es que resulta que el canadiense pudiente aspira a, reivindica a toda costa una cierta distinción especial que le es naturalmente negada por su carencia de... fuentes; por la inexistencia de referentes válidos en su pasado, y por la improbabilidad de que su presente y futuro le proporcionen modelos

más edificantes y más fiables. El canadiense adinerado [y tal parecía ser el caso de John] desea sobresalir de sus vecinos ciudadanos U.S.A; o por lo menos reclama el sagrado derecho a que nadie me lo confunda con ellos... O sea, que el canadiense que emula a su vecino U.S.A tiene que exhibir el procedimiento, tiene que demostrarlo, tiene que hacer que los demás caigan en la cuenta de que tratándose de alguien tan próspero, tan capaz, tan guapo y tan perteneciente a una de las sociedades más democráticas y más avanzadas del mundo... no es sin embargo, empero, ciudadano de los EE.UU de América, *sino* de la nación vecina del Norte, o sea, Canadá. El americano de los U.S.A, muy al contrario, no tiene que demostrar nada: Lo tiene muy sabido él, y lo da por muy sabido, por muy de sobra sabido también por parte de los demás. John era un hortera consumado, que basaba sus ínfulas de prepotencia en la marcha de sus negocios como comerciante. Él y Rose conjuntaban una pareja que me hicieron pensar [respecto de la intención crítica proyectada, y salvadas las diferencias que fueren] en algún personaje de Tennessee Williams, llevado al cine. Posiblemente a algún reparo por parte mía en cuanto a la calidad o estilo de vida total de nuestros héroes, Brenda, en nuestro viaje de regreso a mi piso compendió el respeto y la pleitesía que ella parecía tener a bien dedicarles, en el comentario contingente e irritante de que: “He is in a very good financial position”. ¿He dicho irritante? Pues, no; me corrijo: ¡Lo llamo obsceno! La adoración que esta gente profesa al dinero resultaba aún más abultadamente insultante cuando en el horizonte de sus deseos y cometidos no existía más que una gradación cuantitativa de los aspectos que ya obraban con ellos: ¿Un coche grande y bonito? Pues compremos dos coches más grandes y más bonitos... ¡y así sucesivamente!

Por cierto que fue a petición de Lorenzo como me decidí, acompañado también por él, a irme a esquiar con esta tonta de Brenda un día de fin de semana a una estación invernal pequeña de junto a London. Cosas de Lorenzo. Me alquilé unas botas y unos esquís [quiero decir, sólo las paletas deslizadoras], y una vez más probé que mis 28 años de entonces eran capaces de asombrosas demostraciones.

Según entiendo, las escuelas de esquí enseñan durante todo un día a los principiantes a ponérselos y a sujetarse de pie. Creo que los primeros metros de deslizamiento por pendiente suave tienen lugar pasadas algunas jornadas de aprendizaje. También entiendo que las clases inciden muy monográficamente en la secuencia de la caída y de la ciencia sobre cómo ponerse uno en pie. Pues bien, Lorenzo [¡tanto era el crédito que me concedía!] me animó a que yo, por las buenas, compendiara y sustituyera todos esos tramos de meticuloso aprendizaje por... mis recursos espontáneos. Y la verdad es que casi lo consigo... Puestas las botas, ajustados los esquís... el primer deslizamiento durante unos 100 metros no consiguió dar conmigo en tierra. Pero el segundo intento no me fue tan bien. Recuerdo la sensación tan desagradable de que a uno se le vayan abriendo los esquís y amenazando con chascarle, desgajarle a uno las piernas por la horcajadura.. y la penosidad de querer volver a colocar las palas deslizantes... juntas, ordenadas, sumisamente controlables... y en el vano intento de procurarse uno dicha maniobra..., seguro que se vulnerarían todas las reglas del equilibrio, de la motricidad, y de la quinesia, etc. Me caí, rodé... y [¿hace falta que lo diga?] me torcí un tobillo. De esto hace, claro, más de treinta años. A pesar de las recomendaciones de Lorenzo y de Brenda [i.e., que psicológicamente no era correcto terminar nada teniendo como punto final una nota negativa, de repulsa, de aborrecimiento, etc., etc.] el caso es que, como digo, de esto hace más de treinta años y no he vuelto a acercarme ni siquiera al espíritu activo de los deportes de nieve, mucho menos a calzarme esquís, ni embutirme en la onerosidad de la farragosa y abultada impedimenta que se requiere. Es muy simple: Me fastidia todo deporte, o actividad, ejercicio, función, práctica, etc. que necesite una vestimenta tan formidable y tan minuciosamente sofisticada como el deporte de la nieve. De ahí que, mentalmente por lo menos, la natación y la carrera (jogging, footing, campo a través, o trote en pista) tengan toda mi preferencia: Un bañador, de un lado; y unas buenas zapatillas, de otro, es todo lo que se necesita.

Con todo, mi decepción y disgusto me vinieron generados por la

tonta y calientapollas de Brenda. Debíó pensar que para dar un escarmiento a mi... [siempre según su propia gratuidad] fama de conquistador, nada mejor que no follar conmigo, negándome a mí la consecución de una tendencia legítima y hurtándose ella misma una expansión espiritual que, en todo supuesto, hubiera ennoblecido su formato, su diseño cosmo-bío-patológico de hembra. Recuerdo que, sentados en el sofá del cuarto de estar de mi piso, y prácticamente antes de que yo me hubiera dispuesto a escalar las primeras rampas de la fortaleza de su intimidad, como adelantándose a tan noble ejecutoria, me dijo algo así como: “Well, too bad... this time... ¡you failed!”. ¡Jilipollas de mierda!

Y en esta y otras escaramuzas me iba deslizandó entre las mallas del tiempo. Pocas cosas tan ciertas como el lema que antepongo en el primer volumen de esta obra seguida y unitaria: “La memoria de todo hombre es como un inmenso espejo de mujeres muertas”.

Fue al regresar a casa el verano de 1965 cuando me traje conmigo en el avión dos asientos para taza toilette o excusado, idénticos, marca ‘Rubwood Viceroy’. Los ví en un almacén de saneamientos y me parecieron algo excepcional, sin nada que en España pudiera comparárseles. Están hechos como de baquelita negra, con una abertura del frente de la parte anterior [se supone que para evitar que el goteo de orina lo manche o lo salpique en caso de no levantar dicho asiento], de forma anatómica, con un rebaje o surco redondeado para que tanto los glúteos como las partes de muslo posterior descansén con comodidad. Los de la aduana del aeropuerto de Barajas me hicieron ponerlos sobre el poyato-mostrador de inspección, y confesaron que era un artículo muy poco corriente. Con decir que llevan instalados cerca de treinta años y están como el primer día, casi con su brillo, sin una picadura, sin un salto del esmalte, etc. creo que dicho queda todo.

Ya una noche del verano de 1964, mientras paseábamos por la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares, nuestro bueno y malogrado amigo y compañero de colegio, Julián Castillo, al terminar de oír mis relatos sobre el curso académico que acababa de culminar, y como

colofón a las cinco nuevas chicas que yo confesé haberme tirado, dijo con su proverbial y lúcido laconismo: “Bueno: Pues ya tienes otro quinquenio más”.

El caso de Mary Ann Davies constituye un apartado independiente y en buena parte, excepcional. Baste reseñar que ella, junto con una cuenta corriente que mantengo abierta en un banco de Kingston; y un colega y amigo italiano-canadiense, Bastianutti, todavía profesor de Queen's University [descontando, por esporádicos, los contactos con Lorna Griffin y con Karin Mumm], son los tres cordones umbilicales o antenas que mantienen vivas mis posibilidades de vinculación a mi país de residencia durante ocho años... En algún lugar de estas Memorias ha quedado dicho que, después de regresar de Canadá en mayo 1971, no he vuelto a poner pie en tierra de América del Norte, con la salvedad testimonial y de laboratorio de una escala que un avión de KLM, partiendo de Amsterdam y con destino a Tokyo, hizo en Anchorage, Alaska.

Mary Ann procedía de extracción francesa e inglesa a partes absolutamente iguales, y por ello era bilingüe en estado perpetua y perfectamente natural. Nos conocimos inevitablemente porque ella, secretaria del Departamento de Francés en Middlesex College, tenía su despacho frente al mío. Intimamos muy pronto, si bien con arreglo a módulos europeos. Su personalidad potenciaba un tipo de recursos humanos, vivenciales, difícilmente degustables por alguien que no hubiese vivido en Europa. Mary Ann era menudita, rubita, femenina, pudorosa, con una esmerada educación... Allí en London vivía ella compartiendo piso con una tal Eileen que trabajaba, también como secretaria, en el Departamento de Lenguas Romances, pero afectada más de lleno al Español. Eileen era bastante mayor, y todo lo que tenía de buen corazón y de solterona madraza lo tenía de poco o nada atractiva... Pepe Azcárate solía acompañarme cuando se trataba de visitarlas en el piso que ambas compartían, y por cierto que Eileen desarrolló un enamoramiento larmoyante, pavoroso, desarreglado y colosal a expensas de la persona de Azcárate, el cual, incurso en su ramalazo emocional hacia la panameña Olga Mata... poco podía

hacer..., vaya, que no hizo nada. Otras veces nos reuníamos en mi piso, donde la abundancia de licores ricos y de... liberalidad de espíritu más que nada, hacía de mis veladas ocasiones muy altamente estimadas por el personal... ¿Se acuerda el lector, unas cuantas páginas hacia atrás, de aquella comida opípara que ofrecí, entre otras cosas, a base de chuletones al estilo que aprendí de aquellas dos madrileñas? Bueno: Pues Mary Ann fue una de las invitadas. Pepe fue otro. Un profesor de francés, Jean Mèral, otro. Y hubo otras dos chicas más que, por no estar rigurosamente seguro de quiénes eran, me abstengo de mencionar...

Mary Ann y yo nos entendimos siempre a través y por medio de lo que en ella había de europeo, sin duda alguna. Cuando yo llevaba algún tiempo ya profesando en Kingston, ella se fue a vivir a Montreal y allí la visité. En otra ocasión fue ella la que viajó a Kingston, a pasar conmigo un fin de semana... Luego vivió varios años en París, y a eso de finales de los setenta se trasladó de nuevo a London, Ontario, donde todavía reside. Ahora, con la perspectiva que proporciona la duración en vida comprendo mejor que se haya mantenido soltera en el sentido de “no empapelada”. Comprendo que, para afrontar el engorro onerosísimo de la convivencia matrimonial, el temperamento canadiense no la haya seducido. Y pretendientes los ha tenido... ¡vaya si los ha tenido! Recuerdo a uno, el más contumaz, de mis cursos de Western Ontario; o sea, de sus primeros, porque entonces Mary Ann, varios años más joven que yo, frisaba tan sólo un poco más arriba de los veinte. Un día la llamé a su casa y cogió el teléfono el pelmazo de su “suitor”. Yo pregunté por ella... [mal hecho; es obvio que al oír la voz de hombre debí colgar y esperar mejores tiempos]... y recibí la desairada respuesta de... “she's busy”... y un cuelgue de teléfono. Normal. Al día siguiente Mary Ann se me disculpó compungida y cuasi llorosa. Sí, Mary Ann no careció de pretendientes, pero ella, europea también, sentía su independencia como algo muy especial, como algo “not for sale”. Durante estos casi 24 años desde mi partida de Canadá, y casi 30... [obsérvese bien..., ¡casi 30!] desde que dejé de residir en London, Ontario, y por tanto, de encontrarme con Mary Ann

de manera habitual, no hemos dejado de comunicarnos ni de saber el uno del otro, siempre en posesión de los medios para poder entrar en contacto en cuestión de minutos. Entre las frondosas modalidades de correspondencia que nos hemos dedicado, la más sorprendente, la más original y cordialmente certera pertenece a Mary Ann, quien, al alimón con Jean Mèral, a la sazón en London, visitándola durante un ‘week-end’, me envió una tarjeta grande escrita por ambos y fechada en septiembre 1992; preciosa tarjeta con una artística y cuidada panorámica de The University of Western Ontario, al parecer después de haber experimentado un frenesí de desarrollismo gigantesco... Mary Ann ha venido cuidando en estos últimos años de su madre, afectada irreversiblemente de un galopante mal de Alzheimer... Mary Ann vive, además, rodeada y acompañada de un pequeño ‘zoo’ de perros y gatos... Mary Ann siempre sostuvo que yo fui el primer hombre que... bueno, ya se me entiende. Yo, la verdad, nunca consideré viril ni caballeroso darme por enterado...

Isabel era una de esas mujeres que, aun siempre en camino, parecía que nunca habría de llegar. Era, también, una de las hermanas de Lorenzo, la mayor, aunque algo más joven que él. Nos conocimos en la fiesta a la que asistí recién salido del Hospital al que me llevó aquel vesánico forúnculo. Creo que Isabel me regaló la parte de su personalidad que más escoraba hacia el lado de su ascendencia hispánica. Si Lorenzo apenas recordaba aspectos sustantivos de su niñez en Nicaragua, Isabel aún menos. ¿Era bonita? No estoy seguro. Isabel atesoraba el especial distinguo de no aparecerse atractiva hasta que no estaba uno asomado de lleno al brocal de su intimidad. Según confesión propia, en Ottawa había tenido un novio, algo paranoico, que continuó “persiguiéndola” durante no sé cuánto tiempo, y tal era la razón por la que ella se había determinado a seguir estudiando en London, poniendo así tierra de por medio. Probablemente no era bonita en exceso, ni tuviera un cuerpo propiciador de entusiasmos súbitos; pero en los diferentes estadios de su dintorno contenía una ternura de nostálgico encariñamiento enormemente pegadiza. No es en absoluto presuntuoso asumir que fue a través de mi ejemplo, de mi

propia personalidad, de mis menesteres de Hispanista en la Universidad Western como Isabel vino a encontrarse con un patrimonio de su propio pasado que estaba ahí..., en los pliegues de su intrahistoria vivencial. Coincidíamos muy de tarde en tarde, como sin querer, en reuniones, ‘parties’ a los que ella acudía con compañías ajenas a mi círculo de amistades inmediatas, y una vez allí, tampoco me suponía a mí ninguna violencia hacer un “aparte” conversacional con ella. Isabel hablaba Español como con miedo, y sólo a medida que iba ella descubriendo a través de mi discurso las inagotables posibilidades de su lengua primera y materna fue como se hizo más perceptible su acercamiento al mundo que mis fórmulas expresivas, que mis peroratas de “maverick” hispánico le presentaban a su conciencia. En este orden áulico e intelectual [y dentro del sistema norteamericano libérrimo de poder escoger materias de aquí y de allá para confeccionar la titulación en una Licenciatura general correspondiente a lo que ahora aquí en España se ha entendido por ‘Diplomatura’], Isabel llegó a matricularse de algunos créditos en mi curso de Spanish Prose of the XIX and XX Centuries (junior level o tercer año)... Recuerdo vivamente que la prosa de Valle-Inclán la emocionó con intensidad desusada..., y que aquellas descripciones de las manos de Rosarito en *Jardín Umbrío*, “las hermosas manos de novicia, pálidas, místicas, ardientes” fueron para Isabel impensadas revelaciones...

Debió de ser en alguno de aquellos *parties* disparatados y acomodaticios donde Isabel y yo tuvimos ocasión de auscultar los registros emotivos que el cuerpo de cada uno, el bulto espiritual de cada uno en contigüidad, despertaba y propiciaba respecto del otro. Todos nos hemos topado con mujeres de chasis inequívoca e implacablemente vistoso y nuestras expectativas respecto de ellas quedaban como realizadas, como llevadas a término sólo con iniciar nuestro abordaje a ellas; como si lo incoativo y lo perfectivo se consorciasen en un mismo instante, en un idéntico vector aspectual, puntualizado, de tiempo. Las mujeres como Isabel requerían un... como recorrido procedimental...

Sí, debió de ser en alguno de aquellos ‘parties’ de fin de semana. Cuando me encontré abrazado a Isabel, con la excusa de la monserga pseudo-melódica de turno que fuere..., me pareció que su carne se diluía de templanza en la tabla de mi pecho, dentro del armazón posesivo y acaparador de mis brazos..., que la moderada ‘morbidez’ de sus atributos buscaba un definitivo consorcio con mi piel... Probablemente aquella noche nos besáramos hasta límites agónicos... Probablemente, bueno, con toda seguridad que no pasamos de ahí. Pero estando, como estábamos los dos, tocados de ala, propensos hacia el vértigo de la entrega mutua, lo que a partir de entonces pudiese ocurrir era sólo una pura y natural consecuencia...

Mi estado de ánimo tenía mucho que ver con la realidad de que por aquel entonces dedicaba yo mis últimas semanas, o quizá días, a residir en London. Me esperaba Kingston, y mi compromiso con la Western de London, Ontario, se estaba liquidando. Mi conciencia no estaba segura sobre lo que debería rescatar y sobre lo que podía conceder al más irrevocable de los olvidos. Mi conciencia vacaba, irresoluta para pasar juicio de valor sobre lo que estaba a punto de consumarse, de finiquitarse; y asimismo, inepta para proveerme de una articulación programática con enganche y sentido...

Lo tengo muy destacado dentro de los cuévanos de la memoria: Fue una noche en que todo pareció desarrollarse como un juguete de guiñol conducido por la mano inspirada y generosa de un “laissez faire” superior y bienintencionado... A última hora había yo desestimado reunirme con quien fuera..., había renunciado a encauzar aquella velada con arreglo a una clave prefijada supuestamente. Llamé a Isabel y nos encontramos en su piso. Bajamos al porche de su casa, nos sentamos en cualquier parte y estoy seguro de que en nuestra conversación concurren elementos formales y viscerales de entidad más intensa y más inequívoca que en los de las propias nupcias... Pasamos parte de la noche así. Luego nos fuimos a mi piso. Los dos estábamos ebrios de sorpresa, abrazados a aquel milagro de armonía congrua que el azar munificente había puesto en nuestro camino... Estábamos los dos exonerados de nuestros planes previos, liberados de

nuestros antiguos demonios, y ahora queríamos Isabel y yo aunarnos, ella conmigo, yo y ella, en una cita, en un encuentro total, demonizándonos gloriosamente, mutuamente. Recuerdo que Isabel bautizó aquella noche como “la de la locura”, expresión..., la más conscientemente emotiva, la más cordialmente asumida que en todo el tiempo en que la conocí oíla pronunciar.

Otra noche, Isabel, que se hallaba en la mitad, en el apogeo de su menstruación, me regaló los quilates exacerbados de sensibilidad que tal circunstancia fisiológica comportaba.

En octubre de 1965 ya estaba yo instalado en Kingston, y el mundo de London había quedado bien atrás, surto en sus propias e intransferibles coordenadas.

Fue en 1970, es decir, años más tarde y en mi penúltimo de estancia en Canadá, cuando recibí un tarjetón: “Lorenzo J.A. Gironés Announces the opening of his office For the practice of law Commencing March 23rd. 1970 At Suite 16. 105 Davenport Road. Toronto 185, Ontario (416) 964-1179”, junto con unas líneas, invitándome a una recepción en su casa, en tal fecha...

Acudí a Toronto, con mucho gusto. Se trataba de una reunión familiar. Conocí a la madre de los Gironés, Ruth, la esposa del médico asesinado en Nicaragua cuando Lorenzo era muy, muy niño... Estaba Margarita, la hermana pequeña, con su marido. Decía ser muy feliz en su matrimonio... Estaba Isabel, con su prometido, o sea, “engaged to be married”, un típico canadiense... probablemente algo más joven que ella. Isabel no dijo una sola palabra en todo lo que duró mi visita. Lorenzo se mostraba cinematográfico, elegantísimo, con un traje azul marino, de rayas, cruzado, junto con su bella esposa en estado avanzado de gestación de su primer hijo. Me sacaron a cenar en... no me es posible precisarlo... juraría que se trató de uno de esos restaurantes en la cima giratoria de una elevadísima perindola, pero el caso es que el único edificio en Toronto de tales características del que tengo información a mano es la Torre CN, entre Front St., Lakeshore Boulevard, y University Avenue, cuyo final de construcción data de 1976... Probablemente se tratara del Eaton Center, entre las calles

Dundas y Queen. Fuere lo que fuere, el caso es que ví a Lorenzo pletórico, al comienzo de una travesía vital, pertrechado del mejor de los aparejos de navegación.

Un 25 de agosto de 1986, hallándome yo en mi casa de Alcalá de Henares enfrascado en repasar carpetas de apuntes literarios de pretérita erudición, pertenecientes a mis cursos en Norteamérica, encuentro en el reverso de un folio:

Isabel Gironés
197 Regent st.
438-6549

Tanto la calle como el teléfono correspondían a London. El corazón mío ensayó como un amago de acomodo, porque otro gigantesco círculo parecía suturarse ante mi conciencia viva. Recibí su nombre con abandonado agradecimiento, con corroboración cálida. Acaso a través de, y por Isabel, en la Historia universal del alma se hayan ensanchado los confines de la palabra *amor*.

**Najiat Abdelmalek: Immouzer des Kandar, Marruecos;
Wapu: Ansongo, Malí. Expedición a Africa, julio 1969.**

Yo he salvado la distancia Ceuta (España) - Niamey (Níger) en línea recta, atravesando el desierto del Sahara por la parte de su corazón, Tanezrouft o “ruta del terror y de la sed”; por donde más duele, en la peor época que es el mes de julio, cuando la naturaleza opone con casi omnipotente tenacidad sus defensas dilatadas y seguras de su eficacia. Y lo he hecho en una simple furgoneta de fabricación española, para reparto de cachivaches; sin preparaciones especiales y sin conocimientos especiales; sin nada especial, a no ser la compañía de otros dos expedicionarios cuyas disensiones entre sí y las de cada uno de ellos con respecto a mi manera de enfocar, concebir y resolver las situaciones han sido, con mucho, las pruebas más duras que mi hombría ha tenido que superar. Al contacto aplastante de tanta calamidad provocada por el medio infrahumano y por las incompatibilidades de los tres viajeros, mi voluntad se ha ido enardeciendo. En los 33 días que ha durado la aventura ha conocido mi alma las mayores estrecheces que un destino haya podido experimentar por deportividad y por gusto, y de este tema de estoicismo severo sale la única justificación para tal peripecia; he sufrido hambre y sed físicas como para olvidar el valor de un vaso de agua fría o un mordisco a un pedazo de fruta fresca: Al término del viaje pesaba ocho kilos menos que cuando comenzó la aventura; me he caído aniquilado por el cansancio y por la suciedad, por la desesperanza y el sinsabor, por el asco y por la pura inercia de las penalidades en curso; y he visto cómo a una temperatura de más de cincuenta y cinco grados el vehículo se hincaba en la arena una y otra vez, y al colocar y encajar las escaleras metálicas, o empujar al furgón, o tirar de pala y repetir lo mismo más, muchas más veces, creer que una vez cualquiera iba a ser la última, y sufrir la humillante decepción de constatar que no, que... ni mucho menos; que esa vez última está siempre donde nunca la esperamos...

Algo he envejecido, en señales de alma y de piel, repiten por aquí los amigos y la familia. En la tragi-cómica confrontación con el espejo cada día veo rodales de canas nuevas que han brotado con firmeza, pruebas inequívocas de la consumación de un episodio áspero y aleccionador. Bajo un sol sahariano, de julio, mi cuerpo desesperado y desnutrido ha buscado dentro de la furgoneta, centímetro a centímetro, la superficie de un trozo de sabana mojada, deteniéndose con morosa lentitud y en un mal disimulado deliquio de complacencia en ese oasis de frescor provocado. Y en los contados hoteles sórdidos donde hemos encallado a lo largo de la ruta espectacular, he dado en lánguidas y plomizas horas de siesta cientos de vueltas en los camastros, abandonando mi desnudez –galopante ya hacia una desnutrición canija– a los aspavientos de un ventilador voluntarioso e indiferente. Y en el suelo, debajo del furgón, sobre la manta doblada; o encima de la baca, teniendo por techo toda la confabulación estelar de la noche africana; recostado en el quicio de alguna columna desvencijada, o en la sombra de tal o cual zaguán durante las inicuas y absurdas esperas para gestionar el visado parcial de nuestro pasaporte, ... mis huesos y la carne que los recubría han buscado una mínima moldura de acople, la hendidura precisa que hace ajustar un pliegue de la espalda o una rodajita de carne de la pierna. Miseria y frustración plenarias. Miseria y una como insensibilidad amenazante por haber bajado tan de golpe a los mínimos estratos de la urbanidad.

Y voy a hablar de todo ello, con la previsión de que ni se me crea ni se me deje de creer. No está uno como para dar explicaciones a los duros de oído; ni mucho menos como para sentirse inflamado por un ardor apostólico de ganar prosélitos para una fe o para una teoría más o menos atrayentes. Voy a decir lo que a mí me ha pasado, y espero que de la narración de lo que yo he vivido se desprendan muchas lecciones. Lo más apremiante a mi juicio es puntualizar la dimensión, la cabal envergadura del viaje, sobre todo para evitar las chácharas que se puedan desprender de preguntas ignaras o de concepciones erróneas sobre nociones geográficas. Sin pretender que los “amigos” interesados por nuestras aventuras dispongan de una

exacta documentación sobre la geografía africana, sí me hubiera gustado evitar las numerosas ocasiones en que me he visto obligado a contestar: “No, no; eso no es precisamente el Sahara”, o “Eso está a tantos miles de kilómetros más hacia tal o cual lado”, o “¿A ver si Vd. está hablando de tal o cual país que no está en Africa, por cierto?”, etc. Con un mínimo de curiosidad y cinco minutos de tiempo se puede uno pasear por cualquier mapa y percatarse de la situación. No puede ser yo el que acentúe la dificultad o el rigor de nuestra aventura, aduciendo tal o cual dato ante el lector en potencia que cómodamente está pensando en su salida en el inevitable Seat 600 el próximo fin de semana. Lo que intento relatar en estas páginas bien creo que podrá parecer como una ingente epopeya de contrariedades, un desacato a las leyes de la sensatez y de la subsistencia. En estas páginas que van a seguir voy a intentar, pulso con pulso, detallar la cadena de sufrimientos reales [y de ocasiones no menos enaltecidas] que he encajado; la magnitud de las inconveniencias a que me he sometido... Y sin embargo, por desaforada que fuere esta relación mía; por espeluznantes que pudieran parecer mis extremos, siempre quedaría en el fondo remoto de la conciencia de algún lector la iniciación de una sonrisa irónica o el esbozo de una nube de duda ante la imposibilidad de medir con un instrumento idóneo la dimensión del suceso que yo le estoy participando.

Por eso me parece más acertado olvidar el poder eléctrico, si le hubiere, de las palabras de este humilde cronista y preocuparse sencillamente de recomendar a quien fuere, agenciarse información de buena tinta sobre alguien que haya consumado un viaje de tal cariz. En esta época, creciente en fervores por lo desconocido y por lo remoto, hay pocas cosas que hayan quedado erguidas mostrando su desafío o su reto al hombre emprendedor. Refiriéndonos a España, tengo una buena dosis de certeza de que *nadie* ha atravesado el Sahara por donde yo lo hice y en la época en que lo hice. Ahí hago yo radicar la significación que se dé a mi viaje, al solo dato de destacar que ningún español lo haya hecho en mis condiciones. Por lo tanto, que no..., que no se hagan ilusiones los merodeadores de sensaciones

facilonas cuyos deseos de aventura terminan al pasar la página de la revista que manosean con fingida suficiencia hasta que apuran el sorbo de brebaje y consumen el último milímetro de cigarrillo.

Por eso también irrita y da pena al mismo tiempo observar la falta de rigor, de precisión, que se barajan en ciertas noticias de la prensa diaria cuando se trata de prestar cierta sensacionalidad al suceso publicado. Confieso haberme indignado un tanto cuando unos pocos días después de mi regreso leo al azar la siguiente noticia en el *ABC* del sábado 16 de agosto 1969: “CRUZARON EL DESIERTO DEL SAHARA EN MOTO: ... emplearon en su viaje treinta y dos días, durante los cuales han recorrido 7.000 kilómetros, en los que se incluyen los trayectos Almería-Melilla, Túnez-Nápoles y Nápoles-Barcelona. A su regreso han manifestado que la parte más difícil de su viaje fue el cruce del Sahara, desde Tlemecen a Tamaourasset [sic], pasando por Laghonat, El Golea in Salah [sic] y Ourgla, hasta llegar a Túnez. Los dos jóvenes barceloneses han cruzado también España, Italia y Portugal”. Para empezar, el suelto mezcla churras con merinas, y apenas un solo nombre de las localidades señaladas aparece correctamente deletreado. El diario *YA* de ese mismo día insertaba la noticia casi de idéntica manera: “DOS JOVENES DE BARCELONA HAN ATRAVESADO EL SAHARA EN MOTOCICLETA” y con el contenido calcado...

Sepan los poco duchos en geografía que el punto sahariano argelino más meridional que alcanzaron estos catalanes, Tamanrasset, se halla en la ruta “buena” del Este [asfaltada hace muchos años ahora] de las dos que más o menos paralelamente cruzan de norte a sur el desierto argelino; que es una travesía bastante más frecuentada que la del Tanezrouft; que hasta Tamanrasset existe una pista mejorada que arranca desde un poco más abajo de El Goléa; y naturalmente, que hasta llegar a este punto por la ruta norteña que se elija, se marcha sobre carreteras de primer orden asfaltadas normalmente. Además, la parte de desierto que atraviesa esta ruta de Tamanrasset es precisamente la montañosa del Hoggar, y se asegura que el clima es bastante más fresco, al menos durante la noche. Torpe y mezquino

sería inferir que trato de quitar mérito y reconocimiento al paseo de nuestros compatriotas barceloneses. Rodeado como ahora estoy de mapas y de documentación de primera mano, lo único que hago es puntualizar sobre la inexactitud y el descafeinamiento de unas noticias que para la mayoría de los lectores no producen un efecto mayor que el de llamarles la atención sobre unos parajes que nunca han oído y a los que jamás pensarán ir. Pero no tengo yo la culpa de ser uno de los poquísimos para quienes ciertos lugares suenan con la familiaridad de lo vivido y sufrido; presente en la carne de la memoria y en la superficie de mi alma. No me toca a mí en este caso enrolarme en las filas de los falsos presuntuosos que pregonan su hazaña de tapadillo, sino proclamar abiertamente que mi experiencia está volcada del lado de lo extraordinario y meritorio.

Antecedentes. Debo confesar que más decisivo que la realización del viaje, ha sido la disposición. Disponerse, empaparse en la temperatura impulsora del plan es lo que cuenta. ¿Cuál fue mi caso? Romántico por condición, he creído siempre estar informado por un alma eternamente propicia a la aventura espiritual. Cuántas veces he superpuesto adrede lo remoto y lo bello, lo ignorado y lo atrayente; y cuántas veces, enardecido, por la mínima espuela de una sonrisa, o de una palabra con tono promisor, o un gesto intuido, he traspasado fronteras y actitudes, engolfado en la improbable pero virtual peripecia mística avicinándose. Sin esta disposición mía que más y más se afianza en mi vocación y en mi destino sería inútil querer justificar desde un ángulo mínimamente sensato mi viaje al desierto. Mi alma ha ambicionado gloria personal realizando simplemente lo no realizado por otros. Mi alma ha ido directamente al grano, y ha entendido cabalmente que ponerse a hacer algo es ya tener hecho la mitad de lo que se quiere hacer. Mi alma valientemente ha comprendido la futilidad de intentar anticipar y apresar todos los entresijos que se urden en un viaje de cierto calibre; y más bien me he preocupado de afianzarme en una disposición generosa y capaz de neutralizar y compensar todas las posibles penalidades y reveses del impredecible azar...

Pero hay que elegir un punto, uno cualquiera, desde el cual hacer partir la primera realización, el original proyecto de la aventura sahariana, de mi “Africa 1969”. Tal vez lo más certero de todo fuera mi amistad, no, mejor... mi compaginación vivencial con Luis Gallo, desde ahora en adelante y para las citas por venir, Gallito. Una serie de episodios vividos en común por nosotros dos acaso pudieran explicarse por la paradójica ley de la disparidad de concepciones y de formas inmediatas de resolver las cosas. Gallito y yo habíamos venido siendo... eso, amigos durante los tres lustros previos al viaje. Cuatro años más joven él que yo, nuestra complicidad cosmovisiva se había consolidado en los últimos tiempos en virtud de entender algo tan paradójico como que el consorcio de dos personas se funda a veces y precisamente en la diferencia de ese sentido del mundo. Ninguna criatura más desviada de mi cosmovisión que Gallito. Y sin embargo, ahí parecía radicar nuestro entendimiento. Pero hay que recordar desde detrás...

Era el año 1961. Gallito se había ido a Alemania a experimentar una vida de independencia y a hacer sus primeras armas con otra lengua. En el verano de 1962, a mi regreso a España de los U.S.A, y después de dejar organizadas las cosas en Alcalá de Henares, volé a Alemania. Pasados unos pocos días en Düsseldorf con él y unos cuantos españoles más, nos dirigimos Gallito y yo a Escandinavia, él por primera vez, yo por segunda. La correspondencia que precedió a mi visita a Düsseldorf ya me dejó ver bien a las claras el tipo pintoresco y eminentemente cordial que era Gallito: Todo fantasía y falta de lógica; todo un montón de planes sobre planes, fiados a una bocanada de puro azar; todo un monumento de cálculos gratuitos y numéricamente imposibles. Yo que, excepto en contadas ocasiones, siempre he viajado solo, pude comprobar la caja de sorpresas que es ir con alguien que es todo corazón y todo racial inconsciencia cuando la realidad de la vida te exige ciertas contraprestaciones perfiladas y concretas con las que superar los escollos del momento. Desde el uso y abuso de un coche [que no se supo nunca a quién pertenecía] hasta unas fantásticas previsiones sobre provisión de fondos que no existían

sino en la mente infantil de Gallito, todo el viaje fue una acumulación de irregularidades y de sorpresas. Confieso que por audaces que fueron mis anticipaciones y por rigurosa que fue mi aplicación del principio de que los viajes suelen durar la mitad de lo previsto y costar el doble de lo esperado; por generosa que fue mi aportación en dinero [estrenaba yo todo un año de paga a nivel U.S.A] y por muy acertada que fuera la desconfianza que mi alma esgrimió ante los planes de Gallito..., aun así, han de pasar todas las horas que me correspondan de vida terrena y no podría olvidar la penosísima circunstancia de desencanto y de frustración en que me ví irremediamente varado al fiarme... ¡sólo a medias de la palabra de Gallito!

Confieso que nuestro recorrido Düsseldorf-Helsinki y vuelta estuvo colmado de piruetas de la fortuna que bastarían para desanimar a otros que no hubiésemos sido Luis y yo, inflamados en ardores de aventura. Tan sólo salir por la autopista alemana hacia Hamburgo, y antes de alcanzar Hannover, sufrimos la desintegración del cristal parabrisas de nuestro Opel Kapitán a cargo de un bólido no identificado que en el instante de rebasarnos nos lanzó una piedra, bala de urgencia, a violencia... espantosa. Aquella avería mermó en uno los ocho billetes de 50 dólares U.S.A que llevaba yo cuidadosamente almacenados. Y ya durante el viaje todo fue un puro suceder de desórdenes en lo tocante a la administración por parte de Gallito, especialista en sugerir sobre la marcha proyectos cada vez más difíciles e infundados a la vista de la falta proporcional de medios, ante la carencia de lo que en cada caso se requiriera. Como dos posesos cortamos –ida y vuelta– Dinamarca, Suecia y Finlandia. El regreso adquirió caracteres de film de emoción. Y lo más grave era la tremenda seguridad que decía tener Gallito en conseguir, una vez en Düsseldorf, un sustancial adelanto [tal vez la satisfacción de alguna quimérica deuda] sobre su trabajo, y con ello poder proporcionarme yo el dinero suficiente para un pasaje de vuelta a Madrid en avión, y para unas cuantas expansiones en Alemania antes de salir de ella. El último billete de 20 dólares cayó limpiamente en una estación de servicio donde no hubo más que para llenar el depósito de gasolina,

sin poder hacer lo mismo con el de aceite. Ya no quedaba un céntimo más para concepto de viaje. Y llegamos a Düsseldorf, y para consternación mía al incauto de Gallito y al imbécil de mí nos reservan la funesta sorpresa de negarnos una tira de tocino en todos los lugares donde aquél había pensado encontrar jamones. O sea, ni un duro. Con unas cuantas pesetas que me quedaban descabaladas y con otras 400 que un español de allí me prestó pude agenciarme un misérrimo billete de tren en tercera que me amargó más que todos los peores momentos de mi viaje. Y a todo esto, vi cómo se me escapaba desde Düsseldorf la magnífica oportunidad de asistir en Wiesbaden a la boda de una alemana con un americano de ascendencia italiana. Queridos Marliese y Bill, ya os he contado esto en las ocasiones en que nos hemos visto en New York. No quisiera embadurnar mi pluma en aquellos tintes sombríos, de ira impotente, en que los más torpes azares de los elementos parecieron ponerse de acuerdo para negarme un resultado satisfactorio. No quiero, pero no tengo más remedio que acordarme de aquel tener que abrazar a la fuerza la evidencia total de que no había nada que hacer; de que allí, a unos cuantos kilómetros del lugar donde se estaba celebrando la boda de mis amigos había yo encallado míseramente, víctima de la incurable falta de cautela, víctima del papanatismo de mi querido compañero Gallito. Y además, el sentimiento enconado de saberme dueño de cantidades suficientes tanto en bancos americanos como españoles, a los que me hubiera podido dirigir a su debido tiempo. Ocho años han pasado desde aquello hasta ahora mismo en que escribo este relato doloroso; ocho años durante los cuales, cuando de elegir un pasaje desdichado de mi vida se haya tratado, siempre he pensado en la estúpida peripecia de mi encallamiento en Düsseldorf. Aquella fue una memorable lección sobre cómo *no* hacer las cosas, y que todavía sigue produciendo sus frutos.

Ahora bien, para aquellos que tanto en estas pequeñas aventuras como en la grande del Sahara se pregunten por qué he acometido tales viajes con tales y tan nefastas compañías, he de decir lo mismo una y otra vez: Que a pesar de todo he quedado satisfecho

de haber hecho lo que se ha hecho y que ha sido cuestión de hacerlo únicamente de la precisa manera en que ha quedado hecho. La otra opción: Desistir. Dichoso el que tiene en su haber la elección entre varios caminos todos buenos para consumir una gesta. Dichoso también aquél a quien no le asaltan dudas quejumbrosas sobre el cómo y el cuándo porque en sus manos tiene todas las direcciones que llevan al triunfo, una perfecta Rosa de los Vientos de aciertos. Yo sólo he podido elegir entre *dos*, *dos* únicas alternativas y en ambas se ha cobijado siempre el truco y la dificultad, el áspid de color de rosa.

Porque los viajes por Europa ya comenzaban a sonarle al corazón mío en falsete. Las mejores economías y los cochecitos petulantes de algunos españoles habían osado penetrar hasta más allá de los Pirineos, y Europa se empezaba a poner cada día más a tiro. Claro que todavía distábamos –aún hoy– años luz de esa coyuntura financiera y social que permite a varios millones de empleados, secretarías y oficinistas europeos pasar sus vacaciones en España, cuando para hacer aquí lo mismo tendría que vender la Sta. Julita las tierras que ha sudado y conservado el tío Ramón durante tantos años. Pionero me he sentido y me siento; degustador de latitudes no holladas; burlador de la marabunta ignara de turistas y de las catervas estólicas de mequetrefes estultos que hacen sus saliditas a París o a la vuelta de la calle, vuelven a España y ven “que todo es malo”. Y por eso el sueño de un viaje de verdad difícil me fue vapuleando y vulnerando los principios de recato y contención que a veces, y disfrazados con la etiqueta de la cobardía o mezquindad, están acuartelados en nuestra conciencia.

África. Desde niño ya me habían alcanzado las vanguardias de mi anhelo los relatos de mi pariente Félix Roldán, cuyos catorce años en la isla de Fernando Póo y sus frecuentes viajes a España cargado de referencias escalofriantes me sirvieron más que todos los medios difusores que esparcen entre las gentes la afición por lo que en cada caso sea. Africa en general hervía dentro del cangilón de mis planes y quedó presa de la primera disponibilidad de viaje importante. Pero la pequeña chispa que prendió el reguero de pólvora hasta la

santabárbara de mi alma la produjeron dos buenos amigos, de latitud y clima distantes y distintos cuya actuación hizo juntar la rueda de la fortuna bajo el contrato de sociedad matrimonial. Rakel, bella amiga mía finlandesa, conocida por mí en mis días lejanos y densos de mi primer verano inglés de 1957 y después en su propio país y en su propia casa en la Navidad de 1959, por una parte; y el ya su marido, Albert, de prosapia húngara y pasaporte canadiense, por otra, resulta que se han ido a trabajar nada menos que a la parte norte de Ghana, a la ciudad de Navrongo. ¿Hay más bello motivo, más certera disculpa que ésta para empujar mi decisión viajera?

Corría el curso 1963-1964 y yo había ya abandonado el estado de Michigan para instalarme un poquito más al este, en London, en la vecina provincia de Ontario del también vecino Canadá. Con Gallito me escribía esporádicamente. Unas asperezas inevitables habidas después de nuestra experiencia del verano de 1962, originadas, según él, por mi supuesta revelación en Alcalá de Henares de las condiciones y estilo de vida algo zarrapastrosas que llevaba en Alemania; y más que nada por la susceptibilidad del muchacho que, embarcado siempre en sus sueños de grandeza mal ajustados con la realidad, no podía concebir que se pudiera relatar nada de él que no estuviera embalado en el signo de la excelencia..., por todo ello, digo, no habíamos tenido una correspondencia frondosa. Ya en ese verano de 1963 había dicho yo ‘adiós’ a todas las posibles coyunturas de compañía y me había largado solo por Escandinavia en un recorrido variado y doloroso, largo y costosísimo del que me traje un bagaje lírico bastante considerable. Gallito había quedado como sintiéndose *no* imprescindible, y lo que más le picaba es ver claro que con *nadie*, a no ser conmigo, podría nunca realizar un viaje de mediana envergadura, puesto que el socio ‘capitalista’ había sido siempre, indefectiblemente, yo; y por muy inconsciente de la vida que uno pueda ser, no se llega nunca a la ceguera de no percibir que un compañero como yo, de mano confiada y generosa, no se encuentra más que una vez en toda una entera existencia. Y así pensó –y pensó bien– Gallito, y de ahí su descontento al verme volar solo.

Pero ese exceso de buena voluntad y de optimismo que le queda a uno en el hogar aparentemente más extinto me pulsó a ponerme al habla con Gallito y a participarle mis planes ‘africanos’. Ni que decir tiene que fueron acogidos por él con el más insensato de los entusiasmos. Y esta vez la caída fue más, mucho más dura. En aquel dichoso curso de 1963-1964, y más concretamente a partir de noviembre 1963, se desarrolló una de las más frenéticas marathones epistolares de mi historia. ¡Qué pena de tinta cuando todo dependía del plumazo de un superior; del *no* simple y terminante que le expectoraron al incauto y nunca escarmentado Gallito! Vayamos por partes. Por aquel entonces continuaba él en Alemania y [promocionado, supongo, de su condición sana y dinámica de obrero manual metalúrgico], trabajaba para el Banco de Vizcaya como recaudador, coordinador y captador de fondos entre los españoles emigrantes. O sea, algo así como en el departamento de producción. Sus servicios dependían, directa o indirectamente, de los incontables jefes por encima de su categoría que con una escueta negación podían anularle sus proyectos vacacionales del tipo que fueren. Y con estas garantías el bueno de Gallito se compromete encendidamente al viaje; es decir, a cruzar el Sahara y alcanzar Navrongo...

Dentro de las actividades realizadas por mí en este frenesí comunicativo y preparador señalemos la dilatada visita que hice a mi primo Félix Roldán, el de los catorce años en Fernando Póo, ya instalado entonces en Montreal y con buena disposición para la charla y el cambio de opiniones. En varias veladas de insistente y machacona conversación se recorrieron todos los desiertos del mundo y se anticiparon más o menos gratuitamente las penalidades que un tipo de viaje así tendría que acarrear. Félix Roldán había cruzado el desierto... o los desiertos centro-occidentales africanos, pero por desgracia para mis planes su experiencia no me servía para mucho ya que él había hecho el viaje en un camión de diez ruedas, y en invierno, y por la ruta del lago Tchad, es decir, en condiciones ideales y poco servibles para lo que nosotros íbamos a encontrar. Además, y bien paradójicamente, en aquellos años cincuenta, cuando Francia mandaba directamente en

la mayoría de los territorios que formaban el Africa Occidental, las carreteras y las pistas estaban algo cuidadas. Lo que yo ví y encontré después chorreaba miseria y abandono: ¡Resultado de la independencia de ciertos países! Con todo y con otras cosas más, en aquellas conversaciones de Montreal quedaron anotadas las primeras listas exhaustivas –tal nos parecía a nosotros– de enseres, víveres, medidas higiénicas y miles de etcéteras. En su momento se dará cuenta de ello. También, con el fin de prestar a esta fase de ambientación una mayor autenticidad, dedicamos una tarde a la comprobación y pesquisas de rifles de safari en una de las mejores armerías de Montreal. Félix, cazador de elefantes, familiarizado con toda la fauna grande de Africa, piloto de aviación, pescador submarino que se había enfrentado a tiburones y a toda suerte de bichos de envergadura, fue mi más seguro guía en esto de monear con los rifles. Por supuesto que era prácticamente inviable portar un arma de tales características para un viaje de las nuestras: Simplemente los países en cuestión no lo permitían, y menos, así, por las buenas... Pero fue el caso que entre bromas y gestos de desaprobación por parte de los pacientes regidores de la armería, probamos y amenazamos el aire con disparos sagaces, relampagueantes e imaginados, esgrimiendo pases terribles ante faunas tan horrorosas como hipotéticas...

Con ese bagaje de ideas y de anticipaciones, más que nada enarbolado como incentivo de enardecimientos, amasado febrilmente en unas cuantas veladas en Montreal, regresé a mi residencia de London, en el Ontario del Oeste. A partir de primeros de año en 1964 todo fue ya una acumulación de datos y un acopio de noticias y programaciones, todo un tanto confuso y disparatado, pero empapado en el más veraz de los entusiasmos, en la mejor de las intenciones. Desde enero hasta mi regreso a España a primeros de mayo de ese 1964 pude dedicarme a mil cosas. Lo más a mano dentro de mis disponibilidades era una amplia documentación libresca sobre el tema “Sahara”. Varias horas de uno y otro día me familiarizaron con el contenido de hermosos artículos de la *National Geographic Magazine*. Entre otras cosas me interesó vivamente un trabajo en el número de

mayo 1958, a cargo de un matrimonio inglés que llegaron a Tamanrasset, vía Reggane - In Salah. Claro que las condiciones que estos viajeros encontraron para su recorrido mal podrían, ni aun hipotéticamente, aplicarse a nuestro proyecto, puesto que su preparación y la tradición aventurera de su país les ponía en franca ventaja con respecto a nosotros. Con todo, allí leí yo ávidamente numerosas peripecias sobre el mantenimiento del Land-Rover, y sobre el peligro de la arena; sobre los nativos y sobre la mejor forma de alimentarse, etc., etc... Ahora, superadas con mucho las visiones parciales que tenía yo del Sahara antes de enfrentarme a él, puedo afirmar que muy poco de lo que leí o creí descubrir como pieza importante de información, tuvo valor alguno. Tanto en este reportaje de 1958 [el más completo de todos, además] como en otro de febrero 1949 titulado “Oasis-Hopping in the Sahara”, como en uno de febrero 1955 “From Sea to Sahara in French Morocco”, todos en la misma revista, lo único que pude aprovechar fueron excelentes documentales de profesionales verdaderos de la máquina fotográfica y de la publicidad. Los mejores atlas de lengua inglesa, como el *Times*, e igualmente los artículos de la *Encyclopedia Britannica* [sin olvidar las excelentes publicaciones *The Geographical Magazine* y *Canadian Geographical Journal*, inglesa y canadiense, respectivamente] fueron consultados furiosamente por mí en un deseo desmedido de atesorar conocimientos sobre nuestro difícil viaje. Únase a todo ello la creciente expectación que se había difundido entre mis colegas del Departamento, quienes estaban muy al tanto de mis consideraciones y de todo cuanto pudiera referirse al proyectado safari. Entre todos los sabedores de mi plan se fue creando un... como clima de complicidad y colaboración. Quién me facilitaba una nota que hubiera leído donde fuere; cuál me entregaba este o aquel recorte que me había separado de alguna revista; otro me decía conocer a tal o cual persona, a través de cuyos oficios me aseguraban entrar de lleno en la materia. En suma, un concurrido manejo de acción y co-acción...

De esta participación de mis planes a tanto amigo, o conocido, o colega cabe destacar alguna ocurrencia como fue el regalo por parte

de mi compañero Luis Lozano de un ejemplar de la revista *Life* de abril 1964, cuya separata tengo aquí delante conmigo, y en la que se relata la improvisada excursión de cinco muchachas norteamericanas por la región del Africa Occidental, desde Monrovia hasta Argel. Confieso que ese relato, escrito precisamente por una de las cinco expedicionarias –todas ellas eran universitarias y pertenecientes al “Cuerpo de la Paz” que fundara el malogrado John F. Kennedy– si bien me entusiasmó en un principio en que la palabra Sahara para mí era la cifra y síntesis por antonomasia de región remota e inaccesible, poco o nada vino a ampliar mi conciencia después de haber hecho yo personalmente el viaje. Una vez más me es imprescindible recordar las dos principales rutas del Sahara, la buena y la mala; y naturalmente, la época de acometer la aventura. Las cinco chavalas norteamericanas hicieron el viaje –ocioso es decirlo– por la ruta de Tamanrasset y nada menos que en enero, la estación ideal. Recalco esto con el riesgo de parecer petulante o desconsiderado ante las presuntas realizaciones de los demás, cuando lo único que por responsabilidad rigurosa necesito significar es la complejidad infinita que encierra la palabra *Sahara*; y que ni al más tonto se le ocurre pensar que pueda dar lo mismo atravesarlo por la parte más dura, el Tanezrouft, y en la época más inmisericorde (julio), que hacer un relativamente cómodo viaje por la ruta... menos mala cuando las temperaturas del Sahara por la noche, al menos, son ideales para dormir. Quede, no obstante, constancia de mi admiración por la travesía que estas cinco jovencitas, en un buen número de etapas y en convoyes de militares e ingenieros, cubrieron desde Monrovia a Argel, pasando por Abidjan, Uagadougou, Niamey, Zinder, Agades, Tamanrasset, etc. Y para el ambicioso o simplemente curioso que quiera confrontar mis declaraciones, ahí está el número de *Life* de abril 1964 donde aparece el artículo “Peace Corps Girls Own Story of a Rollicking Adventure: Diary of a Hitch-Hike across the Sahara”, pp. 92-107.

Por fin, “at long last” en 1969 llegó nuestro tiempo y comenzamos el cierre de la pinza de preparativos y de inminencias. Nuestros amigos, el matrimonio Rakel y Albert, ya no trabajaban en

Navrongo, Ghana; así que nos pareció suficientemente retador fijar el destino final de nuestro viaje en Niamey, capital del Territorio del Níger... ¡que tampoco estaba mal! El suegro de Gallito y yo contratamos sobre el préstamo de uso de un furgón Mercedes, de su propiedad; contrato en que todas y cada una de las escuetas y escasas cláusulas venían a resumirse en, y a reflejar, la probabilísima y contemplada virtualidad de que el furgón no volviese y me responsabilizara yo de la compensación de su valor [como así fue]...

El diseño de organización académico-universitaria de Canadá me permitía ausentarme de allí a finales del mes de abril, o incluso antes, si me daba yo maña en conseguir que alguien se ocupara en mi nombre de la cumplimentación de alguna materia más bien administrativa referente a calificaciones, etc. El verano de 1969 lo necesitaba ávidamente, así que supongo [no puedo precisar fechas] que procuré por todos los medios plantarme cuanto antes en España, que debió de ser, como digo, a finales de abril. Para entonces Gallito, casado, ya no trabajaba en Alemania sino en España, concretamente en Madrid, como representante de una empresa suizo-alemana de sistemas de soldaduras y productos relacionados con dicho menester, o algo así. No está de más dejar aquí patente el reconocimiento a la Alemania Federal de los años cincuenta y sesenta por la absorción generosa y permisiva que llevó a cabo de mano de obra española, entre otros contingentes. Gallito fue uno de los grandes beneficiados. Alemania le permitió a él y a otros muchísimos trabajar, practicar y ensayar sobre abundancia de materia prima, ejercitarse y aprender sin que nadie les pasara factura por todos los destrozos y consumo de productos que dicho libérrimo aprendizaje implicara en la fábrica o centro de trabajo que fuere. Gallito se hizo un hombre en Alemania: Aprendió el oficio de soldador; se familiarizó con las chapas de hierro como elemento de construcción y de confección de artilugios y cacharros. En sus primeros tiempos [según comentábamos en una velada de la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares] a otro alcalaíno, Luis Cuenca, obrero especializado de una empresa en la que ayudó a colocarse a Gallito, le tocó enseñar a éste... “a coger sin

miedo, con la mano abierta, las chapas o planchas de hierro’...

No es raro, así, que con este bagaje de habilidades Gallito condujera hacia el campo de la soldadura buena parte de la logística técnica en cuanto a utensilios e instrumentos relativos al viaje. Lo más perentorio e incontestable era construir una baca al furgón, y acoplarle el depósito cuadrangular de agua con capacidad para unos 200 litros. Y también un par de escaleras o cremalleras metálicas que sirvieran de tracción y agarre a las ruedas cuando de salir de la arena se tratara. El lugar elegido para toda esta clase de trabajos fue una finquita de Torrejón de Ardoz, propiedad asimismo del suegro de Gallito. Don Ricardo Calvo nos ayudó a conseguir tanto el hierro en chapa lisa como en cuadradillo para dichos artilugios. Los meses de mayo y de junio fueron un frenesí de preparativos. Gallito soldaba y soldaba, aunque no hiciera falta. La criatura quería mostrar su destreza en dicho menester, y era una gloria verle consumir las bombonas de su amigo torrejonero Pepe ‘el linda’, para consternación y catarata de improperios proferidos por éste. Todo inútil. Gallito le había tomado gusto al soplete oxhidrilo y a la soldadura eléctrica, y viniera o no a cuento, encontraba alguna chuchería siempre, algún cacharrito o adminículo que adherir a lo que fuere: Una tuerca, un grifo, un asa, una arandelita... que maldita la falta que pudieran hacer... Gallito lo soldaba todo con inexorable delectación. Las escaleras quedaron construidas. La baca, también. El depósito de agua del furgón quedó ajustado a la baca, depósito fabricado por nosotros. Las pruebas que llevamos a cabo para que dicho depósito pudiera contener supuestamente agua potable fueron de lo más rocambolésco. Todo muy a estilo español, muy de alquimia de andar por casa, muy por las buenas... muy “porque me lo ha dicho tal o cual”... o “porque lo he oído...”, etc. El caso es que le dimos al depósito un baño interior con no sé qué solución química teóricamente anticorrosiva... y... aquello olía y sabía a rayos, y a buen seguro nos hubiéramos intoxicado seriamente en caso de ingerir un sorbo entero de semejante agua... Seguimos probando, esta vez con un unguento cubridor a modo de anilina o pintura de color encarnado, quiero recordar. [Declino toda

responsabilidad por el posible disparate técnico que acaso esté enunciando, ya que escribo de memoria. De cualquier forma el resultado fue, inexorablemente, el mismo]. Proporcionarle dicho baño interior al depósito ya implicaba una buena dosis de manipulación y esfuerzo, porque pesaba lo suyo... que si un zarandeo para acá..., que si un vuelco por aquí, otro meneo hacia este lado... Lo dejamos en reposo el tiempo que aconsejaron los entendidos. Ni por esas. El agua seguía oliendo y sabiendo a grasa, a hierro, a pintura, a mejunje, a bálsamo fierabrasino... ¡a veneno puro! [En el curso del viaje, y después, se suscitaron las típicas disensiones sobre el uso y la utilidad real de tal o cual artículo. Tan sólo una mala fe sobrevenida, esgrimida a sabiendas y con fines espurios, y por otra parte, tan infantil como absurda en sus pretensiones de verosimilitud, pretendió vender la estúpida, mezquina y desafortada especie de que el uso legítimo –en todo caso excepcional– que yo había hecho para lavado y aseo personales del agua del depósito que *me* correspondía, hubiera significado detrimento respecto de las raciones de agua *potable* de mis compañeros. Quede definitivamente claro que el agua de nuestro depósito de encima de la baca se comprobó desde el primer momento que no podía ser potable y, en efecto, nadie la ingirió durante el viaje]

Asimismo construimos un somier que se ajustaba a toda la anchura interior del furgón, y encargamos el colchón de espuma correspondiente a la medida. Yo mismo, en persona, compré en El Rastro una lona de unos 20 metros cuadrados que tapara por arriba bien el furgón; y cien metros de maroma a Conradito Lledó. También dimos la lata en la fábrica “Tu mueble” de Torrejón, dedicada a la fabricación de eso... de muebles, y en la que un amiguete, Yoyo, bellísima persona, de juicio recto y cordialísimo trato, nos dispensó su competente ayuda permitiéndonos que enredásemos por allí todo lo que nos diera la gana en busca de utensilios y/o mecanismos de madera para nuestro equipo. Y ya que hablo de enredar, también hurgamos lo nuestro en el “vertedero de los americanos” en busca de cachivaches que pensábamos de utilidad. Dicho vertedero estaba regentado, no sé si en calidad de concesionario o en régimen de

propiedad, por otro torrejonero, un tal Velilla, con quien Gallito mantenía ese tipo de relación difusa..., “los amigos de mis amigos... pues, ya se sabe, ¿son cualquier cosa?...”. Al mismo tiempo desplegamos cierta actividad diplomática con la casa Mercedes, intentándoles cambiarles por adelantado la bondad publicitaria de lo que nuestro viaje representaría para la marca, por algunas piezas de repuesto. Creo que en definitiva les sacamos una rueda entera de repuesto, con llanta y todo; y algunas herramientas. La relación de utensilios y materiales varios que se afectaron naturalmente al furgón M - 475410, y que constituyeron lo que nosotros entendimos ‘a priori’ como elementos indispensables, fue la que sigue: Una cocina de gas; seis bombonas de butano; cuatro neumáticos de soporte; dos ruedas completas; diez bidones de gasolina, de veinte litros cada uno; cuatro bidones de plástico, para agua, de ochenta litros cada uno; cuatro bidones de plástico, para agua, de diez litros cada uno; dos bidones de hierro, para agua, de diez litros cada uno; un ventilador de cabina de coche; un somier de tres cuerpos; dos colchones de espuma; tres cubos de plástico; utensilios y mecanismos varios del coche: Cuerdas, poleas, manguera, tubos de plástico, batería, dínamo de repuesto, herramientas, faro pirata, etc., etc.; una lámpara de gas butano; una baca de hierro; dos monos de trabajo; un depósito para agua, ajustado a la baca; dos pares de botas; dos escaleras metálicas; una lona impermeable de unos veinte metros cuadrados; dos neveras de mano..., linternas y pilas de repuesto, una pala, dos palos de baseball como armas defensivo-ofensivas... [Esto por lo que atañe a los elementos, digamos, comunes o de uso indiscriminado. Luego cada uno de los viajeros aportaría algún cachivache o adminículo afin con sus presuntas habilidades, proclividades y/o preferencias: Gallito, que reclamó encargarse de la faceta documental-fotográfica del safari se llevaría un tomavistas que, como es habitual en tales circunstancias, se estropeó a las primeras de cambio por entrarle arena en su interior y hacerle un estropicio a causa del esmerilado en los cristales y lentes que fueren. Y es que no es lo mismo un viaje a la playa con la familia que la travesía del desierto más inmisericorde del mundo... Yo me

llevé unos pequeños pero potentes prismáticos, etc., etc.] Amistades de aquí y de allá, más o menos concienciadas, más o menos cercanas al espíritu de nuestra aventura, nos regalaron parte de este utillaje logístico: Curro Lope Huerta me regaló un par de magníficas botas hasta media espinilla, tipo militar; José Gonzalo, prohombre de la hostelería española, una caja de latas de agua mineral, lo último en hidro-dietética. Mary Carmen Díaz del Campo, a la sazón en París, me había enviado meses atrás amable y diligentemente, dos soberbios mapas Michelin del Africa Occidental, etc., etc.

Muy al final de la preparación del viaje, previsto siempre para dos únicas personas, Gallito y yo, se nos enganchó un personaje peculiar, Paco Cadenas Gómez, veterinario no ejerciente y que también por aquel entonces vivía en Torrejón de Ardoz. Fue tanto y tan fervoroso el empeño que puso; tantas y tan bien adobadas las razones que esgrimió, que Gallito quedó convencido y a su vez me convenció para permitir que la aventura para dos se transformara en... desventura, en cierto modo, para ¡tres! Paco se encargaría del botiquín y cuestiones inherentes a la salud. Se nos recomendó vacunarnos contra no sé cuántas cosas pero al final la única pauta que seguimos a este respecto fue la tífica y paratífica.

Otros menesteres de signo social y convivencial se llevaron a cabo durante ese mes de junio, antes del día 28, fecha de nuestra partida. Nuestro fraternal amigo José Antonio Gallego contraía matrimonio en Colonia, Alemania, con su bella novia Christina, y allá nos fuimos todos: Gallito, con su mujer y un cuñado, en el coche de su suegro, un Mercedes 190-D. Yo preferí viajar en avión. En una sucinta escala en París conecté por teléfono con la familia Jiménez. En la visita que hice a la catedral de Colonia vi a una chica rubia, desconocida, arrodillada, rezando: Saqué bolígrafo y papel [o papel y bolígrafo, que tanto monta] y allí mismo esbocé lo que con un mínimo retoque ulterior se convirtió en este soneto:

Perfil gótico
(a una muchacha rezando)

Esa ojiva tronchada mansamente
con que tu tallo se abandona al suelo
y esos labios orantes y ese duelo
encerrado en la cárcel de tu frente.

Y tus manos y el gesto y la corriente
de fervor teologal y casto anhelo
que tu volumen guarda..., el rubio pelo
ordenado en ejemplo penitente.

Así te contemplé, vida ignorada,
en el temblor intacto de tu mundo,
bajo la luz de tu recogimiento.

Y mi alma en plenitud no escuchó nada
fuera de tu callar tibio y profundo:
¡Y conoció el amor en un momento!

Catedral de Colonia (Alemania)
6 de junio 1969

La boda de Galleguito, bien. Sobre todo porque me propició otro generoso botín lírico a expensas de una hermosísima y exultante azafata de mi vuelo de regreso, y que incorporo aquí:

Alma plena

I

Igual que la mano que, con la impunidad que le presta el tacto consentido,
roza y deja y sube sin vértigos de carne,
y en la cotidianidad de su milagro no se para a escuchar el mensaje de un pulso confundido, sino que, ufana –y otra vez impune–

merodea por la carne como por un recinto que ya hubiera ensayado
una vez y otra vez –a ciegas, ahora– y que no contenta
con saberse dueña de ese límite que ella misma va creando con
su decisión de caricia,
todavía se para a meditar sobre si hacer aquello o esto,
o lo que ni aún existe pero que sí existirá por la gracia de su
voluntad
que se asiente y se acepta y se verifica... Oh, sí,
igual que la mano ésta, parecida a una mano inventada o real,
tal vez hiriente o simplemente de carne..., semejante a esa mano
que emerge,
que puede emerger de aquí o de allí, pero que cuando lo hace
–no importa la latitud–
conoce el sitio elegido mientras lo va creando; y allí,
contemplándose segura de su destino hacia una meta altísima,
pulsando la carne
e insiste en un perfil que de no ser por esa conciencia única de
reflexionarse ella y quererse,
se rompería o se volatilizaría en plena ruindad, y sigue y ve que
su destino
de palpar y tocar y sentir no tiene orillas, se va quedando sin
orillas,
se va separando tanto, tanto de las propias orillas
que surge la pregunta sobre el ser y el existir; pero que,
asimilado este punto muerto de la asíntota, avanza bullidora
y toca y acepta la caricia que ella misma se ha impuesto por
aseidad gratísima,
y que comprobando que sí que es bueno lo que ejercita,
porque de esa manera se canta y se extasía en su mismo ser,
quiere seguir así,
reconociendo que el marcharse de ese lugar sería peor que la
muerte...
Entonces, no. Entonces es cuando el alma mía,

doblada la frente, vencida, de total memoria, y lo mismo que la mano decidora,
lo mismo que la mano incendiaria y suficiente, igual que esa mano
que gusta de su destino de tocar su tacto y de auscultarse su propio golpe;
parecida a esa mano para la cual la carne está como hecha de pétalo y el pétalo hecho de sangre,
así el alma mía –os digo muy de veras, mis amigos; os digo, amigos míos, simplemente–
conoce el advenimiento de una luz estelar, de un calor no repetible,
de un radiante latido por los que mi alma gime; por los que mi alma
se comba sobre sí misma y se mira, recreada de cien formas; y se quiere,
y ve que es bueno todo, que el límite no va más allá de su mismo volumen,
de su exacta cobertura, de su noción de vida.
El alma mía. Plenitud de mi alma.

II

He aquí el alma de las cosas, digo. He aquí el don del ser, la perennidad de un corazón que antes de rendirse dicta normas sobre la plenitud y sobre la belleza.
Y miro más atentamente, y queda mi alma empapada en maravilla renovándose.
Y es entonces cuando mi alma quiere quedarse allí, donde lo inesperado del prodigio se da, donde un mundo impávido y fúlgido parece dedicar su flujo a la gran aventura espiritual.
Es verdad que cuando miro más profundamente la frente tuya, y el dócil chorro de la voluntad de ver se va cayendo, cayendo

rodante por la curva planicie de tu gesto;
cuando no satisfecho con ese botín de hermosura y mismidad
me empuja mi vocación y condena,
y compruebo que en esa frente tuya –como antes he dicho–
se cifra una ruptura y un ordenamiento de la vida, el delirio
gemebundo y la caducidad...

Y más, cuando contemplo el óvalo fecundo de ese ademán,
de ese espacio de la faz tuya que sin estar vacío sí vaca para el
pensamiento mío...,

entonces es más emotivo contemplar que esa sonrisa que ríe y
gime en tí,

que se alza y cae en tí es la continuación y el resumen de un
episodio de muertes y de resurrecciones.

Y es entonces cuando la forma purísima, la clara materia y
los límites

perfectamente determinados de la palabra *amor*

se atascan congelados en la rampa de todos los corazones.

Y al decir ‘aquí’ y ‘ahora’ y decidir la caricia de una forma
plenaria

es como si indultáramos una muerte y sacrificáramos una vida.

Por eso, amor mío, se entrecomillan la mayoría de las palabras;
por eso

el trémulo destino de un pensamiento

que se yergue en la estepa de la más dormida conciencia, de la
obcecación más impenitente,

acaba en la torpeza de la caída o el fraude.

Y hoy, cuando yo te he visto y ha enumerado mi alma, al
adentrarse en tu rostro,

la historia muda que desde la primera piedra del mundo

entonan con trémolo agónico cien mil millones de corazones en
brasas...,

entonces, amor mío, déjame que, aturdido y disperso,

no quiera recordar más que las palabras que no supieron nunca
de ningún compromiso.

Los dientes tuyos, muralla que defiende una felicidad agorera; los dientes tuyos, frontera que separa la carne de tu alma de otra carne con etiqueta y a precio fijado oficialmente; los dientes tuyos, hechos de incendio y de cataratas de lava, de abisal aluvión, de muerte plena. Yo he visto hoy en tus dientes el reto de la vida, y dejando la mejilla mía reposada sin control encima de esta mano, la misma mano con que escribo y firmaré acaso mi sentencia de eternidad, digo que he releído la crónica imperturbada de mil generaciones en un solo, en un inigualable momento del corazón tuyo. Y a esto le he llamado amor. Y a ese inimitable clamor de tus dientes, a ese delirante destello de antorchas que cogen el fuego del hogar más profundo; a ese sordo rugido que entona la belleza tuya, por quien quedan cancelados todos los pedidos de cordura y templanza; a ese alzarse de mi alma en desesperanza universal, porque no sabe que el amor y la muerte van seguidos, y porque no ha tenido el arrojo violáceo de recordar que un gesto triunfante camina pisoteando cien mil muertes de horror y tedio; a esa clara señal de que en tí se encierra el universo, de que tus dientes horadan el tuétano del alma mía..., amor mío, amor mío, oh, sí, amor mío, decido, necesito, quiero llamarlo amor.

III

Fuerza es que al pensar en tí anticipe la historia posible de un corazón. Te amo.

Y es fuerza que en la inacabable apelación de fronteras y cielos quiera el alma mía saberte en uno de ellos, para decir: Aquí, donde una prisión de metal ingrávido dio sepultura viva a mi cuerpo; aquí,

donde una sonrisa –después de la consiguiente traducción– me sonaba a redoble,

y donde todas las proas se daban cita hacia la incompatibilidad de nortes antagónicos;

para que mi alma diga: Aquí empezó el amor.

Se agolpa la vida hacia tí como en un tropel de sentido.

Rueda el mundo clamante por encontrar un tema que le justifique su giro próximo.

Fuerza es que al instalarte aquí, en el cielo de nubes cambiantes que forman la frente mía;

al sentir la embestida dulce de tu acercamiento

y no ver estancia suficiente en mi conciencia para que tu volumen entre,

es fuerza que se haga un punto y aparte en el curso de este tiempo que colma

las cimas de mi alma.

Ni los volcanes de semen con su horrísona potencia multiplicadora,

ni todo el odio del cosmos –capaz segmento a segmento de destruir el sitio de las cosas–

han distraído la violencia de tu llegada que sólo un corazón, el mío, conoce.

Porque en ese secreto tuyo, de aparición y sonrisa;

en ese destello único sobre el que tu piel y tus dientes

cabalgan a la grupa de todas las constelaciones...,

porque en la nupcia imparabile que celebran tus manos y las manos mías

cuando acercabas la bandeja del sustento (te amo), debe existir,

debe encerrarse un tema para una nueva historia de mi mundo.

Y ahora, desterrando toda la concordia que la templanza y el cálculo han levantado en todo el tiempo habido;

renunciando a una historia que mi alma comenzaba a sospechar, por los pequeños anticipos quiero buscarte y consumir las ascuas del corazón mío en ese imposible encuentro.

Sí, sí, el imposible encuentro que supondría mil guerras y mil inevitables gesticulaciones,

y una vacilación en el orden antiguo de las cosas. Porque,

¿no es cierto que sería hermoso y aleccionador volver una vez más,

una única e imposible vez más, a ese encuentro donde las palabras crecieran como rosas totales,

y tus dientes mandarían por delante de tu alma el heraldo de una sonrisa de esperanza y condena,

con el pelo tuyo apiñado en una concentración de mechones tibios en la cúpula de tu cabeza amada?

Al contemplar esa tu realidad retadora, tu volumen hecho de carne y alma promisoro,

quieren romperse las cadenas que sostienen un estado de asedio en torno a mi destino y a mi avance.

Y así, cuando arrastrado por mi impulso vocacional,

vulnere las ordenanzas que celosamente confinan huraños códigos;

cuando al firme empuje de mi voluntad de querer hacer de toda la memoria un bastión presente;

cuando desafiando las llamadas de reconvencción y política,

llegue y traspase el campo de tu palabra, y quede mi destino total y momentáneo

en el campo de tiro de esa mirada tuya, cuya visión fulmina de cien mil maneras distintas la conciencia mía;

cuando vencido al peso de una triste, de una hermosísima

verdad,
la de que creo en tí mejor y más puntualmente que en todos los
cuerpos legales y doctrinas
que se han erigido en tantos milenios de quehacer dormitante...
Cuando esto suceda, yo tocaré mis labios y les pediré
meditación más que palabras.
Y al pronunciar “te amo” se habrá consumado una gesta
romántica.

Colonia - París - Madrid
Junio, 1969

Ya en España y un par de días antes de arrancar hacia el sur nos fuimos Gallito y yo en mi coche hasta Gandía, a que se despidiera de su mujer que estaba allí pasando el verano. En el camino hicimos un alto en Albacete y me puse ciego a follar en una de las simpáticas y marchosas casas de putas de las que siempre ha blasonado la ciudad manchega. El mismo día de nuestra partida, el 28 de junio 1969, el diario madrileño *Pueblo* saca en una página casi entera el siguiente reportaje, que nosotros no veríamos hasta el día siguiente:

“DESAFÍO AL SAHARA

Tres madrileños quieren atravesarlo en furgoneta (Por la “Tierra de la sed y del terror”). Pretenden cubrir en un mes 10.000 kilómetros de desierto y pantanos. Llegarán hasta Niamey (Níger). Hoy partieron de Torrejón. Con su espíritu aventurero al ‘ralentí’ y con el ánimo bien dispuesto, Luis, Tomás y Paco salieron esta mañana de Torrejón. Su destino es Niamey, capital del Territorio del Níger, allí donde termina el vasto desierto norteafricano. En un furgón Mercedes L-319 D, matriculado en Madrid, se apiñan todos los pertrechos: Medicamentos, cuerdas, repuestos de automóvil, alimentos en conserva, bombonas de gas butano, depósitos de gas-oil, dos tanques de agua, cubos, poleas, tres somieres, instrumentos de

orientación, cantimploras...

Su propósito entraña un desafío a dos temidas regiones del Africa: La ruta del Tanezrouft, que los ingleses bautizaron como ‘tierra de la sed y del terror’, y la ruta pantanosa que bordea el curso medio del río Níger. Los tres jóvenes amigos madrileños realizarán el viaje, precisamente, en la época más peligrosa para atravesar ambas regiones. Los termómetros se disparan hacia los cincuenta o sesenta grados y las torrenciales lluvias de julio convierten dicha zona del Níger en territorio expuesto a las más formidables inundaciones.

Unos once mil kilómetros: Cuatro mil en pleno desierto esperan al animoso trío. Vamos a conocerles. *Un doctor en Filosofía*. Es el más serio de los tres. Se llama Tomás Ramos Orea y es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Actualmente, profesor de Literatura Española en la Universidad de Kingston (Ontario, Canadá) y hasta 1963 desempeñó la misma ocupación en los Estados Unidos. Es soltero. Nació en Alcalá de Henares, donde suele pasar los veranos cuando termina el curso...

- Homero dijo que los dioses suscitaban las guerras entre los hombres para que las cantasen los poetas. Asimismo, yo hago este viaje para poderlo cantar después.

El señor Ramos Orea ha publicado cuatro libros de poemas; artículos y ensayos en múltiples revistas literarias de España, Canadá, Estados Unidos y otros países; un libro en prosa (*En marcha*), y un libro de texto sobre literatura española para las universidades americanas. *Un técnico*. Luis Gallo Tercero es el miembro más joven y también el único de la expedición que está casado. Residente en Madrid, veintiocho años, dos hijas, delegado técnico en España de una empresa industrial suiza. Es el que facilita el vehículo.

- La idea entró en mi cabeza a raíz de una invitación que nos hiciera a Tomás y a mí, un matrimonio amigo que vivía en Ghana. Fue hace cinco años. Desde entonces no hemos hecho más que pensar y consultar toda clase de mapas, libros, planos, para organizar el viaje. *Un veterinario*. Francisco Cadenas Gómez, residente en Madrid, veterinario de profesión, soltero, treinta y cuatro años, es el tercero.

Conoce a los dos anteriores desde hace un par de años, pero sólo han pasado quince días desde que se unió a sus amigos en sus propósitos.

- ¿Qué razón le mueve?

- Yo creo que la de no haberlo pensado mucho. Si lo pienso, a lo mejor me hubiese vuelto atrás. Cuantos conocen nuestro proyecto nos desaniman con sus comentarios pesimistas. Dicen que no seremos capaces y que el vehículo no es el adecuado para una época tan mala y por unas zonas tan peligrosas.

- En principio, ¿cuánto tiempo piensan invertir en los once mil kilómetros?

- Queremos conseguirlo en treinta días, como mínimo; en cuarenta y cinco como máximo. Escriba Vd. que no pretendemos demostrar nada, antes de saber si tendremos éxito. Esa es la razón de que hayamos mantenido en secreto nuestro viaje. Vea Vd. que ninguna casa comercial nos patrocina; todo lo hemos hecho con nuestras propias manos y con nuestro propio dinero.

- ¿Ha sido difícil proyectarlo todo?

- Difícil, no; laborioso y paciente. Hemos consultado medio centenar de libros, amén de mapas y todo tipo de documentación. Tenemos perfectamente localizados los oasis, los lugares de avituallamiento, las aduanas, las rutas naturales. Hemos tenido que ponernos cinco vacunas y vamos preparados para combatir cualquier clase de afecciones propias de esos medios africanos. *La ruta*. De Madrid a Algeciras. De Ceuta a Fez (Marruecos). Luego, Colom-Béchar (Argelia) y Adrar. En Adrar comenzarán las dificultades. Hasta Bourem (Mali) han de vencer los cientos de problemas que surgirán en la 'tierra de la sed y del terror'. Después, Gao, donde iniciarán la ruta pantanosa del río Níger, hasta Niamey, donde terminará la fase peligrosa de la aventura. Después, retornarán por la 'Ruta del Hoggar', zona montañosa. Pasarán por la región de Tamanrasset, donde se desarrolla la famosa *Atlántida* de Pierre Benoit, donde habitan los legendarios hombres azules del desierto o "tuaregs". Finalmente, hacia Ceuta por la ruta que, sobre la marcha, consideren más viable.

- Hemos procurado coordinar nuestras preferencias y habilidades. Entre todos hablamos cuatro idiomas: Francés, Inglés, Alemán y Español.

Un dato curioso: Los dos principales promotores, Luis y Tomás, han recibido unas setenta proposiciones para unirse a ellos. Por uno u otro motivo, todos se han vuelto atrás. Solamente Paco, desde hace quince días, ha dado el sí definitivo e incondicional. Suerte a los tres.”

Hasta aquí el trabajo de los reporteros Antonio Casado (texto) y Miguel Garrote (diseño, foto y dibujo). La foto muestra el furgón, de costado; Luis, junto a la puerta abierta de la cabina de conducción; Paco, de frente, apoyado en el lateral, junto a una de las escaleras metálicas; yo, en el techo, encima del depósito para agua de la baca, sentado, haciendo descansar mi pierna izquierda en un travesaño de dicha escalera. El gráfico o dibujo, muy efectista y sintético: Sobre el contorno geográfico aproximado de España y del Africa Occidental, una flecha en trazo negro y grueso que arranca de Madrid y termina en Niamey, y sobre la que se enuncian tanto los nombres de algunas de las ciudades más simbólicas e inevitables de nuestro viaje como sus dos partes esenciales, “tierra de la sed y del terror” y “ruta pantanosa” mediante arcos o llaves medidoras de dicha extensión sugerida. En conjunto lo considero un buen reportaje, y hoy mismo, ahora mismo que lo estoy releendo, veintiséis años justos más tarde, me quedo complacido de lo atinado que, en general, resultó su “argumento”. Es evidente que se dicen cosas que caen de lleno en la hipérbole gratuita y apriorística relacionada con proyectos así. En tales casos es recomendable aplicar la pauta correctora de “Mitad de lo que se piensa hacer y doble de lo que se piensa gastar”. Nuestros casi cinco mil kilómetros reales se corresponden básicamente con algo menos de la mitad del recorrido previsto; los días de marcha, de trayecto efectivo, vinieron a coincidir casi justamente con la mitad del tiempo empleado, a causa de los parones, las cumplimentaciones aduaneras, y la avería final. También estuvo algo holgado Paco en lo de las vacunas. La verdad es que no me acuerdo con rigurosidad: Consulto dos de

aquellos cuadernillos amarillos y/o anaranjados de *Reglamento Sanitario Internacional* que obran en mi poder y revelan, efectivamente, que el 14 de abril fui vacunado contra la fiebre amarilla; el 22 de abril, revacunado contra la viruela; el dos y el doce de mayo se me administraron la primera y segunda dosis de vacuna antitífica respectivamente; y que el dos de junio, siempre en 1969, fui vacunado de poliomielitis. No entiendo, no alcanzo a razonar por qué para la ocasión de un viaje así no me vacuné contra el cólera, cuya primera consignación en dicho pasaporte sanitario data del 15 de julio de 1974, sin que en este momento pueda relacionar dicha fecha, ni siquiera dicho año, con inminencia de viaje alguno de proporcionada entidad, como no fuera mi merodeo por Yugoslavia y mis ganas frustradas de entrar en Albania, ... o como no fuera mi visita a Egipto, que pospuse hasta 1976.... Yo ni siquiera sabía de la existencia de Paco, ni poco ni mucho. Era Luis el que solamente le conocía “desde hace un par de años”. Lo del “sí definitivo e incondicional” hay que entenderlo como la promesa formal [que a más abundamiento y aun en el peor de los casos, a efectos testimoniales, le hice firmar en un papelito] de plegarse al espíritu y al diseño concreto de nuestro viaje, cosa de elemental lógica puesto que Paco entraba, así por las buenas, a disponer y a aprovecharse de un producto cuya puesta a punto a los demás nos había costado lo que ya he referido. Lo de que Luis “facilita el vehículo” es una afortunada expresión que probablemente el público lector no entienda en toda su justeza, porque fue eso exacta y rigurosamente lo que hizo, “facilitar” el contrato que yo, como único responsable pagador, fiable y efectivo, firmó con su suegro. La síntesis fugaz, a modo de ‘abstract’, de mi versión del viaje Madrid (España) - Niamey (Níger) podría ser la siguiente:

“Unos 5.000 kilómetros de recorrido total, de los cuales 1.500 de carretera normal; 500 de carretera mala, y cerca de 3.000 sobre tierra desértica, enfangada, pedregosa, sin un solo metro de asfalto. Todo ello a través de cinco países: España, Marruecos, Argelia, Malí, y Níger, cruzando por tanto de punta a rabo o de Norte a Sur el desierto del Sahara por su parte más dura: El Tanezrouft. Tiempo

empleado: 33 días. Tiempo real de rodar: 16 días. El resto, encallados por cuestiones administrativo-burocráticas o de coordinación de marcha. *Nuestros medios*: No han podido ser más modestos. Se trataba de aprovechar cierto material inadecuado que ya se tenía, como fue la furgoneta comercial Mercedes-Benz, modelo L-319-D para reparto ligero de mercancías. De otra forma sólo se concibe un viaje así pudiendo uno elegir la marca idónea de un vehículo ‘todo terreno’ con el fin de excluir, en principio, posibles deficiencias técnicas de marcha. Lo cual nos llevaría a contar con un capital inicial inmenso, y no con los recursos normales de nuestros ahorros destinados a un fin tan poco común. Naturalmente, la furgoneta quedó equipada por nosotros, con arreglo a los conocimientos apriorísticos, realmente imperfectísimos, que nos pudimos suministrar sobre el Sahara. Toda la información facilitada por supuestos testigos; toda la literatura consultada sobre el tema, y todas las opiniones gratuitas de gentes ignorantes que se creen con derecho a opinar de aquello de lo que menos saben, fueron de escasísima eficacia para la materialización de nuestros trabajos. Y puedo afirmar que sólo con haber atravesado el desierto una sola vez se está en posesión de casi todos sus secretos. Claro que lo difícil es atravesarlo siquiera sólo sea esa única vez... *Motivos*: Los motivos que nos sirvieron para acometer este viaje descabellado e interesante son múltiples, y supongo que cada uno de los tres expedicionarios tendrá sus preferencias más íntimas. Por mi parte puedo decir que operaron en mi alma todas estas consideraciones, a saber: Primera, la promesa hecha en días ya lejanos de visitar a unos amigos que vivían en Ghana, aprovechando su invitación. Claro que ni tales amigos estaban ahora en Ghana, ni se tuvo intención en este viaje de llegar allí. Lo que ocurrió es que el compromiso con la sociedad a la que habíamos participado nuestro proyecto cinco años atrás seguía siendo válido. Segunda, un deseo especial mío de conjuntar mi labor especulativa, de interminables sentadas de despacho, con una actividad más vital y más directa, conseguible tan sólo por medio de la pura acción. Tercera, y acaso la más amplia de todas, la conciencia de que en algún momento de la

vida de cada uno, si de verdad apelamos al fondo insobornable de la personalidad, sabremos lo que certeramente nos conviene para templar los filos de nuestras voluntades y para hacer subir de valor los quilates de nuestra hombría. *Mis amigos y yo*. Los viajeros fuimos tres: Luis, Paco y yo. Ocioso sería confesar que la caracterización de cada uno de nosotros se fue forjando y destruyendo muchas veces a lo largo de la aventura; que todos tuvimos tiempo de cambiar de opinión sobre la manera de ser de los otros dos al enfrentarnos con realidades arduas e imprevistas; y que un viaje de tal envergadura actúa de piedra de toque para calibrar y descubrir facetas impensadas en nosotros... así tenidos por amigos más cercanos. En dos brochazos pintaría a mis compañeros así: Luis, irracional, cordialísimo, primario; con una cosmovisión desajustada; incauto y desorganizado en los grandes planes; minucioso hasta el fastidio en fruslerías. Paco, irregular, desaseado y guarro hasta lo no creíble; generoso, caritativo, animoso, fuerte. Provocó tanto un borbotón de afecto como un torvo placer de abollarle los sesos con un desmontable del coche. De mí, por ser el cronista del viaje, se habló mucho... Paco lleva ya muerto un montón de años ahora. Bueno... *Conclusión*. He confesado siempre estar contento de haber efectuado el viaje [cansancio, dudas, sed, hambre, mucha más sed y mucha más hambre todavía, suciedad, incomprendiones, escollos en el camino de la amistad, y miles de etcéteras], y todavía, contemplando lo hecho, sigo viendo a mi modo “que es bueno”; que yo por lo menos no lo volvería a hacer para satisfacer de nuevo mi curiosidad [los mundos son muy grandes] pero sí por y para la curiosidad de alguna otra persona que necesitara mis servicios.

La salida. El 28 de junio de 1969 partimos de Torrejón de Ardoz limpios, arregladitos y bien comidos. Reluce la furgoneta. Los pertrechos, bien colocados dentro de ella y encima de la baca. La lona, primorosamente sujeta. La cabina, resplandeciente. El salpicadero, con unos compartimentos para las cosillas de uso más inmediato. En fin, la foto que en compañía de Pepe Martínez, “el linda”, nos hicimos enfrente de la casa del suegro de Luis en Torrejón [y que durante tanto

tiempo sirvió como taller y centro de operaciones] terminó de rematar todo el preámbulo y hacer estallar el pistón de nuestra marcha. Antes de dejar Madrid nos pasamos por la fábrica del famoso refresco donde nos obsequian con unas botellas frías de lo que tanto íbamos a echar de menos más tarde en el desierto, y con el par de neveras de plástico, de mano, ya reseñadas, muy pintaditas y monas. En esta pequeña gestión, así como en la de recoger los desmontables que nuestro amigo Lázaro García nos prometiera, se nos fue casi todo el resto de la tarde del sábado. Los ánimos estaban tensos y repletos de anticipaciones gloriosas. Nos preguntábamos qué tipo de artículo o semblanza habría publicado *Pueblo* de esa misma tarde, diario que tan graciosamente aceptara airear nuestra planeada aventura. No nos fue posible comprar ejemplar alguno. Dejamos Madrid y tiramos carretera de Andalucía abajo, con el propósito firme de no parar más que lo indispensable. La noche nos ataja y en un restaurante, más o menos a la altura de Manzanares, nos detenemos a cenar. Allí mismo aprovechamos la primera y modesta oportunidad de comentar con el dueño y la camarera el proyecto de nuestra aventura.

Conversaciones y criterios. A Gallito sobre todo le encanta decir cosas fantásticas de lo que no ha hecho ni es presumible que pueda hacer. Ese temperamento suyo, unido al pintoresquísimo [léase, *fatal*] sistema mental de Paco en lo tocante a sutilezas y previsiones sobre la marcha fueron las realidades que más fuerza y energía me costaron. Concretamente el desenredarme de las discusiones bizantinas que el amigo Paco, ebrio de verborrea, suscitaba a cada momento por las cuestiones más absurdas, me dejaba baldado, molido: Más que si se tratara de empujar al furgón en las condiciones trabajosas en que lo tendríamos que hacer. Paco, hombretón de ciento y pico de kilos, tiene una fuerza física envidiable, lo que le permite derrochar baldíamente toneladas de ella a través de la boca y en sesiones lo bastante largas para rendir a un dromedario. Y yo me desvelaba –inútilmente– en hacerle ver a Paco que no todos teníamos esa fuerza, y que la que sí que teníamos nos venía justa para salvar los rigores del viaje.

Funciones y obligaciones. Aprovechamos la noche para hacer kilómetros. Gallito y yo nos tumbamos mientras Paco desempeña su turno de conducción. Pero no hay quien se sosiegue con sus brusquedades porque Paco está acostumbrado a llevar un ‘Land Rover’ y, claro, el muchacho no se apaña con los vehículos más blandos. Lo difícil de estos viajes *amistosos* entre españoles es que es inconcebible cierto esquema de disciplina, de rigor previo. Por supuesto que las funciones de aplicación necesaria estaban repartidas y comprometidas entre nosotros tres de antemano, pero la figura formal y protocolaria, con todas las consecuencias, de un jefe de expedición parecía de imposible encaje. Nosotros, además, éramos víctimas de una situación consumada e irreversible, a saber: Que mientras que hubiésemos sido Gallito y yo los dos únicos expedicionarios, en último caso las opiniones encontradas o irreconciliables se habrían dirimido por el sistema aséptico de la moneda al aire. La incorporación de Paco al final de todo significó ya la existencia de mayoría y minoría. Puesto que yo era el padre del invento y el que ponía los cuartos, es cierto que bien podría haber arrancado de mis compañeros un pacto por el que se allanasen, en primera instancia y en la medida que fuere, a mi decisión. Pero en el yunque de la realidad y en la especial idiosincrasia de nuestra tesitura de españoles y de aficionados ello hubiera supuesto un tremendo lastre de entrada. Esta digresión viene a cuento porque Gallito, a quien de forma más o menos precisa se le había encomendado la supervisión técnica del viaje en lo referente al furgón, Gallito, digo, le fue echando más de un broncazo a Paco por su peligrosa manera de conducir. Paco, en su condición de veterinario, estaba al cuidado de la faceta sanitaria así como de marcar las pautas sobre alimentación y política dietética en cada momento, cometidos que desarrolló a las mil maravillas. En sus ratos de no tener que hacer echaría un vistazo a los manuales de etiología y sintomatología médicas [o veterinarias, ¡vaya Vd. a saber!] que se había llevado con él. Y de mí diré que mi labor más directa fue la de empapar en entusiasmo antes del viaje a mi socio Gallito [cosa que algunos de sus familiares no me perdonaron]; concebir, planear y

engranar las coyunturas diversas que aparecen en situaciones tan extraordinarias. Y ya durante el tinglado, administrar el dinero, *mi dinero*, y enderezar los desatinos y despropósitos que mis amiguitos urdían al tratar de cuestiones de previsión, programa y cálculo de gastos. Ya sé muy bien, lectores míos, que esa función a mí adjudicada es la más ingrata de todas, la de menos lustre, y la que más tirantez provoca.

En marcha hasta Ceuta. Desayunamos volanderamente en un ventorrillo andaluz y paramos junto a una fuente para cambiar impresiones y arreglar los trastos del furgón. Todo ello entre Jaén y Granada, en sitios que no merecen esfuerzos de memoria. Seguimos hasta Málaga y allí compramos varios ejemplares del diario madrileño *Pueblo*, del día anterior, para ver el artículo sobre nosotros y llevarlo como demostración y credenciales. Efectivamente, el trabajo de nuestro amigo reportero Antonio Casado nos parece fino, enaltecedor y pródigo en especulaciones positivas y halagadoras sobre nuestro propósito. Pero no hay tiempo. Hay que tirar, tirar siempre. Hoy es domingo 29 y tenemos necesariamente que llegar a Algeciras para coger el transbordador de la noche que no sabemos cuándo sale. Nuestra pasada por la costa del Sol está llena de insinuaciones melancólicas. He aquí –pensamos– la vida muelle, la vida fácil de estas miríadas de criaturas, y a la cual nosotros tenemos plenamente acceso, y sin embargo vamos en busca de sacrificios e incomodidades sin cuento. ¿Por qué? Y de verdad creedme que esta pregunta a mí por lo menos me ha torturado tanto como lo más doloroso del viaje... Pero hay que seguir. Van cayendo los puntos paradisiacos de la Costa del Sol: Torremolinos, Fuengirola, Estepona, y más, muchos más. Las tentaciones del viajero son múltiples. Hay un coro tentador de sirenas cantando a ambos lados de la ruta de la conciencia. Pero el destino del viajero es seguir irrenunciablemente. Entonces... ¡pero si ya estamos en Algeciras! Preguntamos los horarios y por fortuna tenemos un barco a Ceuta dentro de tres horas, las justas para monear y pensarlo. Gallito hace una gestión financiera en la oficina telegráfica. Paco, que con las prisas en Madrid no ha podido terminar de vacunarse, tiene

pendiente la segunda dosis de tifus y paratifus, y nos está dando el día. En Algeciras naturalmente que no se puede vacunar a esas horas. En esta ciudad por cierto que se observa la típica mezcla de gentes, tipos, gestos, olores, colores y sabores. Estamos en el umbral de la morería y ya empieza uno a palpar algo raro en el ambiente. Vamos a sacar los billetes del transbordador y el follón está en su apogeo. Por cinco duros más se evita uno la cola de la taquilla y le despachan en un mostrador más apañadito. Y ya nos hallamos en la fila de coches. Ya estamos entrando en el barco, haciendo maniobras en las plataformas malolientes para intentar estacionar el furgón. Subimos a cubierta. Se oyen los primeros crujidos y nos hacemos a la mar para superar el estrecho. Enfrente de nosotros se encuentra Ceuta o mejor dicho, Africa.

Ceuta. Estamos en Ceuta, perla del Mediterráneo. Así reza el anzuelo turístico “made in Ministerio de Información y Turismo” español. Poco pudimos ver de Ceuta a esas horas entradas de la noche del domingo 29 al lunes 30 de junio. En la orilla del mar sentamos nuestros reales. Dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo. Por la mañana Paco y yo nos dimos un baño, sin sol y con agua fría. Y encima de esto, yo me sequé al aire. Resultado: Unas dolorosas anginas que pesqué y que me tuvieron baldado con un calenturón casi un par de días. El lunes 30 de junio vamos de compras al centro de la ciudad y no nos ponemos de acuerdo sobre lo que hay que llevar. Las funciones de cocinero se han quedado sin atribuir, así que nos fiamos de las pautas dietéticas de Paco. El desayuno incluye la desagradable sorpresa de un café con leche de cabra [y, ¿qué esperaría yo, ingenuo de mí, en Africa?] que me sabe a rayos: Primera de las subidas de mi estómago a la garganta. Paco tiene pendiente una vacuna y dejamos todo empantanado por acompañarle al Hospital. Luego a la Cruz Roja y después a algo así como un Dispensario donde, por fin, una enfermera rubia y cariñosa le suministra el rejonazo de gracia. Todo esto nos costó más de mil patadas, de allá para acá, preguntas, visitas frustradas a donde pensábamos que estaba el médico, y vuelta a empezar. Paco tiene ya la vacuna. Hay que hacer

compras: Víveres, material fotográfico para las supuestas habilidades de Gallito, y también cierto repuesto de aceite para la alimentación del coche.

Ceuta es un buen sitio para monear, cosa que Paco y Gallito no dejaron de hacer, o sea, ir de escaparate en escaparate sin comprar nada, retrocediendo sin plan y sin concierto para volver a avanzar otra vez. Para los víveres nos vamos al mercado. En Ceuta parece que está casi todo a precio razonable, más barato que en la Península, y quizá por eso los españoles la llaman “perla”.

Provisiones. Quince latas de piña, otras tantas de legumbres variadas, sopas, pan, carne en tiras enlatada, varias clases de queso, sal. Siguen los víveres. ¡Ahí va, Paco: Mantequilla, bovril, más melocotón en almíbar [por eso de la glucosa], etc.! Monopolizamos el mostrador de la tienda durante una hora. Las mujeres se impacientan. Dos cajones grandes, pero grandes, amén de bultos en las manos, se transportan al furgón.

Gentes de Ceuta. Me voy fijando en que la gente va arropada de manera tan típica [para ellos] y tan estrafalaria [para nosotros]. Las chilabas aquí, y luego en Marruecos, son grises, cenicientas, de lana gorda; y por lo que dicen, el secreto de la refrigeración de estos fulanos es mantener el sudor frío ayudándose de la capa de aire que existe entre la piel y la ropa. Es decir, que hay que elegir entre la guarrería o pasar calor, para que luego digan los más optimistas. El gesto de las mujeres hay que adivinarlo. Las miradas de muchos hombres son siniestras y abunda la pedigüeñería. Sí, señor, estamos en Africa. Una vez dejados los víveres en el vehículo, nos vamos a dar una vuelta por la ciudad, a esperar que el sol afloje para ponernos en marcha. Hay comercio y comerciantes. Hay baratura. Paco inicia la penosísima gestión de comprarse un reloj. Gallito al tiempo que se programa un sistema severo de restricción para él y para los demás quiere adquirir Ceuta entera. ¿Pero qué veo? Si es un taxista que tiene el periódico madrileño *Pueblo* del 28 de junio abierto por la página en que aparecemos nosotros. ¡Qué feliz chiripa! Nos acercamos, nos presentamos, y para celebrar la coincidencia nos da una vueltecita a

lugares fuera de la demanda corriente. ¡Bah, una verdadera porquería! Y para redondear la chamba nos topamos con el comandante Lafita, primo de mis grandes amigos alcalaínos. Pero hay que salir, y salimos hacia Tetuán. En la frontera ceuté un intermediario transaccionista o banquero ambulante nos ofrece dinero africano de todas clases con supuesto beneficio para nosotros. Lo de siempre, duros a peseta. Gallito cambia mil. Y seguimos bajando. Más miradas siniestras, más pedigüeños, más tullidos, más pordioseros. Estamos en Marruecos.

Marruecos. La señalización de las carreteras aquí está en muros de ladrillo levantados junto al borde derecho. Árabe y francés. Por Tetuán y Xauen pasamos de noche, con cierto miedo a echar el ancla en las ciudades. Yo voy mal y no tengo ganas de moverme. Paco y Gallito hacen una inspección ligera en un tenderete de Tetuán y yo me quedo con el furgón cerrado sin perder el ojo a los cuchillos y a las porras o bates de madera que hemos llevado como armas defensivo-ofensivas. A lo más que me aventuro es a abrir la puerta trasera y usarla como biombo para ciertos rigores fisiológicos. Veo a un gato lisiado arrastrando la pata. Xauen deja en mi alma un perfume aromático e insistente. Dormimos a ocho kilómetros de Ouezzane. El martes 2 de julio hacemos un avance prometedor. Más ciudades van cayendo. En Imouzzet-du-Kandar, entre Fes y Azrou, paramos a poner un telegrama y se produce el primer choque lírico del viaje a cargo de la bellísima y locuazmente serena

Najiat Abdelmalek [“oui, monsieur; bon, monsieur”] que nos abre la puerta del edificio de Comunicaciones y empieza por decirnos que la hora ha cambiado, de manera que en vez de las 16:30 p.m. como teníamos, no son más que las 15:30 p.m., así que tal vez haya que esperar un poquito. Najiat nos habla en un francés correcto [“vous venez de l’Espagne et vous allez au Sahara”] y nos encanta. Se acelera el asunto. Quedan los telegramas cursados y queda el corazón mío como aguantando un estado de sitio. Junto al furgón, y como despedida, nos hacemos los cuatro una foto en la que se intercambian miradas pobladas de sentido y...

Más avance. Ifrane, Azrou, Midelt, Ksar-es-Souk... Aquí la

carretera se hace malísima, deja de ser carretera. En un principio nos fiamos del mapa de la *National Geographic Magazine*, cuyos trazos encarnaditos e iguales para casi todas las rutas no pueden dar mucha información. Al manejar las cartas Michelin, grandes y detalladas, se ven pormenores interesantísimos y desconsoladores. Está claro que debimos coger la ruta del Norte que, partiendo, por ejemplo, desde Fes, discurre por Taza, Oujda, pasa por allí a Argelia, continúa hasta Tlemecen, bajando por El Aricha, hasta Béchar. Ya no hay remedio y hay que seguir. Al menos nos cabe la agridulce satisfacción de estar transitando por una zona de Marruecos desconocida para la mayor parte de sus nacionales, no digamos turistas. Empiezo a sentir los primeros síntomas de recuperación después de una lucha a muerte entablada entre mis anginas y los antibióticos. Gallito toma ahora el relevo en lo de ponerse malo, también con problemas de garganta. A partir de Boudenib comienzan a verse dunas y un paisaje de desierto. Desde el furgón se hacen unas fotos a diversas perspectivas de oasis y palmerales allá abajo, a la derecha de la carretera. El sol pega de lo lindo.

Arena. Voy conduciendo yo ahora el furgón y la ruta queda a veces cortada por unas lenguas suaves de arena encarnada, a manera de avanzadillas de las dunas amenazantes que nos rodean. Vacilo y me atasco dos veces. Hay que acelerar más. Se sacan las escaleras metálicas y comprobamos la tremenda eficacia de estas herramientas que, juntamente con la baca y el depósito para agua, fueron las obras maestras que Gallito y yo rematamos en Torrejón. Por si fuera poco se levanta el primer siroco y nos envuelve en la pequeña angustia de lo desconocido. La arena pincha y se cuele por las rendijas más inverosímiles.

Camino de Argelia. La obstinación de Paco [que dice saber más que nadie de todo, y que nos amenaza con arrancarnos cabeza de cuajo de un meneo como lo pongamos en duda] hace que nos quedemos sin gas-oil, y tengamos que purgar el coche. Gallito se levanta febril a apretar la rosca del purgador. Los gañanes de un camión se detienen y nos ayudan. El pavoroso trasiego de gas-oil

desde la baca al depósito atestigua que mi recuperación física es milagrosa. Es miércoles 2 de julio y ya casi de noche. Llegamos a Ain-Ech-Chair y el pueblo nos recibe masivamente. Una horda de harapientos se abalanza sobre el coche, menos mal que con intenciones inofensivas. Perdemos el tiempo preguntando si hay algo que comer, y nos conformamos con abrir una lata nuestra de no sé qué. Salimos del pueblo y acampamos junto a un pabellón derruido, de adobe calcinado y sucio. Los caminos que en línea más o menos recta hacia el Sur pudieran conectar Bouanane y Ain-Ech-Chair con Béchar están cortados por hallarse sobre campos de minas. Los soldados marroquíes a quienes preguntamos no parecen estar muy seguros pues discuten entre ellos, pintarrajeando nuestro mapa con flechitas que marcan otras tantas supuestas direcciones. No comprendemos cómo pueden estar tan ignorantes de una cosa tan cercana a ellos y que tánto les debiera afectar. Nuestra sospecha es que cuestiones así formuladas por turistas no las han escuchado nunca. Hay que continuar hasta Figui, hacia el Este, dando un enojoso y dilatado rodeo. No existe otra frontera más cerca. Nos han hablado de dificultades. Los mismos soldados de Boudenib han arrugado el gesto al saber que queríamos salir por ese sitio. Por lo visto, somos los primeros españoles. Por lo visto, se trata de un sitio en extremo inhóspito. ¿Qué hay de verdad en todo esto?

Adiós a Marruecos. Camino de Figui, y al pasar por Bouarfa, bastante al Noreste de nuestra última localidad reseñada de Ain-Ech-Chair, se ven los primeros dromedarios. Una mujer va andando con el pecho al aire. Cada vez hace más calor y la saliva parece un pedazo de escayola. Con la carretera infernal –tierra y hoyos– el furgón brinca, salta, baja y se endereza. Los trastos se caen. La baca parece que se va a hundir. Con los bidones de gas-oil que llenamos en Ceuta y lo demás [ruedas, martillo, batería, lona, clavos, etc.], el techo soporta más trescientos kilos. Ahora se ve el magnífico trabajo de Yoyo al guarnicionar la baca con un estupendo tablero atornillado, y al sugerir la instalación de cuatro neumáticos entre las tirantas de hierro y el techo. Llegamos a Figui, todavía de Marruecos,

y a un soldado simpático que hablaba un poquito de español lo cogemos como guía. Hay que comprar el cristal del camping-gas-lámpara, porque Paco ha roto el otro. La fruta es mala y cara, pero los limones son hermosos. Gallito sigue en el lecho del dolor. En el puesto de Figuig los marroquíes se portan bien. Les enseñamos la página del periódico *Pueblo* con nuestra semblanza y eso parece allanar las cosas. Al saber que Paco es veterinario le frien a consultas y allí tiene lugar la primera actuación organizada de curanderismo. Un tío tiene una pupa en la cabeza y Paco le receta. Otro se queja del estómago. Otro de que no duerme bien, y así otros más. Paco dice que si le van mal las cosas en España piensa instalarse con un tenderete en algún país de éstos. A cada momento pedimos agua. Nos damos cuenta de que es el mejor de los regalos. Después de informarnos sobre cómo llegar al otro lado de la frontera salimos pitando.

La frontera maldita. No hay calificativo que mejor le convenga. Tiene sólo unas ciertas horas de operación y está ocupando un campo alambrado de minas, sin señalización y en mitad de un páramo. Antes de llegar a ella el camino se corta a pico, se inicia el campo de minas y alambre espinoso, y al tiempo que se ve Beni-Ounib enfrente, en Argelia, a unos dos kilómetros, no se adivina la manera de atravesar el dédalo. Este acertijo macabro nos costó idas y venidas, siempre con el temor de salir zumbando o por los aires. Vuelta a Figuig y explicación aún más detallada, con dibujos y todo, del paso de la frontera. Por fin conseguimos sortear los recovecos de un laberinto de susto y muerte. Los marroquíes nos avisan de que las puertas o verjas de hierro y alambre puntiagudo, y al parecer, electrificado, de la frontera las abren los argelinos a las cuatro de la tarde. Son las dos. Tal vez por tratarse de turistas nos abran al hacer acto de presencia y tocar la bocina, nos dicen.

Sol. Por desgracia aquello no se abrió hasta las 16:00 pm. inexorables. Esperar en el medio de ninguna parte, a cerca de sesenta grados al sol se dice en un par de líneas, pero se tarda una eternidad en digerirlo en la situación real. Gallito pide constantemente cosas... ¡frescas de beber y comer! Gallito, aprensivo hasta la náusea,

insoportable, poco cooperador con quienes nos desvivíamos por ayudar a curarle, y descorazonado en cuanto soplara un vientecillo de castigo, dice que se quiere morir, mientras se revuelca míseramente en el somier del furgón. El termómetro de alcohol que dejamos dentro, a la sombra, ha dado hace tiempo el salto por encima de los cincuenta grados. La chapa de la carrocería abrasa. El sol amenaza con fundir todo lo que va en la baca. Nos inventamos temas de conversación para no morirnos de asco. Detrás de las alambradas se ven algunos obreros trabajando perezosa, cansinamente. No es para menos. Paco se pone a pegar chillidos. Nada, ni caso. Hay que esperar. Gallito, desvariando, dice que por qué le dejamos al sol. Nos agarramos a la fugaz esperanza de que alguno de los escasos vehículos que pasan por enfrente venga a abrir la puerta. No son más que las tres y cuarto. El plomo derretido que viene de arriba nos abrumba, nos destroza, nos deja hechos cisco. Terminamos con los limones que habíamos comprado en Figuig. Son las tres y media. ¿Es que estos desalmados no van a abrir la maldita frontera? Cuando empezamos a perder la noción del tiempo un negrito en bicicleta aparece y nos franquea la puerta corredera de la frontera maldita. Al sentarnos otra vez sobre el plástico del asiento nos quemamos las piernas. El volante no se puede tocar. Gallito sigue quejándose y diciendo que se quiere ir a morir a casa. Menciona como en sueños el nombre de su mujer y de sus hijas.

Aduana. Pero ya estamos en la aduana. ¿Qué es la aduana? No es ni más ni menos que una habitación cochambrosa donde un negrazo de cara redonda y llena de pústulas [el aduanero], y otro tipo de color cetrino y sonrisa siniestra [el policía] se encargan de verificar las ordenanzas legales del puesto. Allí nos entretienen dos horas largas obligándonos a obtener un nuevo seguro para el vehículo, a declarar el dinero que llevamos, y por último inspeccionando de arriba a abajo las cosas del furgón ante la mirada de ternero moribundo de Gallito. Eso sí, se nos asegura [cruel paradoja] tanto por testimonios orales de algunos marroquíes como por una modesta aunque profusa literatura publicitaria que vimos en el local de la aduana, que Argelia está en vías de atraer turistas y de fomentar activamente sus temidas y

temibles bellezas naturales, desierto y calor, para mostrar al mundo que en todas partes se puede descubrir algo distinto e interesante. Y con ese lema en la conciencia nuestra vinimos a este país. Una pesadilla. Una pesadilla de difícil y penitencial recuerdo.

Más observaciones. A todo esto hemos venido observando en Marruecos y en este comienzo de Argelia que los únicos que parecen vivir algo bien son los militares; o por lo menos, los que van vestidos con un uniforme caqui. En Marruecos todos los fulanos vestidos de uniforme [¿serán carteros, barrenderos, mayordomos, soldados?] dan la impresión de estar bajo la protección oficial directa, como seguidores incondicionales del rey Hassan, el de la carita de niño. Y se les ve siniestros pero limpios; forajidos, pero disimulando su ferocidad; desalmados, pero, sin atreverse a descerrajar el primer tiro. Los demás –hombres que se arrastran, mujeres depauperadas, y niños encanijados– se mueren literalmente de asco. En Argelia veríamos el mismo panorama, oíríamos la misma canción.

Noche triste. Seguimos avanzando en dirección a Béchar. Vamos rotos. Se está echando la noche encima cuando alcanzamos la ciudad. Entramos en ella por una calle principal. Vemos bares con luces; botellas de líquido; hombres y mujeres en las penumbras inquietantes de los tugurios. Nosotros estamos hidrópicos, materialmente muertos de sed. Pensamos parar y saciarnos de lo que sea. Consultamos a Gallito sobre sus apetencias y tenemos que desistir de entusiasmarle por nada porque se empeña en que está muy malo y quiere acampar cuanto antes. Con una voluntad agónica ante la situación tantalizadora, conduzco el furgón a través de la ciudad y continúo hasta las afueras buscando un sitio para dormir. Locos, ciegos, entramos y salimos por distintas cunetas de la carretera sin ver exactamente aquello sobre lo que estamos rodando. Por fin consigo llevar el vehículo a una explanada. Pasamos y nos damos cuenta de que estamos junto al basurero de Béchar. Sin ganas de comer y con el agua que llevábamos caliente y sabiendo a plástico, ésta fue para mí la noche más triste y más desesperanzada de todo el viaje. Me tumbo en el somier y no puedo tranquilizarme. La saliva se me queda dentro de

la boca como si fuera una piedra blanca y dura. Es imposible dormir. Para tortura de uno mismo en tales ocasiones se suele pensar en realidades inéditas. Yo hubiera dado la mitad de todo lo que llevaba por una jarra de agua fría. ¿Es posible que unos momentos de depresión total sirvan para ponerle a uno en trance de renunciar? ¿Es posible que los tres estuviéramos tentados de abandonarlo todo? La noche más triste y más desesperanzada, repito. La noche más larga también puesto que se compuso de hileras interminables de minutos sedientos en los que uno se zahería masoquícticamente en la contemplación de una jarra de cerveza helada. Confieso que la razón estuvo a punto de abandonarme. Nuestra amistad conoció los momentos más difíciles. Las motivaciones que nos habían impulsado a hacer el viaje comenzaron a flaquear. Esa angustia mental de autocriticarse uno mismo y de poner en tela de juicio la salud de su conciencia es tan doloroso o más que todos los padecimientos físicos. Aquí empezó la verdadera tortura de la sed. Aquí experimenté los primeros síntomas de una debilidad que se iniciaba. Aquí creo que aprendí a valorar las facilidades que tan gratuitamente han venido a nosotros algunas veces. Y así, al mismo tiempo, justifico el haber gozado de la abundancia de bienes tan sencillos como el agua. Estoy seguro que ni entonces, ni después, ni nunca pudo comprender Gallito el portentoso regalo, el heroico regalo de solidaridad y de santificante ascesis que tanto Paco como yo le hicimos aquella noche. Nada más factible para nosotros que habernos acercado a la ciudad y anegado en el hedonismo glotón de todo el líquido frío del mundo que nos hubiera dado nuestra gana, que era inmensa, inabarcable, infinita, mientras Gallito se mustiara en la soledad diminuta de la furgoneta y lacerante de su indisposición. Tuvimos que usar todos los recursos de la voluntad y unos incentivos soterrados, unas fuerzas acaso sobrehumanas para no salir disparados hacia la ciudad y bañarnos en un tonel de cerveza fría. Dedicué esa atormentada noche a calibrar, en baremos aproximados, mi capacidad de sufrimiento, los quilates de mi hombría de bien, la magnitud, la grandeza de mi renuncia, y certifiqué que cosas así son las que hacen que la historia del mundo gane en

estatura.

Así fuimos dejando transcurrir aquella tristísima noche a base de sueños enfermizos. Paco se pone a repasar los manuales de inmunología y medicina tropical pensando que ante las quejas crecientes de Gallito éste pueda estar afectado de algún virus que no se ha previsto. En última instancia le pone una inyección de antibióticos y lo deja más calmado. ¿Que hora es? No importa. Así no se puede seguir. Así va uno derecho a una lenta y completa destrucción. Nos estamos sacrificando en balde. Las culpas de los fallos habidos rebotan de uno a otro. Si esto continúa de la misma forma, mañana prometo coger el avión en Béchar y poner proa a casa. Tengo sed y cansancio. Pero las estrellas de la gigantesca noche africana no parecen escuchar.

Béchar. Es viernes, cuatro de julio. Sin haber pegado el ojo, estoy molido. Además, Paco, medio en sueños, medio en vela, da manotazos a diestro y a siniestro y luego dice que no le dejan dormir. Observamos más atentamente que nos hallamos junto al vertedero de Béchar, y que la pasada noche rodamos por encima de un montón de broza. Ni un pinchazo. Ni un fallo el furgón. Lo único que ha habido que hacer es quitarle la coraza del motor y accionar la calefacción para contrarrestar el calor, por paradójico que parezca. También se le cambia el termostato. Me lavo y me afeito precipitadamente y nos vamos a la ciudad, esta vez decididos a repostar, beber, comer y tomar conciencia de todo.

Béchar es bonita y desigual. Hay hasta surtidores de agua en alguna calle. Las caras de la gente se van ennegreciendo progresivamente y los vestidos blanqueando. Las chilabas a modo de camiones-túnicas o bolsas-sacos holgados, son más claros. Se ve un montón de hombres lisiados. Sin más contemplaciones nos paramos a la puerta de un bar. Por una botellita de cerveza templada nos piden 30 pesetas. Echamos a correr y pasamos a una tienda como de ultramarinos...

Albert. Puedo decir que aquí, del brazo de la fortuna y pasado el mar de lágrimas, comienza nuestro episodio risueño y feliz. Por

gratisima coincidencia el propietario del establecimiento, Albert Bensoussan, caballero argelino de 69 años, hablador, chancero y chispeante, suele veranear en España y se defiende bien en nuestra lengua. Nos da cobijo en el zaguán de su tienda, nos sacia la sed con cerveza y refrescos fríos, y se interesa por nosotros. Es un hombre influyente y cortés, con detalles pícaros a lo español. Nos cambia dinero ventajosamente para nosotros y a sabiendas suyas, y siguiendo su consejo estacionamos el furgón enfrente de su casa. Allí, en ese paraíso de cordialidad y frescor tomarnos coca-colas y toda suerte de bebidas frías nos provoca delirios de complacencia. Gallito se reanima. Albert nos invita a tomar posesión de su casa y nos enseña su despacho u oficina llena de intimidades seleccionadas. A continuación aparece

Abu, el hombre de confianza, compañero colaborador de Albert. Abu es un tipo de película: Carita de pájaro de presa, ojos hundidos y vivarachos, cogote arrugado en cuadritos y un aspecto semejante al de cualquier personaje de cuento oriental. Albert y Abu hablan en argelino. He aquí una graciosísima historia sobre ambos. Nos cuenta Albert que hace muchos años, lo menos cuarenta, cuando él se dedicaba al transporte en camión por el desierto, una noche que iba con Abu como ayudante [y repárese en la larguísima amistad de nuestros héroes] se sintió cansado y se tumbó en el desierto no sin antes recomendar cuidadosamente a Abu que le vigilara con los focos del camión encendidos en caso de peligro de escorpión. Abu así lo prometió y Albert hizo como que se dormía. Pero como no se fiaba, mantenía un ojillo abierto y vio que Abu había descuidado la guardia y se había dormido cerca de él confiadamente. Nos sigue contando Albert con mucho gracejo que para escarmentar el poco celo de su criado se colocó en la punta de la babucha un objeto puntiagudo con el que asestó un picotazo penetrante al bueno de Abu, el cual empavorecido y ciego por pensar que se trataba de un escorpión real se levantó, echó mano de su cuchillo y se rajó cumplidamente la parte del pie donde Albert le había propinado el pinchazo. Y nuestro Albert ríe y ríe, y nos hace reír con el relato de este cuento de mocedad, de

desierto y de escorpión.

Pertrechos. Se encarga a Abu la compra de un pellejo o ‘gudrón’ para refrescar el agua. Se trata de una piel de cabra que tiene la propiedad de transpirar por sus poros y de esa forma provocar la evaporación y el enfriamiento del agua. Es ni más ni menos que el botijo de los hombres del desierto. Paco, enamorado de todo lo exótico y caprichoso, se va a un tienducho a comprarse unas sandalias argelinas de suela fuerte y piel de camello, de esas cuya tirita hay que meter entre el dedo gordo y el de al lado.

Hispanismo. A todo esto nos damos cuenta de que la tienda de Albert es algo así como el centro de reunión del elemento hispánico de Béchar. Hay que quedarse por lo menos un día. Hay que conocer a toda esta gente. Aquí llega un español, Felicísimo Madueño Díaz cuyo nombre resulta una alegre concordancia con la situación. Ya está todo en marcha. Nos invita a comer en su casa y nos recomienda el hotel “La Palmeraie”. Pero no han terminado los conocimientos: Un tal José Rodríguez, granadino, que pasa a comprar no sé qué, nos habla de su tierra. Al poco rato es un matrimonio compuesto de español, por prosapia, e italiana –discreta, sugestiva y bella– los que nos hacen sentir más y más en casa. Minutos después entra Lili Mestre, finísima dama española que completa este cuadro de amistades en la “embajada” española de Béchar, léase, tienda de Albert. La moral está en alta. ‘La vie est belle’.

Observaciones. El calor arrecia. Nos damos cuenta de que la lona de la baca tiene un inmenso redondel de grasa que cubre una buena parte. Habrá sido algún bote que de resultas de la presión producida por el calor ha reventado. Movemos un poquito el furgón y está hecho una brasa. Abu ha regresado con el ‘gudrón’ y lo instalamos en el costado derecho. Albert protege nuestras maniobras y da un lavado al coche con una manga de regar. Vamos a coger la barra de cacao del salpicadero, para aliviarnos los labios, y el cacao ha desaparecido, fundido por el terrible calor. Desde luego, Béchar es una anticipación del desierto; es algo así como un desierto urbanizado. Más hombres lisiados y medio ciegos. ¿De qué vive toda esta gente

que se lanza a la calle desde por la mañana, y se queda en la calle todo el día? Los chavales vagabundean. Los viejos navegan. Paco está muy ufano con sus sandalias nativas, y Gallito se está animando ante perspectivas halagüeñas. Vamos al Hotel El Palmeral a sentar nuestros reales.

Hotel. Algo sórdido, con cortes de agua según las contingencias y con un plantel de “filles de chambre” entre misteriosas, sorprendidas y siempre atrayentes, mostrando en los rasgos de sus caras el rompecabezas exótico de varios modelos de belleza cruzados. Sí, señor. Esto marcha.

Prosperidad. Después de ducharnos y de ponernos presentables nos vamos a casa de nuestro buen amigo Felicísimo, no sin antes recoger a Albert. La gente nos observa. Yo creo que tienen conciencia de quiénes somos y de lo que queremos hacer. Los golfillos de la ciudad no se cansan de mirar el lema que en el costado derecho del coche, el mismo sobre el que hemos colocado el ‘gudrón’, y en una banda o tira ancha de papel blanco adhesivo, ha pintado Gallito hace un par de días en Marruecos, antes de caer malo, y que reza así: “Madrid saluda a, salve a l', greets Africa”. Debajo de esta declaración de amistad puede leerse “Madrid - Niamey”, haciendo querer ver que es viaje de ida y vuelta. Pero ya estamos en casa de Felicísimo donde también conocemos a otro compatriota, Manuel, gaditano, que hace de cocinero. Bebemos, comemos y hablamos con largueza. La típica conversación entre españoles ausentes y presentes; el consabido desbordamiento de locuacidad en estos casos. Rotos por el cansancio y por los humores del vino y la digestión, nos vamos al hotel a echarnos una siesta de cuatro horas, hasta las ocho, el momento en que Albert cierra la tienda y nos promete acompañarnos por la ciudad.

Burdel. Albert es un magnífico anfitrión que se supera a cada instante. Es un hombre de prestigio a quien todos saludan y parecen respetar. La visita al barrio de los burdeles es obligada. Ya por la mañana nos había presentado Albert a una bellísima sacerdotisa que desempeñaba sus menesteres en el sitio al cual nos dirigimos. Es un

callejón todo lleno de tugurios: Moros, tipos latinos, una completa algarabía de mujeres y fulanos. En el local que Albert elige para enseñarnos hay chicas de suficientes latitudes distintas como para formar una baraja completa. Es muy curioso observar el comportamiento de los parroquianos. En un salón-bar, con música estridente y con el consabido globo de lentejuelas giratorio que multiplica los dardos de colorines y sus reflejos, se agolpan los hombres hacia una puerta que pone en comunicación con un patio central que tiene en su mitad un precioso surtidor de azulejos, y los camerinos, a modo de madrigueras individuales, rodeando todo el patio. Las chicas desocupadas se colocan junto a esa puerta que comunica bar y patio, y entre los que entran, los que salen, y los que simplemente quieren mirar sin hacer gasto, se produce el inevitable embotellamiento. Allí nos tomamos un par de refrescos y saludamos a la dueña. Allí besamos la mano ceremoniosos y corteses a la chica, vestida de calle ahora, que Albert nos había presentado por la mañana [envuelta en unos cendales de gasa blanquísima, alta como un minarete, y dejando solamente apreciar dentro de su total envoltura el filo de la hoja de sus ojos, yo, como he dejado escrito unas líneas más arriba, la imaginé bellísima]. Yo, la verdad, no quería salir de allí sin dejar mi rúbrica. Por supuesto, no me movía urgencia alguna..., ninguna necesidad concreta, y además, mis fuerzas estaban ya algo recortadas, algo enervadas. Sólo el guiño estético que me estaba haciendo la situación me impulsaba a dejarme un poquito de mi vida en ese asimiento y abandono casi simultáneos de absoluto. Albert fue el primero en animarme. Así que, en tal ambiente de penumbras moradas, de celosías y semi-opacidades, de perfumadas neblinas que esparcían los pebeteros, la invité a nuestra amiga la sacerdotisa la cual me introdujo en su habitáculo... Nada más estar en ella... –lo recuerdo– fue como una olita de dejación que empujando suave, muy suave, discurrió por mi vientre y se escapó entre mis ingles. Termina la velada y nos vamos al hotel. Una cena en el jardín, entre palmeras, y una cama regular ponen el broche a nuestra jornada.

Adiós a Béchar. El sábado cinco de julio, por la mañana

temprano, damos el clarinazo de levante. Afeitados, lavados, perfumados algunos y desayunados todos, nos despedimos de nuestros muy queridos y recordados amigos Albert y Abu, Felicísimo y Manuel. A todos les prometemos fotos y noticias. A través de ellos llevamos un manojo de recomendaciones y contactos para lugares futuros. [Cuatro años más tarde, afincado laboralmente yo en el Sur de España, y en posesión de unas señas que me había dejado Manuel, alcancé todavía a visitar en Málaga a unas hermanas tuyas, ya viejecitas. En el momento de conocernos en Béchar, Manuel frisaba en los setenta] Antes de salir de Béchar nos pasamos por la fábrica de hielo que está junto a la estación de ferrocarril. En las dos neveras echamos las botellas y la fruta y nos regalamos anticipadamente con el efímero placer. Nuestra próxima etapa es Adrar, que dista 600 kilómetros de Béchar por una carretera de asfalto, si bien en pleno desierto. Nos aseguran que vamos a encontrar arena y sirocos; que nos va a ser muy difícil llegar en un solo día... Nosotros partimos con la mejor de nuestras esperanzas.

La carretera hasta Adrar. Nos dirigimos al sur, hacia Adrar, por la magnífica carretera de asfalto en total desierto. En plena ruta ya, en Abadía, a unos noventa y cinco kilómetros de Béchar, conocemos a Pérez, “Pulguita” que continúa el enlace hispánico que de una u otra manera hemos venido manteniendo. “Pulguita”, el español de Abadía, emplea una graciosísima jerga lingüística a base de palabras, todas mal dichas, en español, francés, y no sabemos si correctas en bereber y/o tuareg. Es, desde luego, una meritísima exhibición resultante de una mezcla de francés malísimamente aprendido, con retazos de español intercalado, y con el adobo de alguna palabreja tribal de estos contornos.

Se avanza fácilmente a una media de 55 - 60 kilómetros a la hora. Los seiscientos de carretera son admirables y la señalización, de puro buena, hace hasta reír. Efectivamente, no es necesario anunciar con señal alguna el peligro de curva amplísima y visible. Asimismo se anuncian los sectores de desplazamiento de arenas. En ocasiones nos encontramos con que las dunas han cortado la carretera, pero sin que

exista peligro real. A la altura del kilómetro 232 dudamos sobre si desviarnos o no a Beni-Abbés, a 15 kilómetros al este de la carretera general por la que vamos rodando, pero optamos por seguir y repostar gas-oil en Kerzaz, otros 108 kilómetros más abajo. La cosa marcha. Sin embargo, al filo ya casi de la noche nos encontramos con el peligro que tan corriente sería 2.000 kilómetros más adelante, con los caminos de tierra pedregosa del Territorio del Níger, a saber, que el firme de la carretera, en el caso que nos ocupa ahora en esta carretera argelina construida por los franceses, está como hundido, como tronchado hacia abajo, con el fin de dejar pasar un curso de agua. En esta época del año no había tal río sino un enorme charco que naturalmente hay que atravesar. La técnica es siempre la misma: Se baja uno a explorar el sitio o vado de menor profundidad y se va señalando al furgón la ruta. Me bajo yo y Paco conduce. Salvamos la laguna y aprovecho para darme un baño. Gallito maliciosamente me hace una foto vestido yo de Adán. Algunos habitantes de casuchas diseminadas por los alrededores salen a ver el espectáculo. Estas gentes del desierto desconocen la desnudez. No se exponen al sol. Bien es sabido que para defenderse del sol lo mejor es arroparse. Y nosotros los europeos hacemos lo contrario, quitarnos ropa a la primera oportunidad. [Andando el tiempo y ante reiterados testimonios y diversas evidencias, se nos haría patente, con arreglo a la concepción islámica, –ciertamente dulcificada y muy de manga ancha respecto de los ámbitos y circunstancias que a nosotros nos tocó experimentar– la profunda irreverencia en que incurrí al mostrarme en cueros ante aquellas pobres gentes]

La cuerda. A unos 150 kilómetros de Adrar comprobamos que la lona de la baca se está soltando, y que hay que reinstalarla por completo. Resulta una de las labores más arduas. Hay que sacar las escaleras metálicas, encaramarse uno, aflojar todos los nudos y volver a apretar. Tanto la cuerda original como el perfecto sistema de nudo con piedra que nos hizo Leandro en Torrejón se han destensado. Parte de la cuerda está rota y hay que usar el rollo célebre de 100 metros que se compraron a Conradito. Este detalle banal de la cuerda nos costó ni

más ni menos que dos horas de trabajos y de denuetos. ¿Por qué y cómo? Sencillamente porque a Gallito se le ocurrió tirar desde encima de la baca el rollo al suelo y se armó un lío descomunal para deshacer la madeja. Creo que en algún lugar de este relato he dicho, y no está de más repetirlo, que la mayor y mejor parte de mis energías durante este viaje se me fueron baldíamente en intentar razonar con mis compañeros; o en enderezar los despropósitos y errores de bulto que se fueron sucediendo con lamentabilísima frecuencia. Pero el caso es que el asunto de la cuerda trajo mucha... ¡más cuerda! ¿De qué manera? Pues también sencillamente porque Paco se empeñó en asegurar que disponía de un sistema perfecto de colocación y fijación de la lona. Naturalmente resultó una birria... Pero seguimos avanzando siempre y ya a las puertas de Adrar, deshechos, acampamos en mitad de un erial. Los 600 kilómetros han quedado salvados. Aquí a las puertas de Adrar, en la madrugada del sábado 5 al domingo 6 de julio, mientras estábamos parados se levantó un monumental siroco que dura toda esa noche y todo el domingo.

Entrada en Adrar. El Hotel 'Djemila'. Por la mañana hacemos la entrada en la ciudad. Siroco y arena no han cesado. Hace un día hermoso, dantesco, descabelladamente demoledor, apocalíptico. Preguntamos y nos dirigimos al Hotel 'Djemila', el único que hay. El calor unido con el viento es horroroso. Y lo extraño del caso es que esa misma mañana llueve un poco durante media hora, cosa que según los nativos no había ocurrido en los últimos cuatro años. La arena entra por todas partes. El Hotel es de ambiente reseco, polvoriento. Es tontería limpiar: Las nubes de polvo lo ponen todo perdido. Espuertas de arena salen de cada habitación todas las mañanas. Hemos llegado muy temprano y por lo visto no podemos coger todavía aposento. Hay que esperar y observar. Como es el único Hotel de la ciudad, no hay elección posible: Allí estamos todos los extranjeros. Para acelerar la gestión de que nos busquen un cuarto con tres camas sacamos del coche los puñales ornamentados y con gesto simpático se amenaza al conserje que es un negrito sonriente y joven. Tal gesto es aceptado con cordialidad por unos y otros. Nos enteramos

de que hay un grupo de americanos U.S.A que se emplean en hacer prospecciones por allí. Forman un grupito compacto y como luego veríamos, se traen de su tierra algunos artículos alimenticios: Corn-flakes, etc. También vemos a una señorita francesa que trabaja en Tomboctú de profesora de matemáticas. Peripuesta y correcta, aunque algo distante, va impecable con un vestido de flores estampado y de gasa y parece estar ausente de los rigores del desierto. Nos contempla en nuestro estado de suciedad y cansancio, y en tanto nos preparan la habitación, la joven rubia y caritativa, profesora ella, nos enseña el camino de las duchas. No hay ni que decir que la deshidratación se combate de dos formas distintas: O bebiendo agua por la boca normalmente; o dejando que el agua empape los poros de toda la piel y la traspase. Y eso viene a ser la ducha. El siroco sigue soplando, y al tiempo de subir a nuestra habitación vemos la cantidad de arena que se ha acumulado por los pasillos y por todas partes. Son las 9:00 a.m. y el sol pega a placer. Nos adelantan que con estas temperaturas tórridas algunos inquilinos duermen en una especie como de terraza general del hotel, cosa que a mí no me llega a convencer. Sigue soplando el siroco que ha soplado durante toda la noche.

El ambiente. Puestos a comparar, compararíamos el golpe del sol con un saco de cincuenta kilos que a uno le pusieran encima y tuviera que andar así con él por la vida. En Adrar no hay o no se ven mujeres. El polvo sigue entrando hasta en los relojes de pulsera y en la funda de los prismáticos. En nuestra habitación recién dispuesta, las camas y las sábanas y los muebles rústicos tienen como un baño de color encarnado que no es otra cosa que la capa de polvo fino. Seguimos fijándonos en algunas cosas que refuerzan lo que ya observamos en Béchar, a saber: Cuando un nativo quiere decir algo exclamatorio que denote sorpresa, o desencanto, o admiración, o repulsa, la interjección de esta gente es... “po, po, po, po...” ... Se dan la mano a golpes y llevan pantalones anchísimos y de pliegues tableados que ocupan tres veces el volumen de la persona. También llevan turbantes como de muselina con los que se arropan la boca y narices. El color de los rostros se ennegrece progresivamente desde

Marruecos hacia abajo cada vez más. La gente nos da la mano a sacudidas, por cualquier cosa. Es un rito inevitable. Llega uno al ‘hall’ del Hotel, y ya está, apretones y golpetazos de mano a todo pasto [El siroco no deja de soplar]. Se oyen más y más historias de escorpiones y Paco queda encargado de adquirir suero anti-ponzoñoso.

El mercado. Como no hemos desayunado, nos acercamos al mercado que está sólo a unos metros: Es como un patio cerrado que huele a sudor, mojama, polvo y ropa sucia. Es como una tira de arcos dentro de un recinto donde los vendedores exponen su mercancía, casi todo consistente en legumbres, hortalizas y/o verduras deslavazadas. Se regatea y la gente es chancera y ríe. Insisto en que el olor es penetrante y le llega a uno por las narices, de golpe, y va hacia todo el cuerpo vertiginosamente. La gente educada habla francés, además del dialecto de aquí que es una algarabía arábigo-bereber difícil de entender. Compramos sandías con poco gusto y melones horribles de malos.

Juan Casimiro. Previamente informados [me es imposible recordar a través de qué canales] iniciamos la gestión de encontrar a los españoles Juan Casimiro, y Argillós, los cuales trabajan en lo que podría entenderse como Ayuntamiento o, acaso, tal vez mejor, cuartel de la Guardia Civil. Dejamos el recado en casa de Casimiro al tiempo de enterarnos de que Argillós está de vacaciones fuera de la ciudad [Dicho sea de paso, el argelino del Sur suele elegir la ciudad de Orán para sus vacaciones]. Volvemos al Hotel, nos tumbamos y comemos un poco más tarde. Efectivamente, Juan Casimiro se presenta. También sabía él ya de los tres españoles animosos que se habían aventurado por aquellas tierras. Nos las prometemos muy felices y tomamos a este español [catalán] como anfitrión y guía. Juan Casimiro viste un sombrero alabeado, sandalias fuertes, pantalón corto de cuero, y una camisa abierta por los flancos y sujeta con tirantas. Es un hombretón recio, de unos 50 años, que lleva cerca de 20 en el desierto [Parece como si detrás de cada uno de los españoles que hemos conocido se escondiera una historia]. Hablamos de nuestros comunes amigos de Béchar y de muchas más cosas. Nos informa de

que las regulaciones de tráfico son aquí algo sorprendentes [Sigue soplando el siroco. La arena se cuele por todas partes]. No se permite que nadie se lance hacia el sur, por la ruta del Tanezrouft, a menos que vaya arropado en un convoy, o caravana, o compañía de viajeros. La cosa se complica. Pensábamos salir el lunes 7, por la mañana, y esto derrumba nuestros planes. Primero, tienen que darnos el visto bueno en las oficinas de la Sub-Prefectura, Policía, y Aduana, tres cuerpos civiles de gente como militarizada, o cuerpos militarizados de gente como civil. Descubrimos a un grupo de alemanes que se hallan en nuestras mismas circunstancias y planeamos realizar juntos la travesía de arena. Casimiro, que tan magnífica aparición hizo y tanto nos animó, hace mutis ahora. Debe de haberse olido las dificultades. Seguimos especulando sobre el desierto y se siguen diciendo tonterías: Botas, pellejos de agua fresca, etc. Al parecer, es conveniente calzarse las botas de hasta media espinilla a causa de los bichos, mayormente escorpiones, que pueden atacar en cuanto uno pone el pie en el suelo (¡!¿?)

La espera. Martes 8 y todavía en Adrar. Los dos alemanes Peter y Lorenz, juntamente con el negrito togolés Cirilo que también vive en Munich, un moraco argelino llamado Salí, que hace pasarse por guía, y nosotros tres estamos pendientes de las autoridades de la ciudad para salir de un momento a otro. Pero el tiempo pasa y siguen las pegas. Entretanto más intrusismo profesional de Paco al curar a un camarero del Hotel, que se había cortado. Le saja una herida feúcha del pie, y le deja nuevo. La huella francesa perdura en la lengua y en las horas de las comidas. Escribimos a casa y advertimos que tal vez transcurran muchos días sin que vuelvan a saber de nosotros. Seguimos paseando y tomando notas. Las casas están hechas de adobe o de barro durísimo. La ciudad está bien trazada, dentro de un amurallado cuadrilátero al que se pasa por unas puertas de arco. Hay mucho ventilador convencional para intentar defenderse del calor. En estos días tristemente inolvidables que consumimos en Adrar se descubrió el oasis de un ingeniero aborigen, Mebrouk Bouiba, pulido y educado, que nos llevó a su casa en la que cada habitación disponía

de un acondicionador de aire, potente cajón-máquina igual que en las mejores instalaciones de las ciudades modernas.

Es durísimo salir a la calle. Cada faena que hay que hacer en el furgón nos deja baldados. Subir un escalón de más puede significar quedarse sin fuerzas para hacer la próxima maniobra. Imaginad un horno de 60 grados. Salir a la calle es una heroicidad. El europeo siente una desazón desesperada ante tales inclemencias. Nos falta valor para medir la temperatura algunas veces. La gente es amable una vez que se la llega a entender. Nuestro atuendo es pintoresco en demasía. Con el menor pretexto nos quedamos medio desnudos y hacemos aspavientos de tener calor y de querernos quedar bajo el grifo de una ducha, lo cual no es siempre posible debido a las restricciones. Hemos conseguido conocer algunos trucos del Hotel. Cuando el agua no alcanza a las habitaciones de arriba, hay un cuchitril detrás del bar que usamos para darnos duchas furtivas a cualquier hora. Los tres consideramos comprarnos un tipo de pantalón como el que aquí se lleva, de una sola pieza y como una bolsa-saco que deja todo el cuerpo flotando en una inmensa cámara de aire. Paco ensaya con éxito el modelito de la sábana arrollada como única vestimenta para la parte inferior del cuerpo. Se pasea ufanamente por la ciudad de esta guisa y los nativos le miran entre socarrones e incrédulos. Se consigue suero anti-escorpión.

Liberación. Es miércoles, día 9. Seguimos exasperados ante los procedimientos administrativos para el permiso de salida. Es como si hubiera un acuerdo tácito entre las autoridades de Adrar y del Hotel para hacerle tomar a uno vacaciones forzosas. Las respectivas sedes de la Policía, Aduana, y Sub-Prefectura son antros controlados por forajidos de dudosa filiación. Para sintetizar estos días de disgusto y tirantez preparo una carta de queja a la Embajada Argelina en España, y a todos los que quieran oírnos. Y desde luego, quiero que forme parte de esta serie de relatos. Por fin, el miércoles 9, casi de noche, una pequeña caravana de cuatro vehículos y siete hombres salimos de Adrar. Aquí sí que de verdad empieza el desierto. En los próximos dos mil y pico de kilómetros que nos faltan hasta Niamey no tenemos ni

un solo metro de asfalto. ¿Sabe alguien lo que es realmente el desierto?

La pista. Como digo, abandonamos Adrar el miércoles nueve de julio por la noche. A ciento cuarenta kilómetros se encuentra Reggane, donde tenemos que pasar el último de los controles antes de llegar al borde de Malí. La ruta es desoladora. Aquí no hay más que un mar de tierra, arena gorda y piedra. Hay que andar con cien ojos. Lo menos malo es seguir las rodadas de algún camión que haya pasado antes. Pero esto también es inseguro porque la diferente blandura de la arena hace que los camioneros se separen de la ruta ¿Cómo se conoce ésta? A trechos, más o menos variables, más o menos uniformes, se ven ruedas de camión, restos como de cabinas, palos que tienen en la punta dos aspas. También los esqueletos de animales vacunos que muy bien pueden ser las basuras arrojadas por los convoys. El sol acaba con todo. De las ruedas enormes de camión en algunos puntos sólo queda de ellas la trama y urdimbre del cosido. Aunque en Reggane es donde nominalmente comienza el Tanezrouft o “ruta del terror y de la sed”, estos primeros 140 kilómetros tienen las mismas características que todo lo demás. Lo que en los manuales y terminología al uso se llama *pista* no es ni más ni menos que una demarcación levisima entre dos rebordes no muy altos. Se puede circular dentro de la pista o fuera de ella. Es como hacer una raya en el mar. Sin haber llegado a Reggane paramos a descansar un poco.

Reggane. Y ese mismo día, jueves diez de julio por la mañana, llegamos al control. Unas casuchas de ladrillo y adobe son los puestos oficiales de la policía y de la aduana. Aquí está el camión que los alemanes dejaron anteriormente. Decidimos partir esa tarde y dedicar el día a transbordar algunos trastos de nuestra furgoneta al camión M.A.N. de nuestros colegas. Los funcionarios de la policía nos permiten ocupar su alojamiento. Lo único que hay es agua y sombra, que no es poco. Ya estamos preparados para no repostar nada hasta alcanzar la frontera con Malí. Esto es el desierto *desierto*. Queda así trazado el plan del día hasta nuestra salida por la tarde.

El desayuno de Paco. Paco hace una exhibición portentosa

de la capacidad de su estómago. Allí, en la sombra que conseguimos colocando nuestra lona entre el furgón y el camión M.A.N. plantamos el tenderete para el desayuno. Los alemanes van bien provistos. Los alemanes Peter y Lorenz parecen dos aventureros de mucha clase. Nos vamos enterando de que su viaje consiste en llevar rodando desde Munich hasta Togolandia cuatro vehículos, para venderlos allí, contando con el consejo de Cirilo, el negrito que les acompaña, que vive también en Munich y que es de Togo. Los alemanes no se arredran por nada. Han venido bien preparados, hasta límites increíbles. En su camión transportan una verdadera tienda de ultramarinos y una ferretería completa. Con todo, ya han pagado el primer plazo del tributo al desierto, habiendo tenido que dejar abandonado en Adrar un coche Citroen ‘Tiburón’ [que venía dentro del M.A.N.] que les fue imposible vender allí. El desierto no se cansa de ganar víctimas. Los chasis de cosas que parecen haber sido coches son un panorama corriente a lo largo de la ruta. El calor, bruma, pesa, destroza. Es todavía temprano y el mazazo del sol se soporta mal. Sí, los alemanes vienen muy bien preparados; son unos verdaderos tigres del desierto aunque dicen no haber estado nunca en él. Se hace el despliegue de vituallas y Paco mezcla alegremente pan en bote; café con leche; sopa caliente; tragos de agua templada; mantequilla; viruta de legumbres enlatada... para volver a empezar con cualquiera de los ingredientes en un orden cualquiera también. Los argelinos se pasman. Paco les ha conquistado con su simpatía y su fuerza física. Mientras los demás nos tumbamos sin encontrar postura medianamente buena, Paco echa un pulso a dos mozarrones conjuntamente... ¡¡y los gana!! Se completa el transporte de mercancías de un sitio a otro. Creemos que así vamos mejor. Al M.A.N., que antes transportaba al Citroen, le sobran ahora más de dos mil kilos de capacidad. Estamos contentos de nuestra alianza con los alemanes. Salvamos los requisitos de la aduana y nos ponemos en marcha, no sin que a nuestro veterinario me lo hagan una salva de consultas. Ahora se trata de curar de los nervios a un tío. Le regalamos unas pastillas que no sirven absolutamente para nada..., y tan contentos. Gallito sigue puntualmente los detalles del

viaje y nos tiene fritos a cada momento con preguntas sobre los kilómetros hechos y por hacer. Su cuaderno empieza a estar abultado. Además, ha preparado una botella, recubierta de trapos, que enfría muy bien el agua, y el muchacho está satisfecho.

Sed y terror. El jueves, día diez de julio, salimos definitivamente de Reggane, siempre hacia el sur. El mojón o cubo de mampostería, a modo de un inmenso dado, que señala y declara la ruta a seguir “Tanezrouft - Malí” es estremecedor. Nos detenemos para hacerle una fotografía. Tal es el primer momento en que nos hemos encontrado con las terribles palabras que anuncian un infierno. Este es el verdadero instante de la verdad. Ahora es Salí, el argelino, el que va delante con Lorenz en el Mercedes, pero a pesar de todas las precauciones se embarrancan en la arena y hacen que los demás nos quedemos clavados también. ¿Cómo es el desierto? ¿Lo sabe alguien que no lo haya visto? Empiezan a apoderarse de nosotros el abandono y la suciedad. ¿*Para qué?*, es la pregunta que nos hacemos. Yo siento la terrible debilidad de la falta de nutrición. Creo que aunque llevásemos manjares no me entrarían en semejantes circunstancias. El agua mejor de nuestras reservas está templada, sucia, chupada de tanto sifonar. Y sabemos que hasta dentro de 800 kilómetros no tenemos nada. Las palabras escorpión y víbora se barajan todos los días mil veces a la hora de poner el pie en el suelo y a la hora de dormir. Sin embargo no se percibe la necesidad de calzarse las botas altas, hasta media espinilla; o ponerse un sombrero especial tipo ‘Salakof’. Nuestra indumentaria es muy simple: Camisa, pantalón corto, sombrero de paja en mi caso, y zapatillas o sandalias. Esta ha sido otra de las fantásticas leyendas que nos habían anticipado; y nosotros, crédulos a la fuerza, vinimos preparados hasta con caretas para el siroco, amén de camisas especiales de manga larga, calcetines gordos de lana, y toda clase de calzado...

La situación es tensa. Solamente Cirilo, el negrito, rompe la monotonía diciendo alguna broma, o hablándonos de sus amores en Barcelona. Tenemos presente todo el tiempo que hasta el fuerte Moktar, en la frontera de Argelia con Malí –unos 800 kilómetros– no

hay nada de nada. Por lo visto, según el moro Salí los pozos que indican los mapas no son accesibles. Tal vez tenga miedo de perderse, porque en los mapas Michelin se señalizan un par de ellos en esta ruta. Nosotros nos habíamos preparado para sacar agua de una profundidad de más de cien metros [como así se indica en las cartas geográficas] usando nuestro rollo de cuerda, empalmado si hubiera hecho falta a otros tantos metros de cinta de nylon que traíamos de reserva. Los alemanes no se fían del moro. Cada vez que nos paramos por culpa de un atascón, al arrancar se hacen interminables las discusiones. El moro insiste en que él es guía de profesión y en que se ha recorrido el desierto muchas veces. Pero la verdad es que tales credenciales supuestas no parecen evitarnos ninguna calamidad. Yo desconfío de los alemanes, magníficos aventureros, pero que sospecho cada vez más acuciantemente que van a hundir nuestros planes...

Amanece a eso de las cuatro y anochece sobre las ocho y media. Desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde es muy difícil andar. Los motores se funden. El agua de los radiadores va más allá de los grados previstos y tememos un gripazo. A pesar de todas las prevenciones y recomendaciones que nos dieron en la casa Mercedes sobre nuestro furgón, no podemos seguir las alfileras al pie de la letra porque tendríamos que estar parados casi todo el tiempo. Se nos dijo que pasando los noventa grados convenía parar, y el vehículo corrió durante buen rato a más de noventa y cinco sin que pasara... ¡nada perceptible! En el desierto no se puede parar. Lo importante es seguir, seguir siempre. Parece que la inmensidad de tierra que uno va dejando atrás amenaza con atacar por la espalda y abalanzarse traidoramente. Se va huyendo de la propia sombra, hacia un destino que no parece tener final. Y un horror casi tan grande como la arena terrosa es lo que todo el mundo conoce por 'Tolle'; o sea, la ondulación que existe en el suelo del desierto debido a las fuerzas de contracción y expansión producidas por las oscilaciones térmicas. Es lo mismo que rodar por un campo de surcos a contrapelo. Se requiere una velocidad mínima de 60 por hora para que este duro ondulado no se haga insufrible. De cualquier forma parece que el furgón se va a partir en varios pedazos.

Es un milagro ver cómo no salen disparados los tornillos y las bielas, las abrazaderas y los pasadores. Los cachivaches de dentro se caen y se revuelven. Las cosas que iban primorosamente colgadas en los ganchos laterales aparecen por el suelo en una confusión asquerosa. La mayor parte de los alimentos se han estropeado. El queso se ha derretido y las sopas se han empapado. Los baches grandes e invisibles son un peligro constante. En uno de ellos nos quedamos clavados con un gripazo monumental de la dinamo. La arena ha entrado con tal fuerza que el furgón se ha frenado en seco. Seguir las rodadas tiene tanto de amargo como de dulce. Lo dulce es que la arena está algo más apelmazada que por los demás sitios. Lo amargo es que, a causa de las ruedas de los vehículos altos, va quedando un banco en el centro en el que nuestro furgón se clava penosamente y se queda con la panza apoyada en el suelo, con la transmisión hundida. Remover la arena en estas condiciones es más que heroico. Yo no tengo ganas de comer. Me voy quedando débil. El simple esfuerzo de buscar algo en el furgón, por debajo del somier alzado que lleva, es cuestión de discusiones y peleas. Los atascos se suceden, cada vez más frecuentes... ¿Cuántos? A sesenta grados de temperatura tirar de pala, colocar las escaleras metálicas y empujar el vehículo le deja a uno sin recursos. Se desvaría un poco y se autoamenaza uno con quedarse tumbado en el suelo y no seguir más. El agua está siempre caliente y la más fresca del 'gudrón', como me temía, tiene un sabor vomitivo, de chotuno. Cuanto más se bebe, más se quiere. Paco nos recomienda las tabletas de sal, pero eso no hay quien lo tome. Nubes de maldición y desesperanza cruzan insanamente nuestras cabezas. Gallito habla de su mujer, piensa en su mujer, nombra a su mujer y a sus niñas... ¿Futuro?.. Ahora no son más que seiscientos y pico kilómetros hasta encontrar... ¡agua! Cada vez cunde menos. Cada vez se cansa uno más. Todo pringa. Todo aploma. La comida no entra. Yo permanezco tumbado y sin comer durante todo el tiempo en que no se rueda. Empapo sábanas con agua no potable del depósito, y con la evaporación provoco cierta humedad y frescor. Mis compañeros me amenazan de muerte porque creen que estoy gastando mucha agua. Lo

que pasa es que prefiero hidratarme por vía cutánea mejor que por vía oral. El ambiente pincha. Nuestra amistad está a punto de naufragar por las más pequeñas cosas. El camión de los alemanes no va bien. Hay que pararse y pararse. Y yo veo que así no llegamos; que habrá que separarse de los alemanes..., recobrar nuestras cosas que llevamos en su camión... Gallito, por sus varios años de estancia en Alemania, se defiende... y aunque sin mucha gramática, lo chapurrea con cierta fluidez, y esta realidad, que hubiera significado un magnífico factor de ayuda en otras circunstancias, aquí, paradójicamente, está constituyendo un elemento de peligrosísimas consecuencias. Gallito se está dejando embaucar por los bribones de los alemanes que, excluido Cirilo [cada minuto que transcurre se me está haciendo más dramáticamente claro] van a lo suyo. Gallito se pone a darles cuerda, así como satisfecho, como embobado por el privilegio de practicar el teutón, como agradeciéndoles el señalado favor de que le permitan hablar con ellos... ¡incauto y payaso de él!..., y no se da cuenta de que sus clases de práctica las vamos a pagar muy caras. Yo sólo conozco cuatro cosillas de alemán y ellos dicen no hablar otra cosa. Lo dudo. En cualquier caso, ellos perciben que mis puntos de vista son contrarios a sus planes, y hacen todo lo posible por no darse por enterados, usando el pequeño protagonismo de Gallito en cuanto a entenderse con ellos como el mejor de los cebos...

Esto es el “Tanezrouff”, *la ruta del terror y de la sed*. Y es verdad. Nuevos atascos. Paco, con humor macabro, dice que los va contando. La tierra se hunde de pronto suavemente... y ya están las ruedas dentro. ¿Será ésta la última paletada que dé? Hay que esperar hasta el día siguiente porque no nos tenemos en pie. No avanzamos. No avanzamos. Pasa uno el día esperando el tenue alivio de la noche. Esa fue otra de las patrañas. Efectivamente, entre la temperatura del día y la de la noche hay una diferencia brutal de más de veinticinco grados, lo cual no quita para que a 35 grados sea muy difícil descansar, no digamos dormir. El desierto por esta parte es un mar que no se acaba nunca. Siempre con sed, sitibundos, hidrópicos... Nadie recuerda la fecha. Sólo los que llevan relojes-calendario. Salimos el 9

de Adrar... así que... y vuelta a empezar el cálculo. El moro cabrón a cada parada, en vez de coger la pala, se pone a hacer flexiones de tronco e invocar a Alah. En todo el camino hemos encontrado solamente dos coches y un convoy militar de varios camiones, todos ellos circulando en dirección contraria. Miseria y más miseria. Empezamos a no afeitarnos ni mucho ni poco. La mejor forma de ponerse a cubierto del sol es debajo del furgón. Todo abrasa y se otean los primeros síntomas de delirio. Espejismos y lampos maravillosos con lagos y huríes celestes. Cansancio. Atroz cansancio. ¿Qué día es hoy?

Lo peor, vencido. Han sido cinco días de memoria amarga. Entre los tres vehículos Paco dice haber contado más de cien atascos. Llegamos a Bordj Moktar, en algunos mapas ‘Le Prieur’, o sea, “del rezo” en memoria de los que supuestamente fueron los primeros en arribar allí después de atravesar lo malo del Sahara, y rezaron de agradecimiento. Es lunes 14 de julio, por la mañana. El camión M.A.N. de los alemanes se ha quedado tirado a unos 115 kilómetros del fuerte, y a unos 10, pasado el puesto de Maurice Cortier o Bidon V, derruido en la actualidad. En estos casi cinco días desde que salimos de Adrar se ha sufrido de muchas maneras: Los atascos interminables; la actitud egocentrista de los alemanes; la estupidez obstinada del moro Salí que cree saber algo de automóviles y no tiene ni idea. El sol es implacable. Se levanta uno ya cansado y no se está seguro de si va a aguantar el día que está enfrente. Nos enredamos en discusiones interminables sobre la estrategia más o menos general, y sobre la táctica concreta a seguir. Yo insisto en abandonar a los alemanes. Insisto en que con casi la mitad del tiempo consumido, pensar en ir más allá de Niamey es un despropósito. Ahora varias cosas nuestras están en el camión de ellos, y si queremos recuperarlas hay que esperar a que el servicio de remolque de los militares argelinos nos lo rescate y hagamos el transvase de nuevo. Paco se pone furiosísimo porque dice que eso ya lo había pensado él... ¡! Siempre la misma canción: Lamentarse cuando no se puede remediar nada. Yo soy partidario de jugármelo todo a una baza difícil: Salir

pitando de allí, aun sin buena parte de nuestros pertrechos. Nos queda una rueda de repuesto. Con un par de latas de gas-oil, y con el depósito del furgón que nos llenen a tope los argelinos tenemos bastante para llegar a Tessalit. Nos hemos quedado atrapados estúpidamente en lo que prometía ser una ventaja. Pero, ¿quién puede pensar serenamente en tales condiciones? Es horrible. Horrible e imperdonable.

Bordj-Moktar. Llegamos y tomamos impetuosamente ‘manu militari’ la estanquilla de abastecimiento de agua. Se nos acerca un grupito de militares reales, nos saludan y nos piden los pasaportes. Lo de siempre: La comprobación de que venimos de tal sitio y pensamos ir a tal otro. Nos pasan al pabellón de invitados: Una covacha sórdida que hiede, arenosa y pútrida, con restos y olor de carne descuartizada; llena de bichos, moscas, arañas como avellanas y peludas; arena sucia, cenizas aventadas y todo con un polvo invasor y candente. Allí leemos grabada en una vigueta del techo una inscripción estremecedora, en dos líneas, de un viajero belga que, al parecer, estuvo allí detenido algo más de un mes. Es espeluznante ese pequeño testimonio que vale más que un libro entero; dos líneas en pintura amarilla que dicen más que toda una historia terrorífica: Nombre completo, procedencia y fechas. Nada más.

Estamos en un fuerte militar al Sur del desierto, pero todavía bien dentro de él, y tenemos que sentirnos agradecidos por esta cabina de huéspedes que nos facilitan. Me doy una ducha accidentada en la estanquilla en medio del estupor sonriente de militares y paisanos (tuaregs). Ahora recordamos historietas de desierto que, ficticias o no, sirven para hacerle a uno enloquecer. Se cuenta que en el Bidon V se encontraron a uno pescando encima de una duna, chalupa perdido. También se cuenta que un destacamento francés, que hacía la ruta de abastecimiento, vio a dos militares liados a tiros, jugando a matarse como por diversión...

Entre los tipos pintorescos del fuerte se halla el militar pequeñito que nos ha recibido y que parece ser el papá de un niño travieso que no nos deja parar y al que... ¡a ver! aunque con forzada

complacencia, le tenemos que reír las gracias. Hay otro militar, también chiquitajo, con cara agitanada. Pero... ¿Quién demonios es en realidad el jefe? Aquí todos parecen tener algo que mandar y nosotros no sabemos a quién dirigirnos en caso de consulta grave. Excepto agua gratis desde por la mañana hasta las 18:30 aquí no se puede comprar nada. Hay una especie de tienducho donde se venden matas secas de no sé qué; dátiles secos, y algo parecido a una pasta para hacer sopa que le pone a uno el estómago subido. Ni un tomate, ni una fruta, ni nada fresco. Nada que no sea miseria y depauperación. Mi inapetencia se agudiza con el relativamente pequeño trabajo que hay que hacer. Me sostengo con Vitamina C efervescente. Nos han prometido los militares argelinos que su camión de rescate partirá hacia donde está el M.A.N. de un momento a otro. Pero en Africa pronto se aprende que ese momento puede no llegar nunca.

Tuaregs. Los habitantes del fuerte [unos mil, nos dicen, entre población militar y civil, nómada en parte o asentada] se dan las manos con morosidad, sobre todo entre los tuaregs. Así lo vimos repetidas veces. Muchos de estos muchachos parecen homosexuales atenuados: Se abrazan y se dan la mejilla en estrechamientos y contactos prolongados. Visten de azul y sus miradas son mansas aunque penetrantes. Sí, se abrazan; se dicen lo que sea, y se quedan así un ratito. Estos tuaregs llevan colgadas del pecho una suerte de tablitas, a guisa de escapulario que, según pudimos colegir, contienen mandamientos, preceptos y/o conceptos coránicos. Hay costumbre de andar cogidos de la mano, no sabemos si en señal de amistad, si de intercambio cordial de pareceres y consejos, o de todo ello junto. A mí me coge de la mano el que a última hora parece ser el que más manda de todos los presentados hasta entonces. Me toma de la mano dulcemente y me pasea mientras me explica en francés correcto y pausado las normas sobre aprovisionamiento de gas-oil...

Hay una casa o barraca misteriosa de donde salen y adonde entran tíos y tías. Bueno, por la cadencia oscilatoria, si leve, que parecen acompañar a sus desplazamientos mi corazón da pábulo a la improbable virtualidad de que allí pueda haber... mujeres. Sí, se puede

pensar que son también mujeres aunque van completamente cubiertas con mantos azules oscuros y son impenetrables. Claro que bien podría tratarse de otro de los típicos espejismos, de la esperada instancia desiderativa o ‘wishful thinking’ afectada a uno de los lugares más inhóspitos del planeta. Oteamos con los prismáticos desde el furgón, sobre todo Cirilo que se ha arrogado la función de vigía.

Más tipos. Un particular, transportista y negociante, hace una oferta a los alemanes por recoger su camión, por un precio alto pero razonable. Peter y Lorenz declinan, se niegan en redondo, porque no quieren gastar un céntimo. Disponen de todo el tiempo del mundo para esperar: ¡Exactamente lo contrario que nosotros! Saben que nos queremos ir; que nos tenemos que ir en cuanto traigan remolcado el camión. Y la situación se atiranta peligrosamente. El único que no pierde la compostura es el negrito Cirilo: Dicharachero y simpático está aprendiendo de mí a decirle a Paco chascarrillos en español, con los acentos de las palabras clave trabucados [“Señor Paco, Cirilo dice que tú mientes como un *górrino* o como un *bórrico*, etc.”] Seguimos pensando que todo el que no sea militar o se encasquete un uniforme caqui se muere de asco. ¿Qué come esta gente? Algunos están altos como espigas y para un canon de belleza distinto del nuestro, deben ser hasta guapos. Los chavalillos tienen una cara monísima. Llevan la cabeza rapada completamente, excepto una franja o tira de pelo en mitad de los sesos; o a un lado de la cabeza; o en cualquier otra posición que hace reír. Abundan los mechoncitos en la coronilla. Visten casi todos ellos unos míseros delantales o sacos de color pardo o azul. Son los hombres azules del desierto. Sus ojos también son azules. Su mirada, triste y resignada.

Los jefecillos militares se encaprichan de todo. Uno de ellos se invita a quedarse con uno de los palos/bates de béisbol/base-ball, a cambio de un botecito de jugo de tomate que nos da. ¿Y quién se puede negar... a lo que sea, si estamos en sus manos? Ya empieza a entrar en danza la palabra francesa ‘cadeau’. Para salir del paso Gallito promete mandar al mismo hombrecillo un chorizo de mecha igual que la que lleva él en su mechero contra el viento. Y más

promesas y regalos se van apuntando en el libro verde, ese libro en que se apuntan todas las cosas que no se realizan nunca.

Tiempo perdido. Nos consumimos esperando. Nuestro tiempo de viaje se ha quemado desdichadamente y ya no se puede pensar más que en llegar a Niamey, ... ¡y volver en avión! Para matar el tiempo Paco cura a un borrico y se dispone a castrar a un dromedario. Se regalan medicinas a mantas. Se han corrido las voces de que hay un veterinario-curandero, y los tuaregs vienen a nosotros a contarnos sus males y los de sus mujeres. El martes 15 llega un grupo de franceses... y se largan al día siguiente. Y nosotros, desgraciados, nos quedamos. Harto de contemplaciones, recojo los pasaportes de los tres por si hay que salir pitando en un momento dado.

Siroco. El jueves 17, y después de muchas parlamentaciones y presiones, sale el camión de los argelinos del fuerte en busca del M.A.N. Paco se va con ellos y quedamos solos Gallito y yo [el moro anda por ahí, supongo que con sus correligionarios]. Ese mismo día se desencadena un siroco espantoso que dura cuatro horas. Hacemos fotografías del mismo como si fuera una película, ya que el tomavistas, al cuidado de Gallito, no parece estar en orden, pues al terminar el primer carrete y destaparlo se quedó todo hecho un churro y hay que prescindir de él. Otra víctima.

¿Qué es el siroco? El siroco, llamado *simún* en otros parajes africanos, suele venir precedido, a modo de heraldo, por una tenue llovizna y un suave vientecillo que todavía no transporta arena. En esos momentos preliminares nos medio desnudamos y nos exponemos a esa agua bendita y natural que es el más caro de los regalos. Pero pronto comienza la verdadera acción. A lo lejos, en el horizonte, se ve formarse una nube redonda, rodante, cenicienta primero y rojiza después, y que, avanzando demoledoramente, lanza cada vez más cantidad de arena. Lo único bueno es que se puede uno preparar contra el peligro. Los viejos del lugar miran un segundo pensativos a lo ancho y a lo largo y parecen conocer bien toda la dimensión del asunto. Los dromedarios dan la espalda al viento y se reúnen en grupitos. Los tuaregs se cubren aún más la cara de forma que ya ni

siquiera ven. El siroco ya está aquí. Nos hemos confiado algo y tenemos el tiempo justo para guardar todas las cosas, cerrar el furgón y meternos dentro. Ya no podemos ponerle de espaldas al viento y pensando en las amenazas que nos han anticipado tememos que la arena nos esmerile el parabrisas y cualquier superficie de cristal que encuentre a su paso. Venimos precavidos con dos botes de kilo de vaselina sólida pero no hay tiempo de recubrir los cristales. Dentro del furgón, arrojados en las sábanas, cubiertas las cabezas con toallas húmedas y hundidos hacia los rincones más protegidos sentimos la furia del viento que bambolea el furgón y amenaza volcarlo. El calor es sofocante. La bola de viento ígneo lo envuelve todo y en ese vaho candente pensamos que se puede hacer un guiso. No podemos respirar. Tapados como estamos, notamos que nuestras bocas mastican arena y que los dibujos de nuestras orejas están también llenos de lo mismo. Hay que resistir encerrados, asidos a ese tablón cada vez más inseguro de la esperanza. Y así cuatro horas, cuatro largas, interminables horas durante las que estuvimos sumidos en la más penosa de las oscuridades. Nuestra sed no tuvo límites. Nuestra miseria y nuestro asco, tampoco. Al terminar la ofensiva del viento el contorno había cambiado de aspecto: Montones de arena, como pequeñas dunitas, donde estaba llano; superficies lisas, peladas por el viento, donde antes había montículos de basura. Por suerte el furgón ha resistido aunque está todo perdido de arena, desde el salpicadero hasta nuestros relojes de pulsera; desde la caja de los alimentos hasta las paredes de goma espuma protectora...

Escapada. A eso de las 7:00 am. del viernes 18 llega el equipo de rescate remolcando el camión de los alemanes. Se acabaron las contemplaciones y no hay tiempo que perder. Estos tíos nos han terminado de fastidiar el viaje. Lo único que queda es no hundirnos del todo. Lo que tardamos en recuperar nuestras cosas, pagarles el gas-oil que acordamos [ahora a más del doble del precio convenido en un principio], despedirnos fríamente de ellos y devolver a los argelinos otros 30 litros que nos habían prestado, es lo que tardamos en salir de allí, hacia Tessalit, ya en el estado de Malí.

Recuento. He dicho que estamos en el viernes 18 de julio por la mañana. Digo que con los ocho días perdidos funestamente entre Adrar y Bordj Moktar, y los otros tres empleados en monear en Ceuta y Béchar, las posibilidades de llegar siquiera a Niamey quedan muy reducidas. Lo que no he dicho aún es que estos fueron los cuatro peores días, con mucho, de todo el viaje; que la alianza con los alemanes resultó ser perjudicial y fastidiosa: Indicios de diversa naturaleza y cabos que se iban soldando nos llevaron a la imparable evidencia de que se trataba de una organización de mercenarios dedicada a hacer llegar vehículos de segunda mano [y de dudosísima procedencia] a países subdesarrollados de Africa, y venderlos allí. Los tales Peter y Lorenz eran los transportistas fácticos de dichas mercancías, los ejecutores materiales de dicho tráfico...

Nos encontrábamos solos otra vez, teniendo por delante de nosotros la ruta de agua, fango y mosquitos. Desde la salida de Adrar yo llevaba casi nueve días sin comer bocado...

Malí. Penetramos en Malí. Cambia algo el paisaje. Decimos adiós a Argelia... ¿para siempre? En Tessalit pasamos otro puesto de policía y otro de aduana. Nos parece que estos negritos son un poco más negros y más cordiales. No traíamos, naturalmente, visado para este país y esperábamos que no hubiera pegas, como así ha sido. La única oficina diplomática que debe atender los asuntos españoles para todas estas naciones de la antigua Africa Occidental francesa está en Abidjan, capital de Costa de Marfil. También de Argelia a Malí el vestido cambia en la misma proporción en que se aprecia de Marruecos a Argelia. En Marruecos parece que las chilabas son más espesas, más de color pardo y más de lana. En Argelia las túnicas se emblanquecen y se ensanchan los pantalones, se les da un bombeo fenomenal. En Malí, sin embargo, se estila una especie de camisones para los hombres, muy vistosos, hechos como de colcha o de forros de colchones de colorines. Según la dignidad del portador, más vuelo y abertura parecen tener las casullas éstas. Hemos dicho que la frontera de Tessalit es algo artificial a unos cien kilómetros del espacio divisorio natural que se pasa sin tener conciencia de ello, por un

terreno aparentemente de nadie.

Malí es un país filocomunista, filial de los chinos. Nos enteramos más tarde de que casi todos los coches son de marca rusa. Se emplea mucho un tipo de todoterreno, 'Yax', algo entre el Jeep y el Land Rover, duro y potente. Los tíos son aquí negros, negros. Hay miseria a montones. La gente es inofensiva, aunque pedigüeña. Manadas de chiquillos y grandes acosan al vehículo cuando nos paramos para cualquier cosilla. Las enfermedades de ojos, observa Paco, están a la orden del día. Tallos larguiruchos y flacos. Las mujeres se visten con una túnica ceñida. Parece que aquí nadie hace nada. Lo mismo que en Argelia, aquí sólo viven los fulanos que llevan uniforme. Los demás se arrastran en la podredumbre y en la indigencia más desconsoladora.

Desde Bordj Moktar hasta Gao vivimos una pesadilla intentando encontrar algo medianamente apetecible para comer: Tessalit, nada; Aguelhoc, nada; Anefis, nada; Tabankort, tampoco... Bourem, indicios pero... ¡nada! En Bourem, ya junto al río Níger, el pueblo entero pareció que nos rodeaba. Las muchachas son bellísimas y erguidas, palmeras apretadas y morenas.

Agua y barro. Hace su aparición la plaga del agua. Es muy sencillo: De pronto, como ya dije, se encuentra uno el camino cortado por un charco inmenso de cientos de metros de extensión. En teoría, en los peores casos, habría que esperar varios días hasta que el agua bajase. En los casos normales hay que apearse y acometer una prospección por el lado que se establezca como más conveniente. Lo menos peligroso es meterse por mitad del charco, y así lo hacemos. A veces el agua alcanza hasta el estribo del furgón. Ya nos hemos quedado embarrados cinco veces teniendo que pisar fondos desconocidos, el agua hasta la espinilla, y temiendo que cualquier bicho nos ataque. Si antes era calor seco y arena, ahora es agua, barro y calor húmedo. Cualquiera de las dos cosas es poco recomendable. Por estas latitudes ya hay fieras y animalejos grandes. Hemos visto gacelas, chacales, y un jabalí temeroso y gigantesco; además de una gran cantidad de pajarería y aves: Buitres, tórtolas, otras aves de

rapiña diversas, palomas, garzas, acaso ibis... El camino es infernal, plagado de piedras y desniveles. Estamos seguros de que si uno se desviase unos cuantos kilómetros a uno u otro lado de la ruta aparecería una fauna respetable y sorprendente. Algunos mapas pictóricos señalizan el tipo de fauna por este curso medio del Níger. Nuestro destino es Gao. El hambre nos hace correr. En Bourem ya dejé dicho que alcanzamos el Níger. Hoy es día 19. Hay que avanzar. Hay que llegar a Gao. Hay que comer y dormir. La promesa de una ducha, una mesa y una cama nos espolea. No comemos ahora. No hay tiempo más que de avanzar, febriles, ciegos, enloquecidos...

Atasco. Y de pronto, ya de noche, a treinta y cinco kilómetros de Gao tan sólo, sufrimos el atasco en arena húmeda más difícil de todo el viaje: La transmisión se ha metido; las ruedas están clavadas; el furgón parece tener toda la panza reposando en la tierra. Dudamos muy firmemente de la justicia y de la proporción divinas. Es demasiado. Gallito y yo nos tumbamos en el suelo y no podemos hacer nada. El moro Salí [que ha preferido venir con nosotros, más tolerantes, y separarse de los alemanes, más déspotas] se pone cargante y le amenazamos con romperle algo de hierro en la cabeza. Paco hace el trabajo y al final le ayudamos. Su fuerza física y su entusiasmo nos salvan en esta ocasión. Son dos horas de esfuerzos sobrehumanos. Ya no somos hombres sino espectros, por lo menos, yo. Ya no andamos sino que nos dejamos llevar. Estamos vencidos, físicamente destrozados. De verdad que es demasiado. La lucha es cruenta. La naturaleza puede mucho contra una furgoneta y tres hombres inexpertos [el moro aquí no cuenta, sino todo lo contrario, porque lo único que hace es sacarnos de quicio con sus rezos y pamemas]. Si malo es el esfuerzo físico, peor es la tensión continua de temer que el vehículo se pueda quedar tirado de un momento a otro, y esperar ese momento lo mismo que el condenado espera los postreros minutos que le quedan de vida... Después de varios tirones angustiosos, de los que parece depender nuestra integridad, sale el vehículo en marcha...

Reflexiones. El remover la arena de debajo del furgón, a

oscuras ya, con la débil ayuda de las linternas, alguna ya también sin pila, y usando las manos y las palas, es una labor que no se la deseo ni a mi peor enemigo. Los atascos en la tierra seca, mezcla de arena y piedra, del desierto-desierto y los de esta zona más húmeda en barro o suelo mojado, son los verdaderos enemigos naturales del viaje. La amenaza de picadura de escorpión en el Sahara es, como todas las amenazas, mucho más terrible que el golpe. Sin duda que hay escorpiones y víboras, y sin duda que hay víctimas de unos y otras. Pero la realidad es que sin separarse de la ruta que mal o bien se ofrece y está en cierta manera trazada, es difícil encontrar bichos así. En una de las veces en que precisamente a mí me tocó tirar de pala, ya en territorio maliense, para superar un atasco, apareció un escorpión mansurriente y más bien pequeño, un *butus africanus*, que no puso objeción a que lo segara en tres pedazos mediante dos certeros golpes de pala. La colección de pomadas y ungüentos contra el sol y la sombra, contra los insectos y contra las alergias, contra las improbabilísimas afecciones venéreas, etc. no tienen más uso que el normal. Nosotros transportábamos dos canastas a rebosar de medicamentos que permitieron a Paco –apercibidos los nativos de su profesión de veterinario– ejercer extensísimamente la medicina intrusista: Regalamos fármacos para los nervios y para el dolor de cabeza; para el estreñimiento y para la diarrea; para una serie diversa de pupas cutáneas, y para el estómago; para la tos y para los ojos; para abrir las ganas de comer y para que un tío dejara de estornudar. Paco ha operado tanto a personas (en Adrar) como a animales (Bordj Moktar); ha impartido y repartido consejos sanitarios; ha distribuido pastillas de cualquier clase y de sabor agradable que no podían perjudicar. Si algo ha estado cubierto con largueza en nuestro viaje, ello ha sido la asistencia sanitaria. Paco se ha encargado, con un celo difícil de igualar, de administrarnos el Resochin anti-palúdico y anti... lo que fuere; y las vitaminas C y A, según las necesidades y el stock. Paco le aplicó una magnífica banderilla cargada de antibióticos a Gallito cuando éste se puso malucho. Paco se ha llevado unos completísimos repertorios-vademecums de medicina de urgencia, y de

sintomatología-etilogía, y allá en las quiebras de noche y día; en los ratos perdidos de modorra o de recostamiento contra lo que primero pillara uno, Paco se ha repasado pacientemente las columnas apretadas del recetario y nos ha tranquilizado respecto de cualquier duda o desazón. Yo diría que la mejor forma de ahorrar botiquín es salir en óptimo estado: Pelo al rape si es posible; boca y pies revisados... Paco me ha quemado muchas veces la sangre con sus obstinaciones y sus bestialidades, pero...

Cerca de Gao. Sí, se ven las luces. Tiene que ser Gao, por fin. No sabemos qué es mejor, si hacernos ilusiones de que efectivamente aquí acaba una etapa de viaje, recordable durante toda nuestra vida por larga que pueda ser; o hacernos a la idea de que esto no se acaba nunca, y así evitar la dolorosa caída en el desengaño. Por detrás, todavía nos amenaza la sombra moviente del desierto. Desde Adrar hasta Gao no hemos comprado nada de nada; no hemos encontrado una mínima dulzura, un pequeño oasis. Y hemos invertido diez días, diez días inolvidables aun para la memoria más mellada de mi alma. Diez días en que según mi aspecto y mis cálculos he perdido cerca de diez kilos. Diez días, los más trabajosos de mi vida; los más grandiosos y los más miserables, palabra de honor; los más cercanos a la negación de la condición humana... Más luces, más luces. Es sábado 19 y me parece que llevo viviendo una eternidad.

Entrada en Gao. Hotel 'Atlantide'. Es sábado por la noche, ya muy tarde, y hacemos la entrada en Gao, la sexta ciudad de Malí. Penetramos, preguntamos y nos conducen al Hotel 'Atlantide', el mejor de los dos que hay. Oímos música de orquesta y al pasar por la terraza en busca del aparcamiento vemos que hay un bailoteo muy prometedor. ¡Oh, my God, my God... ¡, esto es un cambio. Esto es vibrante y tonificador, pero temo que encierre demasiado lirismo para mi ánimo maltrecho. Sé que voy a tener que dejar pasar esta ráfaga de vida por estar más cerca de la muerte, de la muerte por cansancio y hambre; de la muerte por debilidad y desgana de cosas bellas. La música interpreta en este momento "El manisero" y mi memoria, acuciada y gemebunda, recorre, dolorida, un rosario de nombres, de

ciudades y países, y se deja arrastrar, inerme, en un vértigo de abandono. En el patio donde estacionamos vemos los coches de los franceses, excepto el de la pareja joven, que se ha quedado tirado por el camino, y al que nosotros requisamos varias cosas para entregárselas aquí y ahora, y evitar tentaciones de pillaje. Esto es una carrera de etapas en la que unas veces adelantan unos, y otras veces, otros. Sigue la melodía perceptible y mi sangre arrebolada. Nos lanzamos del furgón, arrastramos los bártulos más imprescindibles, cogemos dos habitaciones [Paco-Salí / Gallito y yo] y nos metemos debajo de la ducha. Por allí dentro hay bichos: Un lagarto [de los que se verían frecuentemente por el patio: Grande y verdeamarillento] y algunas cucarachas. Las camas están provistas de unos tupidos mosquiteros, como de tela de saco. Hay un ventilador que gira tontamente. Dejamos abierta la puerta de la habitación para que haga corriente. Hay agua en cantidad y muy poco formalismo: Se coge uno mismo la llave de la habitación y se sirve directamente sin más intermediarios. La barba de cuatro días cae al filo de una segada sin piedad. Los dientes quedan pulidos. La cabeza se enjabona de champú. Me pongo unos pantalones que se me deslizan limpiamente estómago abajo, y me los apuntalo con las trabillas primero, y con la correa después. Repito que he debido de perder unos diez kilos.

La cena. Salimos a cenar y vemos a los franceses. Palabras de parabién y de cortesía. El hambre nuestra es más que física; es un hambre mental, citoplasmática; es un hambre de locura, nunca vista por aquella buena gente que no puede disimular su pasmo. Es un hambre que exige no paladear las cosas sino rellenar los espacios vacíos de la carencia anterior. Hambre, hambre. Pedimos una botella de vino tinto y me siento inseguro, beodo al primer trago. La típica caída en estómago vacío. Nos dan una ensalada de primero y unos trozos de pollo de segundo. Pero nosotros pedimos más, más. Devoramos tres o cuatro cestillos de pan, y al terminar de comer la pera en dulce que nos dan de postre y comprobar que... se ha acabado todo, calculamos la intensidad del hambre nuestra. De buena gana empezaríamos por el primer plato otra vez. Pedimos, suplicamos algo

más de comer..., cualquier cosa que se acompañe con pan..., y como algo excepcional [el comedor estaba ya cerrado a esas horas y la cocina no operaba tampoco] nos sacan dos latas de sardinas en aceite que engullimos también. Los franceses, pasmados. Los nativos, mucho más. Creo que la irrupción, el aspecto y la cena de tres españoles hambrientos se recordará durante mucho tiempo en el Hotel ‘Atlantide’.

Desfase. Algo más repuestos, pasamos a la terraza, en plan de conquistadores. El pícaro de Gallito ha desempolvado una camisa de cuadros, tipo mantel, que es una monada. Los demás hemos venido de trapillo. El pantalón más viejo que tengo en casa está aquí haciendo funciones de traje de luces. Y de Paco, no digamos. Música. Baile. Risas. Contacto con las nativas. Bella, bella y beoda es la vida. Pero el cansancio que parece empapar nuestros huesos, que parece hincarnos hacia dentro, no nos permite ser normales –¡ay!– y nos vamos a la cama como tres párvulos.

Domingo 20 de julio. Desayuno. Nos levantamos hambrientos. El despliegue alimenticio que tienen los franceses en su mesa [café, pan, mantequilla, tostadas, mermelada, etc.] lo consideramos insuficiente, y además de grandes cantidades de agua fría con hielo, pedimos seis huevos fritos, dos para cada uno. Por feliz circunstancia los seis huevos fritos nos los presentan juntos en un solo plato, soldados los unos a los otros y formando una unidad de seis miembros. Ni que decir tiene que cada uno de nosotros tres pidió esa especialidad. Así que podríamos decir que desayunamos bien casi por equivocación. Por hacer nuestras demandas de sal, pan, agua y varios demasiado frecuentes y enérgicas, nos tuvieron que llamar al orden. Con la mentalidad curiosa de esta gente, poco acostumbrada a ver tales especies de energúmenos comilones, hay que operar ladinamente, haciendo la cuenta de la vieja; o sea, pedir cada miembro del grupo su plato por separado, aunque sea idéntico al de los otros. Si se pide una tortilla de seis huevos al mismo tiempo para cada uno de los tres, te traen una tortilla de seis huevos para los tres, y ya es muy difícil hacerles entender otra cosa. Bien aprendimos nosotros esa

lección. Una vez más los tres españoles sorprendimos con nuestro apetito desmedido a la ingenua gente aquella que no sabía con qué clase de personajes estaban tratando.

La ciudad y sus habitantes. Echamos un vistazo al mercado: No tienen más que chucherías resacas que huelen a antiguo, y a extraño, y a infecto. Alguna tienda vende zumos como de pera, producidos en Malí, a unas treinta pesetas el bote de medio litro; y leche en polvo, importada de la China continental. En Gao empezamos a observar que la gente –mujeres, sobre todo– van chupando, arañando un palito, jugando y hurgándose con él la boca; luego escupen una salivilla larga y duchadora por entre los dientes con la mar de gracia. Lo de limpiarse los dientes así nos llamó la atención. Al principio creímos que se trataba de algo como nuestro palodulce. Luego determinamos que no era más que una varita de raíz de árbol con la que, por lo visto, se deben de fortalecer las encías. Las chavalas sonríen con bastante expansión.

Desde que se levanta uno se ve la calle llena de haraganes y paseantes morosos. Queremos salir esa misma tarde del domingo, y el moro nos informa de que hay que pasar el tamiz de la Policía-Aduana otra vez. Esto es agotador y abusivo. Vamos allá y se pone feo el asunto porque era domingo por la tarde, ya digo, y el que tiene que firmar o sellar... pues no está. Por preguntar algo, desentierran la cuestión de que no tenemos visado. Les decimos que Malí, que sepamos, no tiene representación diplomática directa con España. Nos dicen que lo podíamos haber gestionado en Argel. Les decimos que se vayan a la... Nos callamos y no pasa la cosa de ahí. El gerente de nuestro hotel, hombre ecuánime y reconocido, nos acompaña a la oficina de estos personajillos y conseguimos que nos hagan caso. Los malienses, igual que los argelinos [y suponemos que todos estos nuevos territorios desglosados e independizados de lo que era la antigua Africa Occidental francesa], están en pañales. Los más sagaces y listillos mantienen un remedo de lo que pudo haber sido la administración anterior colonial. En esta oficina de Policía no tenían impresos confeccionados y había que improvisar un modelo, con los

datos de rigor y rutina. Causaba risa ver el celo del funcionario [un negrito enfundado en su uniforme verdeoscuro] porque colocáramos bien los conceptos que se exponían en el documento, sin saltarnos ningún detalle. Había que consignar el nombre de pila del padre y de la madre, amén de otras puerilidades. Baste decir que Paco no se hallaba presente en ese momento y yo le confeccioné el informe inventándome lo que me dio la gana. Esta gente parecen niños con un juguete demasiado nuevo y demasiado complicado que no saben usar todavía: La independencia. Es un típico ‘quiero y no puedo’. Y sigue siendo elocuente comprobar que en todas estas comunidades negroides, con o sin autodeterminación, son un puñadito de blancos los que llevan la batuta.

Nos vamos. Me lavan una toalla y una camisa en el Hotel. Pago la cuenta de todo. Reponemos agua. Gallito y el moro se enredan en una pequeñísima revisión mecánica de no sé qué, calculada para diez minutos, ¡y se entretienen tres horas y media...! Ya se nos ha medio reventado otra buena parte de jornada. Ya es de noche. De todas formas hay que salir aunque sea para acampar a pocos kilómetros de Gao. Hasta ahora el furgón ha marchado bien con la única pequeña excepción del gripazo de la dinamo en un banco de arena del Tanezrouft. Nos despedimos de los franceses hasta... Niamey. Nos felicitan por nuestra prisa y nuestra actividad. ¡Adiós, Gao... adiós...!

Avería. Es lunes 21 de julio ya. A unos 50 kilómetros de Gao, junto al pueblecito de Gargouna, el furgón deja de responder al acelerador y se para, conducido mansamente por Gallito hacia un lado del camino. Se comienza por lo más sencillo: Mirar los filtros del gas-oil. Nada. Luego, purgar los inyectores a conciencia, por si fuera un fallo en el paso del carburante. Nada. Después se desmontan los conductos de salida del depósito, por si estuvieran sucios. Tampoco. Se vuelven a revisar filtros, inyectores, pasos, tuercas, purgadores, etc. Nada. Todo ello en dos horas de manipulaciones. La avería desde luego es grave, sin saber lo que es. La avería es inoportuna, a sólo 400 kilómetros de Niamey. La mala suerte ha vaciado su alforja sobre

nosotros. Ha sido tarde, pero lo suficientemente a tiempo como para hacernos polvo. Seguimos mirando y elucubrando. Sacamos hasta el libro de instrucciones. Nada. La avería es grave; por lo menos, fuera de nuestra competencia. Pasa una hora más: Son ya tres de intentos y búsquedas [de acuerdo: Quedamos en que el tiempo no parece contar en Africa]. Pasa un ‘Yax’ ruso, con un negrito de conductor, y un par de secuaces más, y detienen su vehículo para echarnos una mano. El dictamen no puede ser peor: ¡¡Parece que es la bomba de inyección del gas-oil lo que está fuera de combate... !! En el típico cambio de impresiones que sigue me puedo enterar de que tal aparato es el mismísimo corazón del coche; que aquí en Africa, dondequiera que pueda encontrarse, cuesta unas veinte mil pesetas..., y lo más importante de todo..., que no llevamos repuesto. El mandria de Gallito, responsable del aspecto técnico del vehículo, ha bajado la guardia... mejor, ha ‘pasado’ de preocuparse de algo tan esencial, y he aquí el resultado. Nunca en tan poco tiempo se han aprendido tantas cosas relativas a un motor de gas-oil como aprendí yo. La avería –repito– es grave, sin solución. ¿Qué se hace? Las decisiones, cualquiera que se tome, son costosas y drásticas por perentoria necesidad. Hay que elegir entre llamar a un mecánico de Gao, [supuesto especialista en este tipo de motores], llevarlo al lugar del crimen para que dictamine definitivamente y diga si lo puede arreglar. Nos dice el negrito que su patrón o jefe es un buen mecánico, el único que hay en Gao que entienda de bombas de inyección de gas-oil. Podemos ir uno de nosotros con él hasta Gao, buscarle y volver con él al furgón. Todo esto, dicho así de corrido, ocupa un par de líneas. En mi cabeza, sin embargo, ocupó una cadena de desastres que, aun sin haber todavía ocurrido, poco trabajo me costó anticipar. [Y como comprobará el lector, si tiene algo de paciencia, no me equivoqué ni en una micra]. La otra solución, por la que yo vehementemente abogaba, era abandonar allí mismo el furgón; mejor dicho, quemarlo, aprovechando las cosas de valor que pudiéramos salvar y llevar en las manos; y marcharnos hasta Niamey con algún autobús o camión grande que hiciera la ruta. Pero... ¿Para qué desvariar con planes tan

descabellados? –me dicen mis compañeros–. Claro, hombre. Sepamos lo que dice el mecánico de Gao y luego ya veremos. Acordamos que Gallito se vaya con los muchachos estos del ‘Yax’, y que Paco y yo esperemos...

Sólo fueron seis horas justas, hasta las cinco y pico de la tarde, lo que esperamos. Mi cuerpo, sobre la manta mía doblada y debajo del furgón fue escurriéndose del sol penosamente. Y allí, teniendo por cielo las tripas metálicas de nuestro Rocinante, estudié concienzudamente los mecanismos de aquel armazón de chapa y hierro que nos había transportado por rutas tan singulares. Seis horas de espera sin tener nada que hacer, más que contemplar cómo la maza del sol le quiere a uno asestar el golpe de gracia; seis horas pendientes de la pura casualidad; de que los astros o el imprevisible azar le puedan a uno hacer una jugarreta y hundirle en una situación sin tiempo y sin horizonte; seis horas en que no se puede perpetrar nada más frívolo que llamar al tiempo más aprisa, y pasar a través de él, y transportarse uno mismo al futuro, sin dejar huella en el presente. En seis horas de espera en el corazón de Africa, solo y desconocido, con recursos aleatorios, os digo, amigos míos, que hay tiempo de volverse uno loco.

Viene Gallito con el chófer de antes y su patrón. Se ponen manos a la obra y el diagnóstico definitivo es que la bomba de inyección del gasoil se ha gripado, se ha roto, desreglado, o lo que sea –¿Qué más da?– y ha quedado inservible. Por lo visto la falta total de engrase ha acarreado el desastre. ¿La impericia consabida de quienes hicieron la revisión de nuestro vehículo en Madrid; los elementos drásticos que pudieron aflojar uno de los tornillos del bloque de la bomba y por allí pudiera haberse ido el aceite, o la falta de cuidado nuestro al no ocurrírsele a Gallito mirar tan vital parte? ¡Bah!, ¿Qué más da? Aquello parecía no haber oído el aceite desde nunca, desde que el furgón salió de la nave de fabricación. Seco, seco, seco. Gripazo de los que hacen historia. Y todo por no engrasar o lubricar a tiempo un chisme más, con la cantidad de tonterías que se hicieron.

Estamos como estábamos hace siete horas, sólo que sin ese

tiempo precioso y sin -¡ojo, ténganse todos!- 8.400 (OCHO MIL CUATROCIENTAS) pesetas, precio en el que Gallito se ha avenido a ajustar el trabajo de un mascachapas por acercarse al lugar del siniestro y diagnosticar en media hora lo que estaba ya bien sabido: Que el furgón acababa de terminar para siempre...

Aquí podría dar por finiquitada la narración de nuestro viaje original, el que habíamos comenzado conforme a unas directrices hacía 21 días en Torrejón de Ardoz. Lo que sigue es... otra cosa, una de las muchas cosas que pueden ocurrir en Africa donde las coordenadas espacio-temporales tienen muy poco que ver con el valor que nosotros, los europeos, les asignábamos en nuestros respectivos lugares de procedencia. Una vez más, siempre una vez más fui débil, complaciente, rayano en la ascesis de un desprendimiento y de una capacidad de cesión y renuncia más propio de lo angélico que de lo humano. Cronista, al fin, de la aventura me preparé a que mi relato incorporara experiencias imposibles de concebir de no haber tomado los acontecimientos un cariz tan distinto. Mi única compensación es la que yo quisiera atribuirme por relatar la secuencia disparatada e interesante [otro viaje, ya lo dije] de sucesos. La diferencia fáctica y contable radicaría entre despilfarrar insensatamente un dineral intentando devolver la vida a un cadáver de furgón con la muy problemática virtualidad de venderlo en Niamey; y olvidarnos del furgón, emplear todo nuestro dinero en hacer turismo con los nativos mientras llegábamos a Niamey y una vez allí, descansar en un buen Hotel y pagarnos los pasajes aéreos de regreso, ya que *en cualquier caso*, obsérvese que lo subrayo, *en cualquier caso*, ¡¡no había tiempo ya de nada más!! [Todo lo cual, quiero decir, el cúmulo de irregularidades generadas por la reparación y posterior venta del furgón, los abultados desajustes entre gastos de reparación e ingresos como resultado de dicha venta... desembocaron en un enconado extrañamiento entre nosotros, mantenido hasta el día de la fecha, substanciado y apuntalado por un divertido, astracanadesco y costoso pleito que duró... ¡sólo trece años!]. Bien. Eso fue ni más ni menos lo que tuvo su primer instante de gestación en aquella obligación de

decidirse entre ponernos a merced de tanto negro gandul e inescrupuloso por querer reparar lo irreparable, o habernos dejado allí en Africa, por las buenas y en primera instancia, lo que de todas formas tuvimos que dejarnos por las malas a trancas y a barrancas.

De mal en peor. Las peripecias que siguen son, más que espeluznantes, graciosas de referir. No se concibe cómo se puede caer en tantas manos miserables e incompetentes en cuestión de un par de días. Bien apercebidos estábamos de que esta gente tiene montado un como anti-turismo que consiste en lanzarse como chacales de rapiña sobre los coches escacharrados de los viajeros, los cuales tienen que abandonarlos y salir pitando a casa en el primer avión disponible. No todo el mundo va al desierto en tanque, ni en vehículos blindados o preparados para un trato a base de golpes, choques, baches, atascos y molinillos constantes de arena que taladran la chapa y esmerilan hasta el corazón del que va dentro. Sí, hay una especie de leyenda sobre los turistas aventureros que se ven forzados a abandonar todo por cuatro perras gordas y se largan en avión. Y uno cuenta ya con que esto ocurra; es algo con cierta tradición y en vías de quedar fijado en normas de costumbre...

Y ésta es la serie de martingalas que nos expone el mecánico. Desde ofrecerse a arreglar (¿?) el coche por una barbaridad de dinero, [cosa muy improbable y, además, en un plazo tendiendo a infinito], a comprárnoslo por menos del valor de una botella de butano de las que llevamos, hay una colección de proposiciones inaceptables que nosotros desestimamos cortésmente. ¿Qué hacer? Estamos como antes, sólo que con siete horas y media menos también; amén de un empacho de bellaquerías marrulleras..., y más hambre, y más cansancio... y peor humor. La elección se hace ahora aún más heroica: O dejar el furgón allí mismo sin más contemplaciones y quemarlo –visto el dictamen del técnico y el costo de esa modestísima indagación de diagnóstico– o llegar a toda costa a Niamey con el furgón, como sea. Yo me pronuncio entusiásticamente por lo primero. Tengo suficiente conocimiento e imaginación para sospechar lo que nos espera, lo que esos 400 kilómetros últimos van a suponer. Los

trucos de Africa son habas contadas: Se trata de no caer en uno de ellos, y si se ha caído, no repetir. Mi corta experiencia me ha enseñado que a los negros hay que tratarlos con energía y determinación desde un principio. Son una raza blanda con poca confianza en sí mismos, por muchos Estados nuevos que vayan surgiendo y muchas mandangas de índole parecida.

Pesadilla. A veces creo que las pesadillas tienen un cuerpo, consistente en varios niveles reversibles, descapotables y reemplazables, y que van dando forma a la conciencia de cada momento que le toca a uno soportar. Y esto va tomando envergadura de pesadilla. Luchamos contra el tiempo y contra la horrible estulticia de una gente a la que habría que engañar para no ser engañados. Su pereza es ejemplar. Prometen y se les ablanda la promesa a mitad del cumplimiento.

Decisión. ¿Qué hacer? Descartada la sugerencia de que el mecánico se lleve la bomba a Niamey, la arregle allí [o no la arregle], y nos la traiga, me allano [mediante todo el proceso espiritual intensísimo de renuncia que dejé esbozado anteriormente]..., acepto, digo, el parecer de Paco y de Gallito de llegar con el furgón a Niamey, arreglarlo allí, venderlo allí, y regresar en avión. Me aplico a dicho plan y no doy cabida a más maldiciones sino a sacar adelante nuestro propósito. Hay que volver todos a Gao para regresar al día siguiente. Concertamos el precio del remolque: Una barbaridad. Modo de remolcarlo: Con el mismo todoterreno 'Yax', propiedad, al parecer, del mecánico, y una vez puesto a punto, y una vez que nos hagamos en Gao con una barra de remolque, con enganche atrás y delante. Tenemos nuestras dudas sobre la potencia del jeep ruso. Pero ése es el plan y hay que seguirlo. Dejamos el furgón junto a un caserío y damos una propina a un buen hombre por su custodia. Esa misma noche, a eso de las 21:30 pm. hacemos la segunda entrada en Gao, esta vez desde el sur. En el 'Atlantide' ya nos conocen. Los franceses nos ven llegar y se compadecen...

Salimos de nuevo de Gao. Y llega el día siguiente 22 de julio, martes. Hemos quedado con Mr. Bocoum [ahora y no antes nos

enteramos del nombre de este personajillo, mecánico, transportista y negociante] para satisfacerle la mitad del precio en el Banco. La otra mitad se pagaría a la llegada, en Niamey. Y quedamos también en que a las 10:00 am. se sale [digamos para orientación del lector que el moro Salí se ha separado de nosotros en el lugar de la avería; tiene prisa, quiere hacer el recorrido en algún camión de transporte, y a nosotros nos parece bien, sobre todo porque a última hora se ha estado poniendo insoportable. Días más tarde nos lo encontraríamos en Niamey].

A las 10:00 am. no se sale, ni a las 11:00 am. Se sale a las 12:30 am. después de tener que ir a buscar a Mr. Bocoum y de acuciar a su chófer y colaborador, el negrito sonriente e informal. Cargamos con el tubo-barra de remolque, recogemos las cosas del hotel y salimos de Gao por vez definitiva.

De camino. En el ‘Yax’ vamos cinco: El chófer y yo, delante; Gallito, Paco y un ayudante, detrás, sujetando entre todos como podemos la barra enorme. El piso sigue accidentado: Agua y arena húmeda. El *chauffeur* es un cazurro indolente, y bastante bruto, además; sin tacto para la conducción. Lleva el vehículo de mala manera y se para donde quiere, en villorrios o chozas, a saludar a sus amistades: Una de ellas, mujer de buen talle y sonrisa fresca, nos da agua turbia en una especie de palangana de colorines. Beben todos menos yo. Y llegamos donde se ha quedado el furgón. El enganche de la barra es laborioso. Decidimos hacerlo con un buen manajo de cuerda al eje delantero del furgón, que sostiene las ruedas. No parece haber sitio más sólido.

Remolcados. Arrancamos. Me pongo al volante y otra lucha de nervios comienza: Cada vez que el botarate del negrito acelera, el tirón violentísimo que pega amenaza con desgajar las entradas del coche. El remolcar así un vehículo es muy difícil. Al paso que vamos, y sin que ocurra nada anormal, vamos a tardar cuatro días por lo menos en salvar esos últimos 400 kilómetros... ¡Pero, no es posible! Nos hemos vuelto a atascar en un repecho de arena. Ahora se puede ver que el ‘jeep’ no marcha bien. Parece ir con tres cilindros

solamente. Probamos remolcar el furgón a distancia, usando nuestra cuerda. La partimos repetidas veces. Este atasco nos dura dos horas. Vamos de mal en peor. La gente de las casuchas de por allí nos ayuda, así, como para matar el aburrimiento... y sólo para pedirnos dinero a nosotros. Se nos pide dinero incansablemente. No importa haber pagado ya; no importa haber contratado un servicio completo. La técnica es pedir, pedir... Ahora bien ante una negativa rotunda esta gente no insiste. Llevamos una media de siete por hora desde el momento de instalar el remolque. El chófer no quiere trabajar. Se ha tomado este viaje como de vacaciones. Además, las recomendaciones o instancias de su jefe y patrón poco pesan ahora a distancia. Y ya tenemos una evidencia más: La de que así remolcados no llegaremos *nunca* a Niamey, porque es imposible de todo punto. Y ya nos ha costado media fortuna el servicio de transporte. La otra media habrá de pagarse en Niamey. Nuestras provisiones se han agotado. Queda un poco de café y de leche condensada, amén de algunos botes de algo que no nos gusta a nadie. El furgón está penoso: Los bidones de gas-oil que ahora van dentro, debajo de la cama, se han derramado algo y se ha puesto el suelo perdido. El aspecto interior de lo que hace unos días era primoroso, ahora es deplorable. Somos un ejército en retirada, que tenemos necesariamente que dar grima. [A la vista de lo que va ocurriendo en orquestación siempre creciente, quiero decir, en progresión geométrica de calamidades, valórese ahora aun por el más reticente mi criterio de habernos deshecho del furgón en el momento de la avería..., y se comprobará la rigurosa sensatez de dicha solución]. Pero hemos llegado a Ansongo y el negrito dice que no sigue más. Hay que hacer noche allí y ver qué nos trae el nuevo día.

Ansongo, miércoles 23. Estamos en la plazuela de Ansongo, un pueblo entre Gao y la frontera con Níger. La gente ha estado arremolinada alrededor de nosotros durante horas, pidiendo cigarrillos y chucherías. Si saca uno el bolígrafo, eso te piden. Si un bote de lo que sea, pues eso también. El río Níger está a la derecha, con poco caudal, con entradas de agua estancada y pútrida donde los pescadores y zascandiles hurgan y merodean. Lo mejor es no empezar a hablar

con los mirones, o está uno perdido. Hay que hacerse a la idea de esperar indefinidamente, pues el ‘jeep’ ruso no va bien. Se ha comprobado que falla un cilindro. Y nosotros, allí, en mitad del pueblo, acampados en la plazoleta, como máxima atracción. Nuestro chófer es un pinta. Propaga el bulo de que más adelante hay una inundación que hace el camino impracticable. Le decimos que es mejor esperar a orillas del charco, si es que es tan grande, que esperar a lo lejos... Definitivamente nos ha torpedeado...

Nos recomiendan un sitio para comer: Uno de esos ‘campaments’ o barracón pelado donde un buen hombre, cojo para más señas, prepara como puede un plato de algo... indefinido que es en lo que consiste cada comida. El agua se sigue bebiendo en palanganas y está turbia: Parece sacada de las partes menos infectas del río. Si la beben todos –pensamos– ¿por qué no nosotros? Un mecánico senegalés, enterado de nuestra existencia, aparece en escena y se ofrece para arreglar nuestra bomba de gas-oil. Le dejamos intentar y pese a sus buenos propósitos y a sus habilidades casi, casi taumatúrgicas en función de un juego de herramientas rústico que despliega allí, como si se tratara de arreglar un enchufe de luz casero..., el furgón no anda. Parece estar tocado de una enfermedad incurable.

Y sin embargo, Ansongo se nos hace irresistiblemente simpático. De todos los sitios, es donde con más corazón hemos congeniado. El esperpento del furgón va siendo ya normal allí. A todas horas tenemos el mismo ‘show’: Corrillos de chavales y de grandes que se agolpan para vernos efectuar las más consuetudinarias de las funciones. La cocina de gas butano les vuelve locos. Vernos lavar y cepillar los dientes les debe de producir pasmo, a tenor de cómo nos miran. Y no digamos el afeitarnos. Las necesidades gordas se hacen junto al río. Paco, por una propina pequeña, consigue que le den un paseo en una de esas barcas con forma de pez.

Vida social. Las chicas son francamente guapas. Iniciamos un escaqueo en las cortesías más corrientes y aprendemos frases de galanteo. En una simple reproducción fonética, de grafía aproximada,

“I neni ga bori” quiere decir “la señorita es bella”; “In ga bori” = “Tú eres bonita”; y “Ai ga bani” = “Te quiero”. El jugueteo con estas frases es encantador. Las jovencitas lo aceptan con evidente halago. En conversaciones ulteriores con algunos muchachos algo instruidos de la localidad, nos informan que es fácil y, sobre todo, aconsejable, emparejarse con una de aquellas chicas. Lo que a nosotros nos puede parecer chocante, allí tiene un fondo honrado, un substrato perfectamente moral. Por sorprendente que suene, entre esta gente no prospera el encuentro frívolo, el ligue repentino, o la conquista volandera. Aventura o no, con proyectos más o menos duraderos, el acuerdo entre hombre y mujer se legaliza mediante el pago por el hombre de una cantidad equivalente a unas 2.800 pesetas al padre de la chica quien, a su vez, informa a una especie de oficina administrativa local. Y ya está. Por lo visto puede uno llevarse a la mujer a donde sea, con tal de alimentarla convenientemente: Además de lo normal de allí, el arroz, un día a la semana debe comer carne o pescado. No se me escapa que en nuestro caso tal vez estas historias vinieran con la consabida deformación, con la inevitable dosis de pintoresquismo con que se embalan las cosas que van de nativo a turista. Pero nos aseguraban que todo ello era verdad: Que si uno dejaba a la muchacha esperando descendencia, no había problemas de honor con la familia, ya que si el resultado era una niña, el padre –ahora, abuelo– podría sacar partido económico con una nueva gestión matrimonial en su día. Tal como me lo contaron yo lo cuento. De veras que Paco y, sobre todo, yo nos hubiéramos emparejado por esta ley singular, de haber tenido más tiempo y mejor estado de ánimo...

Personajes inolvidables. Ansongo nos cayó simpático. Los niños de Malí, además, juegan mucho. En la plazuela ésta pudimos ver a la chavalería correteando con aritos como los que se estilaban aquí en España hace veinticinco años, después de la guerra; carricoches hechos de alambre; juguetes compuestos de una varita y de la tapa de un bote, clavada a la punta de la varita y sirviendo de rueda. Entre mis amiguitos imperecederos están: Bela, guapo y despierto chaval de 9

años que viajaba solo desde Tombocú para ver a su Padre en Níger, y se pagaba los gastos con el premio que le habían dado en la escuela. Otro niño, al que llamaban Buba, con ojos salidos y tristísimos, nadando en un raído delantal: No conseguí hacerle decir una palabra. Otro al que nada más verle le llamé “curita al revés” por tener la cabeza pelada como una bombilla menos una matita de pelo en la coronilla: Parecía un conejito sonriente y corretón. Otros personajes dignos de memoria: El ayudante mudo del mecánico senegalés que, cuando estaban trabajando en el furgón, ahuyentaba a los mirones pesados rociándoles con gas-oil. El viejo de la barba de chivo que recibió por las buenas un chaparrón de dicho gas-oil de manos del mudo. El nervioso aquél, de cara de pájaro, que no dejaba de mascar el palito, dando un juego prodigioso a ambas encías y escupiendo a destajo. Y sobre todo, oh, sí, sobre todo, aquella hermosísima muchacha a quien encontré por la noche cuando ella venía de acarrear agua del Níger. ¿Hermosísima muchacha? ¡Ah, no; eso no basta! El ébano de su piel resaltando aún sobre lo bruno de la noche; el relámpago albo de sus dientes sobre el cordobán endrino de sus facciones. Acaso se tratara de alguna de aquellas criaturas a las que nosotros, desde el cuartel general que constituía nuestro furgón en el centro de la pequeña plazoleta o explanada del pueblo, contemplábamos llevar a cabo sus menesteres de lavado y cualquier otra función doméstica de que también pudiera tratarse, a la orilla del Níger. A esa distancia de unos 200 o 300 metros lo más reseñable para nuestra captación lo constituían los tazones de mármol negro de los pechos que el torso desnudo de las jóvenes había liberado de su rústico corpiño o pañuelo. Sí, acaso se tratara de alguna de dichas criaturas... Aquella noche de descansado desvelo Gallito y Paco dormían y yo me había adentrado hacia el centro del pueblo, acompañándome de ingravidas musitaciones. Lo único perceptible tal vez fueran una o dos lamparillas, velas o puntos de luz de cualquier posible modalidad, hasta allí donde la curiosidad indolente de mi vista perforaba en el ámbito... Oía a pigmentación húmeda, a algún tipo de especia, quizá característica tan sólo en la imaginación mía..., oía a

Africa. Cuando quise apercibirme, el bulto que se me acercaba cobró la forma concreta a la que me he referido unos párrafos más arriba... Traía una vasija de agua en la cabeza, y el busto cubierto... Nos miramos. Ella se detuvo y puso el cántaro en el suelo al tiempo que se quitaba el casquete de bejucos o trapos que le servía de amortiguación del peso de la jícara... Nos miramos. Todo en mí era conciliador, y aun así aventuré todavía más si cabe un ademán de aquiescencia, de urbanidad... de un... como diciendo “¿puedo ayudarte a transportar el agua?”...

-“Je m'appelle Tomás” –le dije– ¿et vous?”

-“Je m'appelle Wapu”... Sonrió, se colocó de nuevo la protección y el cántaro en la cabeza y continuó su marcha hasta que su negritud desapareció en la oscuridad succionante de la noche de Ansongo...

Jueves 24. Sorpresa. Inesperadamente aparece Mr. Bocoum. Se ha enterado de nuestro encallamiento y viene con un camión Citroen para echar nuestro vehículo encima y así acabar el transporte. Suponemos que no quiere perderse la mitad de los pingües beneficios que le supone el trato que ha hecho con nosotros. A todas luces, le interesa no dejarnos tirados. El pueblo entero empuja el furgón hasta el escalón donde la caja del Citroen se ha quedado a ras de tierra. Los preparativos en la plaza de Ansongo constituyen una representación circense de más de dos horas. Cuerdas. Calzos. Neumáticos, etc. dejan fijado nuestro vehículo a la caja del camión. Nosotros tenemos que ir dentro, enjaulados. Faltan 350 kilómetros hasta Niamey. Salimos ese mismo día, jueves 24, con la intención de rodar durante toda la noche. ¿Llegaremos, por fin, de una vez por todas, a Niamey? Decimos adiós a Ansongo con cierta melancolía. El camión se pone en marcha...

Hacia Niamey. El camión se pone en marcha. Ya no se piensa más que en llegar, como sea; arreglar el furgón, venderlo, y volvernos a casa por vía aérea. Parecemos tres Quijotes enjaulados. Rodamos de noche para adelantar. Pero vamos lentos. Los meneos son espantosos. Allá arriba cada bache adquiere un efecto multiplicador y nos alcanza con una fuerza demoledora. No nos podemos mantener en la

horizontal, tumbados, porque los golpazos son continuos y nos vemos zarandeados con violencia contra las paredes. En uno de los baches, el más destructor de todos los cientos de ellos que hemos cogido desde la salida de Torrejón, Gallito sube, cae encima de mí, rebota y se vuelve a aplastar contra mi cuerpo. Mis costillas se quejan de rotura o de desajuste. Cruzamos la frontera entre Malí y Níger por Labbezanga. Gente hospitalaria y sencilla. El color se hace todavía más negro.

Es viernes 25 y estamos a poco más de 200 kilómetros del final. Niamey es, efectivamente, nuestro final, sin fantasías. En muchísima geografía a la redonda es el único punto desde donde se puede operar y comunicarse; donde podremos reparar la bomba del coche; donde encontraremos descanso, comida y un buen hotel. También nos comunicaremos con nuestras casas, arreglaremos la maraña de cuentas que tenemos y cogeremos el primer avión viable.

Broma. A pocos kilómetros de Niamey nos gastan una broma, nueva en el inventario. La carretera está impedida por un poste sostenido por un par de bidones cochambrosos a uno y otro lado, y que cruzan el camino completamente. Nos dice el que parece ser el cacique que no se puede pasar porque más adelante hay una inundación; pero que por otra parte, es cosa de poca importancia, ya que si le damos dinero –nos sigue explicando– el asunto cambia y el agua desaparece. Los ánimos no estaban para humoradas y no nos prestamos a bromas. Pasamos sin más y apuntamos la anécdota, la última, tal vez, que merezca ese nombre.

Anticipaciones. Hay que llegar. Hay que llegar como sea. Por detrás nos amenaza la memoria de lo que hemos ido dejando. La sombra del desierto y de la miseria todavía se cierne sobre nosotros. Ya hasta nos va faltando el tiempo para reparar en pequeñeces. Una pequeña confrontación de opiniones hace que Gallito, enfurecido, lance por la ventanilla nuestras tres palanganas. Yo le animo a que haga lo mismo con otras muchas cosas: De todas formas en esta tierra habrán de quedarse; cuanto más tarde se haga, más melancolía sentiremos. Sí, yo le animo a Gallito a que siga soltando lastre: Así sentiremos menos pena cuando haya que dejarlo todo...

Estamos llegando a Niamey. Es viernes 25, por la noche. Se ha estipulado con Mr. Bocoum que se nos dejará en la casa Mercedes, o en el establecimiento que represente a dicha marca. No sabemos seguro si hay casa oficial para un vehículo de estas características, o si habrá que llevarlo a un taller de repuestos generales denominado “Manutención africana”. Es Niamey. Allí se ve el aeropuerto. El calor es húmedo, insufrible. Las mujeres que hemos visto no son tan atractivas como las de Malí. Los precios, algo más caros que en Malí también...

Arribo. Es de noche. El camión, después de varias vueltas y revueltas se detiene en un callejón inmundado. No nos da tiempo a nada. Cuando salimos comprobamos que el gerente o propietario del camión, y el chófer se han ido a dormir. Pretenden que nosotros nos quedemos allí, encerrados en el furgón, y mañana será otro día... Nos cuenta esto un rapazuelo que también venía con nosotros en calidad de ayudante. Poco faltó para que el chaval pagase los vidrios rotos. A golpazos destemplados y exigentes despertamos al chófer de una casa colindante, y le hicimos dirigirnos a un hotel, maldiciendo la bellaquería suya y la de su patrón. La única baza que nos quedaba en las manos era que hasta que el furgón no se hallara descargado en el taller de reparación que fuere no se pagaría un céntimo más. Tal fue lo pactado por escrito con Mr. Bocoum y a ello nos ateníamos...

Niamey. Instalados en hoteles –Gallito y Paco, prefirieron el Rivoli; yo me acomodé en el Grand– vemos amanecer el nuevo día. Niamey es una capitalita de unos 55.000 habitantes. Perdura el sello colonial francés. Hay mucho coche y muchos taxis. En cuanto sale uno del centro se encuentra con la pobredumbre y con las calles enfangadas y fétidas. Hay una minoría de algo más de 5.000 europeos, el 10% por tanto, que son los que parten el bacalao. Los negros ni pinchan ni cortan: Vagos, indolentes, pedigüeños. Aquí le llaman a uno “patrón” o “chef” por cualquier cosa. Aquí le piden a uno un ‘cadeau’, un regalito, por cualquier cosa; aquí le ofrecen a uno con insistencia mortificante las más variadas chucherías; aquí es imprescindible regatear. Los varones de aquí hacen las micciones en

cuclillas y en mitad de la calle, valiéndose del vuelo de sus vestidos como pantalla. La cosa es graciosísima para nosotros y perfectamente seria para ellos.

El taller. Aprovechamos que es sábado por la mañana para dejar encauzada la cosa técnica. Llegamos a la casa Mercedes, descargamos el furgón, pagamos la otra mitad convenida, y nos despedimos de nuestros transportistas. Hasta el lunes no se puede hacer nada porque esta gente cierra ya.

El Hotel. El dueño del Hotel Rivoli, Alfredo Rodríguez, es descendiente de españoles, y nos ofrece una habitación con tres camas. Me traslado del Grand al Rivoli el domingo por la tarde y ya estamos los tres juntos. Nos dedicamos a comer y a descansar. La carne es exquisita y el aire acondicionado de la habitación hace maravillas. A la calle no se puede salir: Hay una humedad tórrida que empapa.

Más sobre el taller. El lunes por la mañana vamos a la casa Mercedes y no saben por dónde se andan. En cuatro días que dura el arreglo he sido testigo de los más incompetentes manejos. He visto desmontar y volver a montar la bomba varias veces sin saber para qué. En cada trasiego las manos pecadoras del negrazo mecánico se cargan alguna otra cosa más. La directiva no parece hacer caso de ello. Hay un mecánico alemán que coordina los servicios, pero que no puede ocuparse de todo. Cambiaríamos de taller, pensamos, pero no de calamidad. Si alguna vez nos urge todo es ahora. Hay que vender el furgón, pagar la cuenta del arreglo, la del Hotel y los pasajes del avión, y el tiempo se echa encima. Hay que contar el dinero con cuidado. Como compensación a este desarreglo de tiempo y de economía, Alfredo Rodríguez, dueño del Rivoli, nos ayuda y nos gestiona, nos aconseja y nos relaciona con posibles compradores del vehículo. Conocemos al matrimonio de españoles José Rivero y señora, excelentes amigos. Y hay que seguir esperando. Los de la Mercedes no saben por dónde se andan. Estamos constantemente vigilando las operaciones y es cosa de ponerse malo: Los mecánicos no saben apretar una tuerca sin comerse el borde. Unos y otros se

suben en los coches flamantes que están allí depositados y los someten a arrancadas y frenazos bruscos sin ton ni son. Y a nosotros nos están haciendo polvo. Sin estar el furgón en marcha no se puede vender ni como chatarra...

Por fin el jueves 31 de julio, después de una serie de episodios tristísimos que no hacen más que resaltar la inutilidad y la bandolería de este taller oficial de reparación, el furgón parece que anda. Por cuatro días y medio de montar y desmontar la misma cosa nos cobran 21.000 (VEINTIUNA MIL) pesetas. Resulta que las horas de trabajo invertido es lo que cuenta. Resulta que los ratitos del mecánico europeo se deben cotizar a dos mil pesetas o más. Las horas de los negros se cotizan mucho menos pero están compensadas por tener derecho al destrozo más impune. Esto es triste y muy en consonancia con lo que pasa en algunos talleres españoles. Una cosa es Alemania, donde todos hemos estado y donde los mecánicos saben lo que se hacen. Pero fuera de allí, las agencias o representaciones de las marcas, por muy prestigiosas que sean, son un completo desastre.

De venta. Ya tenemos un cliente para el furgón. El así llamado “Ministro de la Ocasión” se interesa por nuestro vehículo y se ofrece, como intermediario, a venderlo él. O sea, que nosotros concertamos con él un precio y él se encarga de venderlo. Mejor dicho, que él nos da el dinero que concertemos con él y nos desentendemos de si él pueda o no ganarse lo que sea. Es un hombre pintoresco éste. En mitad de un paseo o de una gestión, con la naturalidad propia de quien está en su casa, se agacha, se queda así seriecito un minuto y se levanta tan campante. En el suelo queda un charquito. Da la mano muy ceremoniosamente y habla con acento persuasivo... ¿Papeles? Es verdad que el vehículo está a nombre de... uno, y que lo vende... otro. Es verdad que estas cosas en algunos sitios... ¡Venga, hombre, aquí no tiene importancia nada de eso! [Gallito y Paco saldrían un par de días después que yo de Niamey. Se acordó que yo me marchara y que ellos rematasen la operación de venta. Así pues, estas últimas líneas de relato de cosas acaecidas *en* Africa tienen un más intenso, un más inevitable signo vivencial de mi

primera persona]

Despedida. Hay que recoger velas y largarse a casa. Hay el tiempo justo de despedirse de los buenos amigos, hacer un recuento espiritual de urgencia y marcharse. La paella que Alfredo y su esposa nos dieron el jueves 31 de julio en su Hotel, en compañía de los Rivero y del caballero alemán Hubert puso broche de oro a las actividades sociales. Todo huele ya a final. Y es verdad que todas las despedidas nos llevan a una muerte.

Viernes 1 de Agosto. Esto se ha terminado. Del Hotel Rivoli me lleva al aeropuerto un coche de las líneas aéreas Sabena. Me voy sin pena ni gloria. En el aeropuerto estoy como despegado ya de todo lo anterior. Ahora queda contarle, el placer divinal de contarle. El aeropuerto es poroso: Sin aglomeraciones y muy poco etiquetero. Sólo está la gente de mi vuelo y basta. Nunca parece haber más de un avión al mismo tiempo. Espacio por todas partes. La sala de espera es un patio de guijarros, al aire libre, con bancos de madera a la sombra. Vamos andando al avión. Mi pinta no es del todo recomendable: Una camisa, la misma que ha atravesado el Sahara; dos sombreros [para mis sobrinos] puestos, encajados, el uno en el otro; y bultos heterogéneos en las manos: Flechas o lanzas cortas, la cartera de piel de caballo... El pantalón, digno, holgado; zapatos sin calcetines. Por la ventanilla del avión miro el desierto. En tres horas y media salvo por aire lo que por tierra me ha costado casi treinta días. Escribo un poema –siempre el penúltimo– al motivo eterno de la azafata.

Gesto

*(Al retrato en cartulina, para folleto
publicitario, de una azafata de SABENA)*

No, no me alces el secreto de ese corazón tuyo, renovándose.

Mejor es una bocanada de silencio adensado que una delación dolorosa.

No me digas, no, el secreto de ese tu corazón múltiple que, como la cotización internacional, recorre todas las subidas y bajadas.

Si acaso, quédate ahí en el retrato éste que compartes con tantas mujeres:

Un toque de la boina, ladeándola. Sobre las sienes, tal vez, cubriendo el redondel de las orejas, alguna galopada más de oro, ese oro real o confiscado.

Y cuando el vaho del trópico haya empapado tus blusas que, celosas, guardaban la etiqueta de casa; y el olor de las cosas que atraviesas vaya creando un banco de sonrisas iguales en tu alma;

y la rutina de los sonidos nasales (unas veces) y también palatales, dulcísimos o ásperos,

hayan formado el cauce propicio en tu garganta y en tus dientes...,

entonces...

No, no me descubras ese secreto de tu corazón recreándose. Quédate ahí, mejor, en el retrato:

- cuello azul abrochado, blusa azul asomante, y esos flecos

del oro que antes dije que se peinan al viento de tu diverso mundo.

Niamey-Madrid, a bordo de un avión de SABENA

1 de agosto, 1969

Un taxi me lleva desde Barajas hasta la puerta de mi casa en Alcalá de Henares...

El 11 de agosto el diario madrileño *Pueblo* completaba el compromiso que tan generosamente por su parte había adquirido con nosotros y publicaba, también en una estupenda página entera, el reportaje “El Sahara vencido” de la pluma rigurosa y ágil de Manuel E. Marlasca. Destaco tan sólo las cabeceras o epígrafes en letra grande: “Los tres madrileños finalizaron su aventura”. “Atravesaron el desierto, hasta Niamey, por la tierra de la sed y del terror”. “Paco y Tomás estuvieron a punto de casarse por... 2.800 pesetas”. Se incluyen tres fotos: Una, el furgón a la entrada de la casa Mercedes de Niamey, y este pie: “Los tres aventureros, junto a dos mecánicos, al final de la aventura”. Otra, una maliense y yo, cogidos de la mano, en Gao, y que reza: “Tomás estuvo a punto de casarse con una nativa por 2.800 pesetas. Ya en Madrid diría que la morena estaba muy bien”. Bueno, no es del todo cierto, ya que nuestros conatos de galanteo y nuestras prospecciones sobre el tema del casorio se nos hicieron aparentes durante el día y medio de espera y de quietud casi absoluta que tuvimos que experimentar en Ansongo. La chica de la foto es, en efecto, un tronco precioso y sonriente de ébano, calzando sandalias, casi tan alta como yo, tocada con un alifafe o turbante en la cabeza hecho de idéntica tela a la de su falda, de grandes lunares granates y blancos. El jubón o blusa, sostenida con intuitiva negligencia femenina por sólo uno de los dos tirantes sobre sus hombros, y colgando por fuera de la saya o falda antedicha..., la blusa, digo, como un velamen impulsado y henchido desde dentro por la doble prominencia de unos senos opulentísimos. Para desgracia mía, ninguna otra incumbencia más que lo improvisado y espontáneo de la foto me unía a este espléndido ejemplar de nativa de Gao. En fin, la tercera foto, la de la paella en Niamey, tiene por leyenda: “La aventura terminó felizmente: En una mesa del Hotel Rivoli dan cuenta de una succulenta paella con la que les obsequió el dueño del Hotel”. Muy veraz. Ya quedó más arriba reflejado nuestro reconocimiento y gratitud por el magnífico proceder de Alfredo Rodríguez.

En términos de “abstract” profesional, la síntesis o resumen último que yo me atrevería a rescatar de nuestro viaje sería más o

menos éste: “*Madrid (España) - Niamey (Níger)*. Unos 5.000 kilómetros de recorrido total, de los cuales 1.500 de carretera normal; 500 de carretera mala; y cerca de 3.000 sobre tierra desértica, enfangada, pedregosa, sin un solo metro de asfalto. Todo ello a través de cinco países: España, Marruecos, Argelia, Malí, y Níger, cruzando de punta a rabo o de Norte a Sur el desierto del Sahara por su parte más dura: El Tanezrouft. *Tiempo empleado*: 33 días. *Tiempo real de rodar*: 16 días. El resto del tiempo, encallados por cuestiones administrativo-burocráticas y/o de coordinación de marcha. *Vehículo*: Furgoneta comercial Mercedes-Benz, modelo L-319-D diseñada para reparto ligero de mercancías. *Epoca*: La peor, mes de julio, por no poder ser otra. *Motivos para realizar el viaje*: Han quedado citados en los trabajos del diario *Pueblo* de 28 de junio y de 11 de agosto de 1969, antes y después del viaje, por consiguiente. También, en la entrevista que, como parte del programa ‘Panorama de actualidad’, TVE insertó el 9 de agosto. Sin embargo, *el motivo mejor es éste*: En algún momento de la vida de cada uno, si de verdad apelamos al fondo insobornable de nuestra conciencia sabremos certeramente lo que nos conviene para redondear nuestra personalidad, para hacer subir de valor los quilates de nuestra hombría. Y en este tramo vital, el viaje a Africa ha sido nuestra piedra de toque, el más duro yunque en donde se han templado los filos de nuestras voluntades ante la realidad del sufrimiento. *Lo más difícil del viaje*: No desmayar ante situaciones imprevistas, que es tanto como haberse forjado el criterio de ‘prever’ que todo iba a ser imprevisto. *Nuestra mayor alegría*: Poderlo contar ahora. *Nuestra mayor tristeza durante el viaje*: La duda de habernos podido equivocar en la interpretación de ese fondo insobornable al que antes me refería y descubrir que nuestro esfuerzo carecía de motivación auténtica. Por suerte, no ha sido así, sino muy al contrario. *Conclusión*: Confieso estar contento de haber efectuado el viaje: Cansancio, dudas, sed, hambre, mucha más sed y mucha más hambre todavía, suciedad, incomprendiones, escollos en el camino de la amistad, y miles de etcéteras. Y ahora, contemplando lo hecho, veo también, a mi modo, “que es bueno”; que no lo volvería a hacer para

satisfacer mi sola curiosidad [los mundos son muy grandes] pero sí por o para la curiosidad de alguna otra persona que necesitara mis servicios”.

El 18 de agosto entregué personalmente en la Embajada de Argelia en Madrid la siguiente carta:

Sr. Embajador de Argelia en España
Madrid,

Alcalá de Henares, 18-VIII-1969

Muy Señor mío:

Va Vd. a leer la queja de un grupo de expedicionarios turistas en Argelia. Cada uno es testigo para todos los demás y nuestra palabra de honor es el único apoyo con que contamos. Lo exponemos así, firmemente, para que desde un principio queden claros la intención y el alcance de nuestro tema. Nunca nuestro corazón ha albergado rencor ni tendencias vengativas ante los hechos que dentro de poco Vd. conocerá. En este momento en que, pese a todo, podemos considerar nuestro viaje como un éxito [véase página del diario *Pueblo* que se adjunta] crea Vd. que sólo un sano deseo de aclarar las cosas nos guía y también ayudar a aquellos viajeros de buena fe que nos sigan en busca de superación y de aventuras espirituales.

Resulta que se nos asegura –cruel paradoja– que Argelia está en vías de atraer turistas y de fomentar activamente sus hasta ahora tenidas como temibles bellezas naturales –desierto y calor– para mostrar al mundo que en todas partes se puede descubrir algo distinto e interesante. Con ese lema en la conciencia nuestra atravesamos Marruecos. No sé, Señor Embajador, si quedó Vd. enterado de nuestro proyecto de viaje: El mismo diario *Pueblo* del día 28 de junio incluyó un reportaje sobre nuestras anticipaciones, al tiempo de trazar una breve semblanza de cada uno de nosotros tres, españoles, que comenzamos el viaje juntos desde Torrejón de Ardoz (Madrid) ese mismo día. Con mucho gusto le facilitaríamos detalles rigurosos y más completos sobre nuestra personalidad y nuestras actividades

profesionales. Tanto don Luis Gallo Tercero, casado, mayor de edad, con domicilio en Lope de Rueda 16, Madrid, y de profesión técnico de una empresa suiza en España, como don Francisco Cadenas Gómez, soltero, mayor de edad, veterinario, con domicilio en Torrejón de Ardoz (Madrid), como el que esto escribe y servidor de Vd., soltero, mayor de edad, doctor en Filosofía y Letras y profesor de Universidad, con domicilio en Kingston, Ontario, Canadá [Alcalá de Henares, durante los veranos], prometemos por el honor nuestro y por el más elemental sentido común que lo que esta carta refiere es un correlato de lo que ha ocurrido. Además, tenemos la seguridad de que las cosas expuestas así y ahora en este papel, fuera de la coyuntura dramática en que se desarrollaron, son una semblanza muy atenuada de la verdad justa.

Pues bien, cruzamos Marruecos, y al llegar a la frontera de Beni-Ounib todo un constante enfrentarse con realidades hurañas y peligrosas fue sucediéndose. La frontera de Beni-Ounib por lo visto tiene unas ciertas horas de operación, lo cual no debe considerarse, efectivamente, inhumano o extraordinario si no fuera porque la tal frontera está ocupando un campo alambrado, de minas, por el que se halla rodeada a la vez, sin ninguna señalización y, naturalmente, en mitad de un páramo. La cosa es que la carretera se corta a pico, se inicia el campo de minas y alambre espinoso, y al tiempo que está uno contemplando la ciudad argelina de Beni-Ounib enfrente, a unos dos kilómetros escasos, no se vislumbra la manera de atravesar ese dédalo. Este acertijo macabro nos costó vueltas, idas y venidas, siempre con el temor de salir zumbando por los aires, hasta que las autoridades marroquíes de Figuig nos dieron una detalladísima versión sobre en qué consistía la frontera, y allá llegamos después de sortear los recovecos de un laberinto de susto y muerte. Nos avisaron eso sí, que las puertas o verjas de hierro y alambre electrificado y puntiagudo de la frontera se abrían a las cuatro de la tarde, pero que tal vez, al tratarse de turistas –y nosotros bien ostensiblemente lo demostrábamos– nos abrieran con sólo hacer acto de presencia y tocar la bocina. Eran las dos y media, 14:30 y por desgracia hasta las cuatro

inexorables 16:00 aquello no se abrió.

Esperar en el medio de ninguna parte, a más de 50 grados al sol se dice en un par de líneas pero se tarda una eternidad en digerirlo en la realidad de la situación. Allí en Beni-Ounib nos intervinieron durante casi tres horas, con papeleos morosos y complicados –como el de la declaración del dinero, etc.– Sin embargo, nada que no estuviese dentro de las previsiones legales podemos imputar a aquellos dos funcionarios argelinos de la Aduana.

La odisea de sinsabores y vejaciones tuvo lugar en Adrar, donde termina la estupenda carretera de asfalto y donde comienza la verdadera pista del Tanezrouft. Resulta que aun dentro del mismo país de Argelia existen varios controles aduaneros y policíacos. Cada ciudad importante o cualificada por las razones técnicas que sean, tiene montado un servicio de intervención y registro que es de lo que precisamente quiere tratar esta carta.

En Adrar, lugar de comienzo y partida para la sección difícil del desierto, estuvimos detenidos tres largos días, y allí se nos ofreció la ingrata oportunidad de empaparnos a fondo en el sistema burócrata-administrativo-legal, o lo que sea –que yo todavía no lo sé– de Argelia. Allí en Adrar, Señor Embajador, conocimos a una pequeña expedición que se dirigía a Togo, y compuesta por los súbditos alemanes Peter Neumaiev, 8 München 80, Hörselbergstr. 4, y Lorenz Wolfseher, 8 München 25, Daiserstr. 19c; y al súbdito togolés Cyrillo Quanhie, s/c Sagba, 8 München 90, Schön Strasse 91. Ocioso será decirle a Vd., pues bien creo que lo tenga sabido, que la travesía del Sahara –como hasta las indicaciones de los buenos mapas rezan– está sujeta y supeditada a unas regulaciones encaminadas hacia la seguridad del turista. La primera sorpresa al llegar a Adrar fue descubrir que no se podía salir de allí sin contar con una compañía de vehículos, o convoy, o caravana que a juicio de las autoridades tuviera cierta garantía [los alemanes, el togolés, un nativo argelino que se unió en calidad de guía, y nosotros tres formamos tal caravana], ni tampoco sin pasar por el tamiz de unos organismos fantasmas, venales y caprichosos que significaron ni más ni menos que gran parte de toda

la amargura de nuestro viaje; mucha más contrariedad y frustración que las ciento y pico de veces que entre cuatro vehículos nos quedamos atascados en la arena hasta nuestro final de etapa en Bordj Moktar.

Todas las fantásticas prevenciones sobre bandidaje o precauciones sobre las costumbres o sobre las posibles reacciones de los nativos del desierto, son puras fruslerías deslavazadas si se comparan con los métodos que se esgrimen en estos “centros” oficiales de Adrar. En suma: En Adrar había que volver a verificar los papeles en tres sitios: Sub-Prefectura, Policía, y Aduana. El orden es fortuito y cualquier coincidencia o ley matemática de variaciones, combinaciones o permutaciones que ocurran en las citas que siguen es puramente casual y no responde a ningún plan premeditado. Lo que sí es cierto, Señor Embajador, es que con estos tres elementos nefastos –y los llamo nefastos adhiriéndolos a la coyuntura específica, y no otra, en que nos tocó vivirlos– se conjugaron una variedad de calamidades y molestias que la pluma más sedienta de exageración no llegaría a abordar. En la Sub-Prefectura –antro polvoriento como los demás así llamados centros oficiales– nos presentan a un funcionario, francés. Y empieza nuestro Gólgota.

Un asunto en el que se barajan tres solas y únicas nociones; una gestión que consiste en llevar los papeles de rigor y rutina a tres sitios en un orden que la autoridad establece; una estúpida función oficinesca que en el más lerdo de los cumplidores no costaría más de media hora..., la complicaron los manejos negligentes y malintencionados de cuatro chupatintas irresponsables. Porque en esta misérrima verificación legal, estando las cosas en orden, se nos pasan tres días. ¿Cómo?

Es muy difícil tratar de explicar en serio la más irritante de las desfachateces, la más hiriente de las tropelías y la más absurda de las cerrilidades mentales, a menos que se reconociera una como innata ceguera, una como vesania irreparable de estos funcionarios. ¿Cómo? Los papeles que de un sitio debían ir a otro, al llegar a este segundo resulta que debían haber pasado por uno previo, siempre imprevisto y

en contradicción con las normas recibidas, y que desdichadamente a la hora de resolverlo se encontraba cerrado, o fuera de hora o inoperante. Es decir, que existía una incompatibilidad de lugares y horas perfectamente estudiada, y a base de manejar tan sólo los tres requisitos de “Policía-Sub Prefectura-Aduana” [repito que el orden es fortuito]. Y así hasta el día siguiente. Y todo ello haciéndonos esperar en patios polvorientos y sórdidos, o en la calle al sol, durante horas; zarandeados por unas decisiones caprichosas, perdiendo tiempo y tiempo, y haciendo depender nuestras ocupaciones, nuestro descanso, nuestra vida, de unas citas exigidas e incumplidas repetidas veces por unos desalmados títeres, y a las que debíamos presentarnos los siete viajeros, amén de la petición cada vez de documentos distintos, y de sufrir los comentarios impertinentísimos y soeces del aduanero [“Vds. son turistas, ¿no? Pues entonces ya sabían a lo que se iban a exponer y no tienen derecho a quejarse. Y si no, no haber venido...”, etc.]

He dicho al principio, Señor Embajador, que no me lea ni me crea el que pretenda que yo aduzca otros testigos que no seamos, nominalmente ahora, los siete huérfanos aquellos; que no se nos pidan otras pruebas que no sean las de nuestra palabra de honor. Estas son cosas que se creen o no se creen, pero que no pueden discutirse. Y yo desde aquí hago una llamada oficial a las autoridades competentes si es que en esta peripecia las hay. Doy un clarinazo de alerta a turistas y viajeros. Llamo la atención, en nombre de los derechos de convivencia más básicos y del respeto a la persona, a todos los plumíferos y escribientes del mundo; a todos los ejecutivos y administrativos del mundo; a todos los jefes de negociado y apoderados; a todos los que tienen el resorte de pegar un timbrazo y manufacturar una orden viable o inviable, sensata o vesánica... A todos ellos y a todos los que quieran unirse a esta cruzada de cordialidad y buenos modales, de entendimiento y humanidad, para que condenen cada uno en la forma que le sea posible y eficaz la conducta torpe y roma de estos caciquillos de Adrar –Aduana, Sub-Prefectura, y Policía– de forma que sus nombres y sus personas sean sacados a la repulsa pública; que sus modales sean conocidos tanto por las autoridades superiores de

Argelia como por quien haya pensado pasar por tales parajes; para que todos sepamos y sepan que en Argelia hemos encontrado caballeros plenos de cortesía, y que tales chambones de la Administración estatal de Adrar no deben ser representativos de ningún país, porque desgracian y achatan su nombre.

Fechas en que ocurrió lo expuesto en la carta: domingo 6 - miércoles 9 de julio 1969.

Dr. Tomás Ramos Orea (Filosofía y Letras)
Associate Professor, Queen's University
Kingston Hall, Kingston, Ontario, Canadá.
Telephone: 546-3871, Ext. 627
Respetuosamente



Tomás Ramos Orea
Alcalá de Henares(Madrid)
Teléfono: 2930250

El Encargado de Negocios de la Embajada de Argelia me extendió el acuse de recibo que aquí muestro.



KH/MTT

Embajada de Argelia

en

Madrid

69/nº AM

Madrid, a 18 de Agosto 1969

He recibido del Dr. Tomás Ramos Orea,
una carta que ha venido a depositar en la Embajada.

El Encargado de Negocios,



A handwritten signature in dark ink, appearing to be "Tomás Ramos Orea".

Si mi carta llegó a ser leída y ponderada por alguna instancia o autoridad con poder de decisión, o sirvió para que algún oscuro empleadillo se limpiara el tapizado de su escroto con ella, es algo que ha permanecido bajo idéntico palio secretista todo el tiempo. O sea, que no tengo ni la menor idea.

Después del consabido peregrinar por distintas redacciones de rotativos conseguimos que *El Alcázar*, nada menos, me publicara la serie “Yo atravesé el Sahara” en páginas 16-17, centrales, los días 8-12 y 14-18 inclusivos del mes de octubre 1969. La serie completa contenía *doce* entregas, pero por imponderables de limitación y conveniencias editoriales, la secuencia quedó reducida a diez trabajos: Eliminaron la carta a la Embajada de Argelia que acabo de reproducir, y pedacitos de aquí y de allá de algunos otros capítulos hasta comerse lo equivalente a uno entero. La retribución por toda la serie, a razón de mil pesetas por artículo, y tras los descuentos aplicables, ascendió a *nueve mil doscientas* pesetas justas. Y lo grande del caso es que, por más que se le razonó en contrario, el fantasioso de Gallito había

cifrado el resarcimiento de *todos* los gastos generados por el viaje en la compensación que el periódico nos diera por mis reportajes. Ésa, ésa precisamente era la personalidad elemental, supurantemente pintoresca, de Gallito...

Del hecho de que mi literatura viajera se leyó a lo largo y a lo ancho de una respetable porción de la ciudadanía española, da cuenta [entre otras procedencias que me consta que la redacción de *El Alcázar* no quiso hacer público por no atizar diatribas ni polémicas] este testimonio:

“CEUTA, ESCAPARATE DE ESPAÑA”

La alusión que se hacía a Ceuta en un reportaje reciente titulado “Yo atravesé el Sahara” ha originado copiosa correspondencia. Los lectores de Ceuta han estimado que el reportaje menospreciaba a su ciudad. Aquí, en *EL ALCÁZAR*, se ha hablado de Ceuta con elogio encendido, tan merecido como justo. Entonces no llegaron cartas. Es, por otra parte, normal. Pero *EL ALCÁZAR* gusta del juego limpio. Por eso, espontáneamente, reproducimos íntegramente el indignado artículo que ha publicado “El Faro de Ceuta”. Si la reproducción sirve como homenaje a una admirable y ejemplar ciudad española como Ceuta, bienvenido sea el incidente.

Dice así “Aspa” en *El Faro de Ceuta*:

Un reportaje que causa indignación

“Indignación, esa es la palabra, es la que siente toda Ceuta por ese infortunado reportaje que ha publicado el diario madrileño *EL ALCÁZAR*, distribuido en capítulos en uno de los cuales se alude a esta ciudad en unos términos que ningún ceutí puede dejar pasar por alto y que ha originado, por tanto, la más fuerte repulsa contra el autor del disparatado trabajo literario, *Tomás Ramos Orea*.

Y nos extraña muchísimo que el director de tan prestigiosa publicación, nuestro estimado compañero don Lucio del Álamo, haya autorizado la inserción del reportaje, máxime cuando él conoce perfectamente cómo es Ceuta, qué es lo que hay en Ceuta y cómo son los ceutíes, esto es, todo lo contrario a lo que Tomás Ramos dice en su

reportaje que pomposamente titula “Yo atravesé el Sahara”.

No vamos a referirnos a la totalidad del reportaje, en el que, también, nuestro vecino país sale igualmente malparado. Por estar muy cerca de esa tierra la conocemos bien y, por ello, sabemos que cuanto se dice de ella es pura fantasía de la que se ha hecho uso para darle sensacionalidad al reportaje. Lo que tampoco ha logrado su autor. Vamos a ceñirnos exclusivamente a la parte que nos afecta, al artículo, donde Tomás Ramos, no sabemos por qué, vierte sobre nuestra ciudad toda clase de imprecisiones hasta llegar incluso a la ofensa que ha levantado justa y unánime protesta.

Comentando el articulista su viaje desde Madrid al Sahara empieza ya a poner en evidencia a todo el mundo como si su excursión tuviera el único fin de buscar defectos e imperfecciones en lugar de ser un safari, como normalmente se viene haciendo muy a menudo, por lo que su “hazaña” deja de serlo indudablemente. En Algeciras, y al embarcar en el transbordador, ya le puso pegas a las plataformas porque decía que le oían mal. Sin duda, todo le debe oler mal, puesto que antes de subir al buque también señala que “empezaba a palpar algo raro en el ambiente”. Y ya en Ceuta, los disparates se suceden como los fotogramas de una película. Empieza diciendo que lo de la “Perla del Mediterráneo”, es un “anzuelo turístico” “made in Ministerio de Información y Turismo español”. Anzuelos hay muchos en Ceuta, porque este deporte está muy arraigado aquí, y la prueba es que se han conseguido trofeos y hasta campeonatos nacionales, en este lugar, que por desgracia para el señor Ramos, no hay nada. Es decir, si hay algo, leche de cabra, desayuno que le supo a rayos. Sin duda alguna, debió de agriársele, porque a renglón seguido arremete con más fuerzas. Dice que dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué aquí se mata o se roba a la gente por la calle? Sepa el articulista que el lugar posiblemente de menor índice de criminalidad es Ceuta, donde los casos de muerte por agresión son nulos e incluso el de atraco o robo. Más peligro existe –ahí están las páginas de sucesos– en su lugar de residencia.

Y así, los disparates se van sucediendo a lo largo de su infortunada narración.

No, señor Ramos, a Ceuta no se la llama “Perla del Mediterráneo” por “el precio razonable o casi barato” de su comercio. Está usted en un craso error. O mejor dicho, está malísimamente informado. La frase es de nuestro Caudillo. ¿No lo sabía usted? Claro que no. Y cuando no se sabe una cosa lo mejor es callarse por muy al Sahara que vaya uno.

Pero cuando las barbaridades llegan a indignar es cuando dice que se va fijando en “la gente arropada de manera típica (para ellos) y estrafalaria (para nosotros)”. ¿Qué gente es esa a la que alude? ¿Qué tontería está diciendo? Esa gente, señor mío, son españoles, tanto como lo es usted o más, porque están en un lugar donde su forma de hacer, actuar y vivir, debe ser precisamente ejemplar. Ceuta es escaparate de España a la entrada y a la salida del país –según la dirección– y los ceutíes se miran en esto como en un espejo. ¿Qué gesto es ese que dice adivinar en las mujeres? ¿Porqué se ha fijado en las miradas de muchos hombres a las que llama siniestras? ¿Dónde están los pedigüeños?

Lamentable, verdaderamente lamentable su reportaje. *EL ALCÁZAR* no ha podido tener menor fortuna periodística al publicarlo. Si con él usted, señor Ramos, ha querido ganarse laureles, sólo ha conseguido la repulsa de Ceuta e incluso la de muchos peninsulares, que nos han conocido, que han venido a esta Ceuta que les ha recibido feliz, pacífica y laboriosa con los brazos abiertos, sin café con leche de cabra, sin asesinos por las calles, sin miradas torvas o siniestras y sin ropas estrafalarias. Y si usted no ha visto de verdad lo que es Ceuta, es porque en realidad ha pasado furtivamente, como no debe pasarse por una ciudad todo corazón para el visitante.

Sabemos su filiación por usted mismo. Es soltero, de treinta y dos años. Doctor en Filosofía y Letras, profesor de la Queen's University, de Kingston (Canadá), romántico poeta...

Muchos títulos para no conocer a una ciudad de su España y nuestra, de historial tan brillante y hoy por hoy, gracias a nuestro

Gobierno, a nuestras autoridades y a los propios ceutíes, en pleno resurgir para alcanzar esa consigna de nuestro Caudillo de hacerla –en nuestras manos está– la “Perla del Mediterráneo”. Ahora lo sabe usted.

Y de romántico y de poeta, no sé qué decirle. Los románticos gustan de revivir lo pasado y de estas cosas tenemos muchas aquí, que usted no ha visto. En cuanto a los poetas, cantan y alaban, pero no afrentan.

Y usted nos ha ofendido.

ASPA”

EL ALCÁZAR

Jueves, 23 de octubre, 1969

Respuesta a “Ceuta, escaparate de España”

Tomás Ramos Orea

Amigos lectores de *El Alcázar*:

Contesto al trabajo “Ceuta, escaparate de España”, aparecido en *El Faro de Ceuta* y reimpreso en *El Alcázar* de Madrid, con fecha de 23 de octubre, más por cortesía hacia quienes hayan leído mi serial “Yo atravesé el Sahara” que por deseo de salir en defensa propia. Me abochorna que pueda haber espíritus tan impresionables. “Noli foras ire; in te ipsum redi; in interiore hominis habitat veritas.” (San Agustín) Y me explico.

Cuando un temperamento, por las razones que sea, se instala dentro de un clima de suspicacia y recelo, la más inocua palabra la siente como zarpazo. Y al contrario: Cuando una persona observa al mundo con espíritu positivo y comprensión amplia, no se enreda en interpretaciones baratas sino que armoniza en batida emulsión el fenómeno externo –ese posible causante de su enojo– con su concepción del cosmos. Quiere decirse que toda nuestra conducta tiene su más honda radicación en una postura de fe: Fe en las palabras

mejores, fe en los sentimientos mejores, fe en la mejor elección que hagamos de entre las posibles alternativas.

Y fe es lo que parece haber faltado al autor de “Ceuta, escaparate de España” y a los gestores de la supuesta ‘copiosa correspondencia’ a *El Alcázar*.

Una gran cantidad de españoles deben haber leído ya mis comentarios de viaje. Pues bien, ni una sola protesta –que yo sepa– parece haberse levantado en toda la geografía nacional (con la cualificadísima excepción de Ceuta, claro) por lo que de ofensivo o insultante pueda detectarse en mi escrito. Lo cual es mucha, demasiada casualidad.

A mí me cargan las almas miopes y los criterios estrechos sobre nociones y convicciones patrióticas, y en Ceuta me temo que se haya descubierto un foco importante de tales mentalidades que convendría vigilar para saber con quién se puede uno gastar los cuartos. La conciencia más particular debe suponer –por leyes normales de biología y de equilibrio– que nadie tiene intenciones de difamar (o afrentar, u ofender) en circunstancias como la mía: Viajero. Por eso no dudo en estimar que el articulista de *El Faro de Ceuta* ha perdido todo rastro de la proporción, convirtiendo su furibundo trabajo patriotero en un libelo de gusto más que discutible y, en mi opinión, condenable. Y voy a intentar probarlo, siguiendo paso a paso el artículo de “Aspa”.

Yo, lectores míos, (y a menos que declare otra cosa) tengo la costumbre de decir lo que quiero decir, y precisamente eso que quiero decir es lo que digo. Ahora bien, si se citan mis palabras trabucadas o incompletas mis frases, se acabó el juego.

En mi reportaje digo que “en Ceuta parece que está todo a precio razonable, casi barato, y quizá por eso los españoles la llaman perla”. Confieso tener un profundo respeto a las palabras (trabajo rodeado hasta los ojos de diccionarios) y por ello delato la falta de deportividad cuando se me cita mal. En cuanto a lo de “perla del Mediterráneo”, esa es la denominación que aparece en un cartel turístico publicado por el Ministerio de Información y Turismo español, y que juntamente con otros carteles de temas hispánicos ha

estado colgado en mi despacho durante más de un año. Como no todos somos tan afortunados como nuestro escocido articulista en conocer la razón última de las cosas, nosotros más prudentemente, y a la vista de los únicos datos de que disponemos, dijimos que “*quizá* por eso los españoles la llaman perla”.

Lo de que “cuanto se dice de nuestro vecino país es pura fantasía”, no puedo impugnarlo porque no se me citan cosas concretas. Sí me interesa recalcar que uno de nuestros contados encuentros personales en Marruecos fue con una inolvidable y exquisita criatura. Y mucho me entristecería que “Aspa” pusiera en tela de juicio tan carismática experiencia. El único comentario aquí es que la forma de escribir de nuestro amigo es muy poco rigurosa y muy mucho alegre.

Lo de “poner en evidencia a todo el mundo” que, con igual desenfado, se me imputa, entiendo que es cuestión de criterio y así lo dejo. No se me alcanza que una narración de viaje se pueda confeccionar sin hablar de las gentes y de las cosas que se ven. También nuestro articulista debe tener una fórmula para ello (¡!)

Las plataformas de los barcos, donde se aparcan los coches, a mí –que me suelo marear de muerte– me huelen malísimamente. Lo he probado en varios barcos y en varios países. Y el transbordador de Algeciras no fue excepción. No veo ninguna especialidad es este pasaje.

Verdad es también que en Algeciras “empieza uno a palpar algo raro en el ambiente”. Por más que le doy vueltas no llego a ver el término ni aun la implicación ofensiva inmersa en tan normalísimos sintagmas. Siguen a nuestro periodista antojándosele los dedos huéspedes.

¿Qué hay de extraño en que la leche de cabra me sepa a rayos? Sí, señor, me supo así y, como no creo en cierto tipo de milagros, sospecho que me seguirá sabiendo así ahora. Tampoco colijo el resentimiento de “Aspa”. Sigamos.

“Dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo”. He aquí un sereno y meditado juicio que considero perfectamente válido. ¿Que qué quiero decir con eso? Ni más ni

menos que lo que he dicho, sin quitar ni poner un solo fonema: “Dormir en las ciudades africanas es más peligroso que hacerlo en el campo”. Ya me he tomado la molestia de exponerle a “Aspa” mi criterio expresivo y mi postura ante el lenguaje. A todo ello le remito de nuevo. Y claro, considero como un peligrosísimo ataque de histeria lo que nuestro amigo se pregunta gratuitamente y las explicaciones de saldo con que se regala. Que se someta mi frase al tribunal lingüístico más exigente y que me digan si se ha dado pie para que nuestro articulista levante tal tiberio. ‘El que se pica...’

Y llegamos, por fin, a donde mis barbaridades provocan la indignación de los angélicos y susceptibles ceutíes. “Me voy fijando en que la gente va arropada de manera típica (para ellos) y estrafalaria (para nosotros)”. Aquí nuestro amigo desbarra, hace que los paradigmas se salgan de madre, y me parece, para consternación mía, que ya no le puedo seguir porque se ha roto todo entramado de lógica. ¿Qué tiene que ver que se hable de quien se hable para opinar que tal(es) persona(s) va(n) vestida(s) de manera estrafalaria con arreglo a la concepción estética de uno? Repito que me apena no captar el punto –sutil debe ser, a fe mía– de mi impugnador, y brindo el acertijo a la sagacidad y deseo de pirotecnia dialéctica de los lectores.

“El gesto de las mujeres se adivina”. ¿Que qué gesto es ese? Pues es... Pero, no, hombre, no. No se merece usted el que yo le participe mis intuiciones líricas. Sería en balde.

“Las miradas de muchos hombres son siniestras y abunda la pedigüería”. Muy señor mío: Tampoco me parece –de puro obvio o ultratelúricamente superferolítico que es– entender el alcance de su pregunta de ‘por qué me he fijado en las miradas de muchos hombres a las que llamo siniestras’. Digo que prefiero hacerme el loco y no entender su pregunta y aceptar que debe tratarse de algún matiz levísimo que se me escurre, porque de otra forma lo único viable que cabe aquí es dar la siguiente piadosísima respuesta: “Me he fijado en esto o aquello o lo de más allá porque me ha dado la realísima gana”. ¿Entendido? Pues adelante. Y llamo *siniestras* a las miradas porque tuve el libérrimo gusto de aplicarlas el primer adjetivo (*infeliz*) de la

cuarta acepción de la palabra *siniestro* tal y como la enuncia el Diccionario de la R.A.E. (edición de 1956) ¿Qué tal?

Lo que tampoco puedo contestar es su última pregunta: “¿Dónde están los pedigüños?”, si con ella me pide usted la localización perfecta de calle o plaza o barrio. Me duele no poder satisfacer su – ¿patológica?– curiosidad. Lo que sí digo es que *yo* los ví, chavales sobre todo. ¿Fue porque me vieran con pinta de turista; porque les gustó mi sombrero...? ¡A mi qué diablos me importa saber por qué! Lo único que sostengo es que en el día que pasé en Ceuta ví pedigüños. Y remito al Diccionario para que no haya dudas de la palabra que estamos manejando. ¿Qué más?

Ahora es cuando me tocaría a mí sentirme ofendido por la sarta de inconsistencias con que se me ha bombardeado. Además, Vd., señor “Aspa” sí que pone en evidencia al director de *El Alcázar* con la solapada y sobadita maniobra de quererle dar una lección de rebote. No hay que centrifugarse mucho los sesos para sospechar que el Sr. Director de *El Alcázar*, como la gran mayoría de lectores, no ha encontrado nada recriminable en mi artículo; nada que pueda justificar la desafortunada repulsa por parte de tántos, tan sospechosos y tan hipersensibles ceutíes. No creo que *El Alcázar* necesite que yo rompa ninguna lanza en pro de su prestigio y de su difusión. Pero cuando dice usted, amigo “Aspa”, que “no ha podido tener menor fortuna periodística al publicarlo” (mi artículo, se entiende), vea usted, soy humilde y lo único que digo es que a lo mejor tiene Vd. razón pero que en todo caso eso es cuestión de criterios.

De lo que no cabe duda es de que tanto mi obra como mi personalidad quedan bajo una lluvia de conceptos poco edificantes (‘infortunado, disparatado, sensacionalidad, más disparates, más disparates, infortunada, barbaridades, tontería, lamentable’, etc.). Y no, señores míos ceutíes, yo no he ofendido a sabiendas a nadie (y tal ha quedado probado en esta carta de urgencia). Yo sí me podría considerar ofendido con el trabajo de “Aspa” donde muchos términos concretos se me imputan y muchos juicios tergiversados también. Pero no me ofendo. Sólo pido que se me lea con detenimiento. Yo ya no

tengo tiempo de ofender ni de ofenderme. Palabra de honor.

Y si de veras quieren seguir un consejo mío, un consejo de amigo...: Tranquilidad, buenos solomillos de ternera y menos aspa... vientos.

Con un apretón de manos, cordial y sinceramente

Tomás Ramos Orea
Doctor en Filosofía y Letras
Associate Professor, Kingston Hall, Kingston,
Ontario, Canadá.

El Alcázar debió de pensar que la cuestión había quedado zanjada y ya no tuvo a bien publicar ésta mi carta de réplica.

Ya de regreso en Canadá desde septiembre [siempre del mismo año 1969], no puedo precisar a qué resorte se debió, qué instancia sobrevenida o qué fundamento ineluctablemente establecido o latente propiciaron que Najiat Abdelmalek y yo nos comunicáramos. Con toda seguridad que yo debí de quedarme con su dirección postal detallada, nada difícil, a decir verdad, por tratarse de la sede misma de la oficina de telecomunicaciones de Imouzer-du-Kandar en Marruecos. Como abordaje conciliador para una correspondencia que se me antojaba exótica e interesante, acaso yo explotara el haberle oído comentar a Najiat en nuestro fugaz coincidir en su pueblo, que ella estudiaba algo de inglés, etc. Sí, yo, seguro que la escribí en inglés y probablemente, acaso también, incorporara en mis cartas un breve resumen en español de lo que le decía en inglés. Najiat debió de sentirse halagada por el hecho de ser requerida por mi atención epistolar. Desdichadamente se me perdieron muchos papeles en mis idas a, y venidas desde, América..., entre ellos, varias, algunas cartas de Najiat. Yo guardo escrito por ella a lápiz, al dorso de dos fotografías que no pudimos descifrar de nuestro viaje, la identificación de las mismas. Una dice: “Route entre Midelt et Azrou”; y la otra, “Le village d’Azrou”. Necesariamente tuve que mandarle a Marruecos las dichas fotos para su reconocimiento, ya que el menester de artista de

Gallito, como fotógrafo, dejó mucho que desear, y la referencia de algunas instantáneas a sus lugares y/o motivos se hizo en ocasiones irreconocible.

Najiat también me envió una foto suya, en blanco y negro, subida en un caballo, en una especie de prado y arboleda contigua. Era, sin duda, una criatura agraciada, en la que el refinamiento mejor y más reposado de la cultura francesa se trascendía por todos y cada uno de sus poros. Ya en la foto que nos hicimos nosotros tres y ella, allí, junto al furgón, delante de la fachada del edificio, supuestamente su casa también, y en la que se puede leer “Telegraphe. POSTE. Telephone”, Najiat, a mi derecha, recibe todo el beneplácito de una sonrisa mía, y a su vez me devuelve el festejo cómplice con un encogimiento festivo, un quiebro de lúdica feminidad que me dedica y que, a buen seguro, supo que mi alma recogía en la más entera de sus fragancias. Su morenía era un dechado de armonía agarena, y sus modales, ya dije, reflejaban lo mejor que la clásica y esmerada Francia ha dado a la historia del mundo. No recuerdo cómo ni por qué –si es que los hubo– nuestra correspondencia se desvaneció.

Muchos años más tarde, ya en Granada, en 1977, sentí curiosidad, proclividad patológica de conectar con el pasado, y desde Tánger, a donde yo había ido... no sé, vagamente, a ver cosas, desde el Hotel Rif de la Avenida de España, donde yo me alojaba, hice un intento de comunicarme con ella, con su casa, con la Oficina de Comunicaciones de Imouzer-du-Kandar..., pero fue todo en vano. Hay cosas que no pueden ser y no son. Las guías telefónicas del Marruecos de entonces, no sé ahora, no parecían registrar los abonados, ni los centros, ni los organismos, asignados a tal o cual ciudad, sino, si mal no recuerdo, por apellidos, en todo el país..., o con arreglo a alguna clave aún menos operativa, si es que ello puede imaginarse. No hubo manera de averiguar si la familia Abdelmalek –que aparentemente no aparecía entonces correspondiendo a la localidad debida, formando así la evidencia de abscesa y ordenada que me hubiera proporcionado la solución–, no hubo manera, digo, de nada. Un viaje a Imouzer hubiera requerido... días, y lo más seguro es que Najiat estuviera

cumplimentada por abundosa maternidad... pasados ocho años desde nuestro encuentro en su ciudad del interior áspero, algo remoto, y bastante desconocido de Marruecos. Criatura educada y pulcra, quedará transcendida en estas memorias mías, porque los mitos nunca mueren.

ÍNDICE

Pg.

Tuula: Turku (Finlandia) 1962-1963 / Turku – Alcalá de Henares 1985	1
Isabel: The U.W.O. [The University of Western Ontario. Universidad de Ontario Occidental] – Julia; Mary Ann: London, Ontario, Canadá, 1964-1965.	46
Najiat Abdelmalek: Immouzer des Kandar, Marruecos; Wapu: Ansongo, Malí. Expedición a África, julio 1969. . . .	167

